



ISAAC J. PARDO

JUEGOS BAJO EL AGUA

La invención de Utopía

Edición al cuidado de
LUISA VALERIANO Y JOSH RAMOS

La Casa de Bello
Caracas, 1983
Depósito Legal, lf 83-0875
Portada: Teresina Troyano

FUEGOS BAJO EL AGUA

La invención de utopía

FUNDACION LA CASA DE BELLO

CONSEJO DIRECTIVO 1980 / 1983

OSCAR SAMBRANO URDANETA

DIRECTOR

RAFAEL CALDERA

PEDRO PABLO BARNOLA

PEDRO GRASES

JOSE RAMON MEDINA

LUIS B. PRIETO F.

J. L. SALCEDO-BASTARDO

VOCAL

20.000

- 65504 -

321.07

P226.

l. 2.

ISAAC J. PARDO

FUEGOS BAJO EL AGUA

LA INVENCION DE UTOPIA



FUNDACION LA CASA DE BELLO

CARACAS / 1983

Muchos fuegos están ardiendo bajo el agua.
Empédocles, *Fragmento 52*.

A Mercedes

Sabemos, sí, que hay luz. Está aguardando
detrás de esa ventana . . .

Pedro Salinas,
"Despertar", en *Razón de Amor*.

PREFACIO

a lo lejos
la afanosa muchedumbre, como una legión de hormigas,
perseguía un invisible terrón de azúcar. . .

Ricardo Jaimes Freire, "Subliminar",
en *Los Sueños son Vida*

Un contemporáneo de Tomás Moro, Hernán Pérez de Oliva, emprendió una *Historia de la Invención de las Indias*, y a finales del siglo XVI cantaba Juan de Castellanos, en sus *Elegías*, la memorable partida de Cristóbal Colón:

Al occidente van encaminadas
Las naves inventoras de regiones. . .

Inventar significaba entonces, como ahora, crear, imaginar, pero también hallar o descubrir, y a pesar de haber caído en desuso esta segunda acepción hemos querido conservar, por considerarla adecuada al tema que nos ocupa, la antigua dualidad en la cual se difumina la línea divisoria entre lo ideado y lo vivido.

El aliento impulsor de la utopía; palpitante de nostalgias y de esperanza; el eterno y poderoso anhelo del hombre por conquistar la felicidad del conjunto social, la felicidad de la república, como precisó Platón, se ha manifestado en dos planos. Uno, el primero en venir a la mente por ser más conocido, es el de los mitos y el de las obras de poetas y filósofos que se sienten o se les supone tocados del don profético: la utopía en su pura esencia imaginativa, libre de tropiezos y de sombras. Otro, diferente, es el plano de los hechos históricos, cambiantes, rudos e imperfectos como la vida misma: la utopía en trance de hacerse realidad en medio de grandes esfuerzos. Aparentemente irreconciliables, ambos planos suelen, sin embargo, tocarse y confundirse. Por ello, al penetrar en el complejo mundo de lo utópico el investigador o el simple observador tan pronto se siente arrebatado por entre fantasías como tropieza con hechos reales, muchos de ellos de fuerza y trascendencia considerables. En uno u otro caso se trata de imaginaciones o de hallazgos, en suma, de invención con la amplitud que dieron al término los antepasados.

En el presente estudio tratamos de reflejar, en cuanto esté a nuestro alcance, ambos aspectos del fenómeno, desde tradiciones y leyendas remotísimas hasta el momento en que Tomás Moro, en un libro famoso, dio a lo utópico un carácter de modernidad y una fuerza que se mantiene después de casi quinientos años, y le impuso, al mismo tiempo, nombre propio llamado a afianzarse en escala universal.

Con valiosas aportaciones nos han precedido en el empeño numerosos autores cuyas obras abarcan hasta la época contemporánea, pero no son muchos los que han ampliado sus investigaciones por sobre la fase especulativa

para adentrarse en el terreno de los hechos. Aún más, quienes sí han dado este paso se han visto constreñidos, ante la vastedad del ámbito contemplado por ellos, a una exposición sucinta del enfoque no literario del tema, es decir, del aspecto histórico.

Nosotros nos hemos fijado límites más estrechos en el tiempo, pero, en cambio, hemos tratado de ahondar con la esperanza de poner a descubierto las vías que ha seguido el acontecer utópico de la humanidad hasta el momento en que los rastros, cada vez más perceptibles, son fáciles de identificar y de seguir por hallarse más a flor de información, por así decirlo.

Quizá nos esté permitido imaginar haber realizado, en cierto modo, una labor arqueológica, y el lector comprobará repetidamente cómo las piezas o fragmentos de piezas que aquí le ofrecemos arrojan luz inesperada sobre hechos que habían de ocurrir siglos después de que aquellos testimonios—aparentemente, y sólo aparentemente— se habían sumido en el olvido. En breves palabras, sobre el carácter recurrente de las manifestaciones utópicas.

Así, a pesar de que nuestro estudio abarque sólo hasta 1516, aspiramos proporcionar al lector, a través de sus páginas, base suficiente para captar la naturaleza bifronte de la utopía y apreciar la extraordinaria significación del proceso utópico en el constante devenir del conglomerado social.

Según el criterio más generalizado, utopía es, tanto en la literatura como en la práctica, un propósito irrealizable, opinión que equivale a negar la capacidad evolutiva del hombre y desconocer los recursos infinitos de la naturaleza humana. Sin embargo, hechos numerosos han venido a desmentir esa afirmación pesimista, sobre todo en el momento actual, cuando la humanidad escala con sorprendente rapidez hacia niveles más complejos y brillantes que los alcanzados apenas ayer y cuando, correlativamente, se reduce día a día el número de objetivos que puedan parecer cosa imposible.

La noción de haberse producido un vuelco radical en la historia del género humano se impuso de manera instantánea y dramática el 6 de agosto de 1945 cuando la ciudad de Hiroshima fue arrasada por una sola bomba. El hombre, decía un comunicado de la Casa Blanca, había dominado "una fuerza elemental del universo físico, la fuerza que da su poder al propio Sol".

A partir de ese momento, como si fuesen ondas de la explosión atómica, se alzaron y propagaron otros progresos asombrosos: la electrónica, la conquista del espacio, la identificación del ácido desoxirribonucleico o ADN, donde asienta el misterio genético de los seres vivos. En estos sectores de la ciencia y de la tecnología y en muchos otros más han ido lográndose adelantos tan inesperados como importantes, cada uno de los cuales influye a su manera en la política, en la economía y en el mundo laboral; en las relaciones internacionales, sectoriales o familiares; en la conducta del grupo o del individuo. Dada la enormidad de contenido y de posibilidades que encierra la realidad presente, el concepto de era atómica que se impuso en el deslumbramiento de 1945 ha sido superado en menos de cuarenta años y hoy la tremenda y amenazadora energía nuclear es un elemento más dentro del conjunto ya identificado, pese al estado aparentemente caótico en que se encuentra, como la era postindustrial de la historia del mundo.

Los dislocamientos provocados por tan gigantescos progresos quizás sean la causa de un renovado interés por la utopía, pues al presente puede hablarse, sin temor a exagerar, de verdaderas bibliotecas sobre materia que viene absorbiendo la atención de infinidad de personas conscientes de la honda significación de las transformaciones que se están operando. La utopía atrae hoy a historiadores, sociólogos, filósofos, psicólogos, economistas, teólogos, planificadores, biólogos, arquitectos, investigadores, urbanistas, junto con divulgadores en diversos campos del saber. "La literatura crítica sobre la naturaleza de la utopía —escriben Manuel y Manuel en 1980— ha alcanzado actualmente proporciones de avalancha". Y según los mencionados autores semejante obra crítica corresponde, al menos en parte, a un propósito de redefinición y revisión del marxismo. Sin duda alguna, la utopía es un tema de palpitante actualidad.

El libro que el lector tiene en sus manos no pretende forjar teorías en torno a la utopía. Su propósito, mucho más modesto, es contribuir al conocimiento de un rasgo poderoso y eterno del ser humano y a la comprensión de la literatura que trata de exponerlo. Aspiramos a estimular la curiosidad, muy especialmente la de la juventud, por lo que ha sido llamado la propensión utópica del hombre, en un mundo lleno de posibilidades y en momentos en que se manifiesta en escala universal la necesidad de una renovación a fondo de los sistemas económicos, sociales y políticos imperantes para adecuarlos a la nueva era que se anuncia. En fin, más que sugerir soluciones queremos ofrecer temas de reflexión, convencidos de que pensar utópicamente es ir al encuentro de un futuro promisorio que está tocando a la puerta.

Deber insoslayable y placentero es dejar aquí constancia de nuestra gratitud para con numerosas personas que han mostrado interés por esta obra y nos proporcionaron, además, valiosísima ayuda sin la cual hubiese sido poco menos que imposible salir adelante con el empeño.

Generosamente nos fue acordada una eficiente colaboración en la búsqueda y suministro de bibliografía, en traducciones, copias fotostáticas de artículos y libros y en trabajo de mecanografía. A ello ha de añadirse la resignada paciencia con que muchos de esos colaboradores soportaron lecturas del texto por parte del autor o procedieron ellos mismos a leer y anotar los originales. En fin, nuestros amigos nos infundieron ánimos y nos brindaron cálido apoyo en el curso de tan prolongada labor y, sobre todo, durante las ráfagas de vacilación y desaliento que abaten, en ocasiones, a quienes acometen la comprometedor tarea de escribir.

Caracas, agosto de 1981.

PRIMERA PARTE

Cuando reine la musa filosófica.
Platón,
La República, VI, 499 d.

"¡Oh, si el Cielo me hubiese concedido no vivir en esta quinta generación de hombres, o si me hubiese muerto antes o nacido después! —exclamaba Hesíodo¹— ¡Porque ahora es la edad de hierro!". El hombre, dice el poeta, vive en medio de trabajos, miserias y amarguras que le prodigan los dioses. El mundo, tal como está, es una mescolanza de bienes y de males, pero se agravará todavía más antes de que Zeus aniquile a la raza infeliz de los mortales.

Andarán enfrentados los hijos a los padres, el amigo al amigo, el hermano al hermano. No habrá, como antes, amor al prójimo. Los hijos, perversos, violentos y sin temor al Cielo, se expresarán de sus padres sin consideración alguna y les negarán auxilio en la vejez. Nada valdrán los juramentos, la justicia ni el bien. Sólo se respetará al hombre descomedido y criminal. La fuerza será el único derecho y no habrá conciencia. El cobarde atacará al valiente con palabras tortuosas y tratará de justificarse con falsos juramentos. La envidia, de amargo lenguaje y de rostro rencoroso, complacida en la maldad, acompañará cada paso de los miserables seres humanos.

Desde la negrura y la tristeza de la dura Edad de Hierro evocaba Hesíodo lo que fue la primera edad del hombre, la dichosa Edad de Oro bajo el reinado de Cronos:

Vivían como dioses, libre el corazón de cuidados. No conocían el trabajo ni el dolor ni la cruel vejez. Juveniles de cuerpo, se solazaban en festines, lejos de todo mal, y morían como se duerme. Poseían todos los bienes. La tierra fecunda producía por sí sola abundantes, generosas cosechas, y ellos, jubilosos y pacíficos, vivían en sus campos en medio de bienes sin cuento.

Entre los poetas latinos, Ovidio² cantó hermosamente la leyenda de las diversas edades y la enriqueció con nuevas delicias y nuevos males. En la Edad de Oro reinaba "una eterna primavera, el céfiro apacible acariciaba con tibio aliento a las flores nacidas sin necesidad de semilla". En aquella edad feliz "corrían ríos de leche, ríos de néctar o de rubia miel caída, gota a gota, de la verde encina".

En la Edad de Hierro ovidiana, a los males referidos por el griego vino a añadirse "el criminal apetito de posesión". El hombre aró la costra de la

1. *Los trabajos y los días*, 42-202.

2. *Metamorfosis*, I, 89-150.

tierra por la necesidad de procurarse alimento, pero el ansia de riquezas lo indujo a penetrar hasta las profundidades en busca de los tesoros escondidos por la naturaleza, hasta arrancar de allí, para desdicha suya: "El hierro malhechor y, mayor malhechor aun que el hierro, el oro".

En el poema hesiódico, Edo y Némesis, el pudor y la justicia, se apartaron de los hombres, "los dolores quedarán entre los mortales y ya no habrá remedio para sus males". Según Ovidio, la diosa de la justicia, Astrea, última divinidad que logró mantenerse entre los seres humanos, "abandona la ensangrentada tierra".

Tanto para Hesíodo como para el poeta latino, en la Edad de Hierro se cumplía el aciago mito de Pandora. Desparramados todos los males por el mundo, dentro del envase fatídico quedó aprisionado el único bien que contenía, la Esperanza. Ante la amargura del presente no había sino recordar el pasado, la venturosa Edad de Oro, perdida para siempre.

La obra de aquellos poetas se ha conservado para deleite de la humanidad, y los nombres de Hesíodo y de Ovidio surgen, necesariamente, cuantas veces tratemos de la Edad de Oro, mas no fueron ellos y sus contemporáneos los primeros en soñar una época pasada con todas las condiciones para que la humanidad fuera dichosa. Mil años antes que Grecia oyera los cantos de Homero surgió en Sumer la misma ilusión de una desaparecida felicidad primigenia:

En otro tiempo hubo una época en que no había
serpiente ni había escorpión,
No había hiena, no había león;
No había perro salvaje ni lobo;
No había miedo ni terror;
El hombre no tenía rival.

Las fieras no causaban estragos en los rebaños ni se conocía "devorador de grano"; el hombre no supo lo que eran el dolor ni la muerte. En *Dilmun* no se oían lamentos ni se cantaban endechas³.

Platón dedicó breves párrafos a repetir lo que en su tiempo se decía sobre la vida en aquella edad prodigiosa, de abundantes cosechas sin necesidad de cultivo, de clima permanentemente benigno que hacía innecesarios trajes y viviendas, de blanda cama en la hierba espesa⁴. La verdad es que la molicie y el ocio no eran del gusto del filósofo. Si los hijos de Cronos usaron las ventajas halladas en la Edad de Oro para practicar la filosofía, para enriquecer el tesoro de los conocimientos, entonces no había duda de que fueron felices. No así en el caso de que los bienaventurados se limitaran a comer y beber hasta saciarse y a contar a los animales —cuyo lenguaje conocieron— fábulas semejantes a las que se contaban entre los hombres.

3. Kramer: *La Historia empieza en Sumer*, 43, 169 ss., 197 ss.

4. *El Político*, 272 a-d.

Lo que Platón dijo en *Las Leyes* sobre la edad dorada es otra cosa. Luego de una breve y obligada introducción al tema de la vida feliz en medio de la abundancia y en ausencia del trabajo, entra en materia. El padre Cronos sabía que el hombre era incapaz de entender como señor en los asuntos humanos "sin henchirse de desmesura e injusticia", por lo que estableció como reyes a los *demonios*, entes de origen divino que servían de mediadores entre los dioses y los hombres. Estos gobernantes semidivinos fomentaron la paz, el sentido del honor, las leyes adecuadas, la justicia. Y así, decía Platón, "nos pusieron a cubierto de revoluciones y establecieron la felicidad del género humano".

Más que bienestar, holganza y ricos alimentos al alcance de la mano, eran bienes morales y políticos los que formaron la verdadera edad dorada, y el filósofo recomendaba a sus contemporáneos "imitar por todos los medios la vida legendaria de los tiempos de Cronos y obedecer a todo lo que hay en nosotros de principios inmortales"⁵.

En *Critias* nos transmitió una versión algo diferente. Cuando los dioses se repartieron la tierra, el Ática, patria de Platón, "naturalmente apropiada a la virtud y el pensamiento", tocó a los hermanos Atenea y Hefesto, personificaciones de las ciencias y las artes. Y estos dioses benévolos, sin violencia alguna, "tal como el piloto, que desde lo alto de la popa" gobierna el timón, dirigieron a la humanidad⁶.

La atención y el tiempo que regateó Platón al mito de la Edad de Oro lo dedicó a otras teorías sobre el origen de la sociedad.

En *Protágoras*, el sofista refiere cómo fue creado el hombre con tierra y fuego "y todos los otros elementos que pueden combinarse con los dos primeros"; cómo, dotado por Prometeo con el fuego y las artes, creó religión, lenguaje, vivienda y abrigo, se procuró alimentos y formó ciudades para protegerse de las fieras. A pesar de los excelentes materiales con que fueron hechos, de los altos dones recibidos y de su extraordinaria inventiva, los hombres no supieron vivir en paz unos con otros, por lo que Zeus, apiadado, les envió con Hermes nuevos dones, los del honor y la justicia para que "estrechasen los lazos de la común amistad". Desconfiado, sin embargo, de la sensatez humana, el dios dispuso que quien no participase del honor y la justicia fuese "exterminado y considerado como una enfermedad del cuerpo social"⁷.

Tanto en *Timeo* como en *Las Leyes*⁸ el hombre ya ha vivido en sociedad y ha creado una civilización, pero de manera periódica, aunque a largos intervalos, la humanidad es destruida por el fuego, por el agua o por la peste y otras calamidades.

Cuando se trata del fuego —fábula de Faetón con cariz científico—, es porque ha ocurrido una desviación de los cuerpos celestes que circulan en torno a la tierra. El excesivo calor producido por semejante acercamiento destruye a los seres vivos, a los habitantes de las alturas en mayor proporción que a los asentados junto a los ríos y los mares. Más común, sin embargo,

5. *Leyes*, IV, 713 c - 714 a.

6. *Critias*, 109 b-d.

7. *Protágoras*, 320 c - 322 d.

8. *Timeo*, 22 c - 23 a; *Leyes*, III, 677 a - 681 d.

es que la tierra sea purificada por diluvios, y en ese caso logran salvar la vida algunos boyeros y pastores, gente ignorante que mora por las cumbres. Secadas las aguas, reina en el mundo "una inmensa y aterradora soledad".

Abundan ricas tierras donde contadas cabezas de ganado y algún otro animal aseguran la subsistencia de los supervivientes. Por su número escaso y en medio del aislamiento, los hombres se miran con benevolencia y no tienen necesidad de disputarse los alimentos. Es fácil procurarse abrigo y vivienda y, aunque faltan los metales, la gente se ayuda con dos artes al alcance del más rústico, los tejidos y la alfarería.

De esta manera no eran tan pobres ni les impelía la pobreza a la contienda; pero jamás hubieran llegado a ser ricos desprovistos como estaban, en aquel tiempo, de oro y plata. Y es cosa sabida que los más generosos caracteres florecen precisamente en el seno de sociedades que no conocieron jamás la riqueza ni la pobreza; allí no se produce la desmesura ni la injusticia, ni la envidia ni la rivalidad.

Eran los mismos sentimientos y las mismas ideas expresadas en forma más resumida por las Escrituras:

no me des pobreza ni riqueza,
déjame gustar mi bocado de pan,
no sea que llegue a hartarme y reniegue,
y diga: "¿Quién es Yahvéh?
o no sea que,
siendo pobre, me dé al robo,
e injurie el nombre de Dios⁹.

Así habrán de vivir varias generaciones, carentes de la mayoría de las artes, sobre todo de las artes de la guerra, apartadas de sediciones, ignorantes de la manera "de ser injustos unos con otros y de dañarse mutuamente".

En los períodos tempranos de la sociedad, los hombres solían ser simples, valerosos, moderados y justos. No necesitaban de legisladores ni de leyes. Como desconocían la escritura, vivían de acuerdo con la tradición, según la ley natural. El gobierno se reducía a la autoridad patriarcal.

A medida que las familias fueron reuniéndose en grupos más numerosos, cultivaron las laderas de las montañas y crearon una vivienda común rodeada por un muro de piedra para defenderse de las fieras. Cada familia aportó a la comunidad sus costumbres y su patriarca. De las unas nacieron las leyes, de los otros, la aristocracia.

De aquellos repobladores de la tierra y de sus descendientes inmediatos decía Platón: "eran buenos en medio de su simplicidad. Y simples, como eran, estimaban como verdades cuanto oían decir, hermoso o no, y creían en ello". No lograban concebir ni forjar una mentira.

Extinguida ya para siempre la Edad de Oro, los poetas no dejaron de imaginar lugares deleitosos donde la humanidad pudiese hallar alivio a sus

9. *Proverbios*, 30: 8-9.

fatigas. En la *Iliada* describió Homero un paraje terrenal apropiado para las nupcias de Zeus y de Hera:

La divina tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes gotas de rocío¹⁰.

También Perséfone, al ser raptada por Polidegmon, "cogía flores en un blando prado... rosas, azafrán, hermosas violetas, jacintos y aquel narciso que la Tierra produjo tan admirablemente lozano"¹¹.

Nada más natural que los mortales disfrutasen también de semejantes bienes de este mundo, y la *Odisea* los prodigó, comenzando por la gruta de la ninfa Calipso:

Rodeando la gruta, había crecido una verde selva de chopos, álamos y cipreses olorosos, donde anidaban aves de luengas alas... Allí mismo, junto a la honda cueva, extendíase una viña floreciente, cargada de uvas; y cuatro fuentes manaban, muy cerca la una de la otra, dejando correr en varias direcciones sus aguas cristalinas. Veíase en contorno verdes y amenos prados de violetas y apio; y al llegar allí, hasta un inmortal se hubiese admirado, sintiendo que se le alegraba el corazón¹².

Precisamente, lo que el hombre necesita y trata de buscar en medio de la naturaleza cuando la vida de la Edad de Hierro lo agobia: alegría del corazón. Allí estaba también, en el puerto de Forcis, en Ítaca, la gruta de las Ninfas con sus "crateras y ánforas de piedra donde las abejas fabrican los panales. Allí pueden verse unos telares también de piedra, muy largos, donde tejen las ninfas mantos de color de púrpura, encanto de la vista. Allí el agua constantemente nace"¹³. Otra fuente de Ítaca, la que ofrecía sus aguas a los habitantes, estaba en medio de un bosque de álamos y "vertía el agua constantemente fresca desde lo alto de una roca"¹⁴. En fin, el ambiente bucólico de la isla Siria, con sus ganados, sus trigales y sus viñedos —"donde ninguna enfermedad aborrecible les sobreviene a los míseros mortales"— favorecía larga vida y una muerte dulce: "cuando en la ciudad envejecen los hombres de una generación, preséntanse Apolo, que lleva arco de plata, y Artemis, y los van matando con suaves flechas"¹⁵.

Si la naturaleza ofrecía por sí sola tantos y tan gratos dones, la mano del hombre se esforzaba a su vez por crear lugares donde la vida pudiese transcurrir en forma placentera, tal el palacio de Alcínoo, en el país de los feacios:

la mansión excelsa del magnánimo Alcínoo resplandecía con el brillo del sol y de la luna. A derecha e izquierda {del bronceo um-

10. *Iliada*, XIV.

11. *Himno a Deméter*, Homero, *Obras*, 521-522.

12. *Odisea*, V.

13. *Id.*, XIII.

14. *Id.*, XVIII.

15. *Id.*, XV.

bral) corrían sendos muros de bronce desde el umbral al fondo; en lo alto de ello extendíase una cornisa de lapislázuli; puertas de oro cerraban por dentro la casa sólidamente construída; las dos jambas eran de plata y arrancaban del bronceo umbral; apoyábase en ellas argénteo dintel, y el anillo de la puerta era de oro. Estaban a entrambos lados unos perros de plata y oro... había sillones arrimados a la una y a la otra de las paredes, cuya serie llegaba sin interrupción desde el umbral a lo más hondo, y cubrían los delicados tapices hábilmente tejidos, obra de las mujeres. Sentábanse allí los príncipes feacios a beber y a comer, pues de continuo celebraban banquetes. Sobre pedestales muy bien hechos, hallábanse de pie unos niños de oro, los cuales alumbraban de noche, con hachas encendidas en las manos [...]. En el exterior del patio, cabe a las puertas, hay un gran jardín de cuatro yugadas, y alrededor del mismo se extiende un seto por entrambos lados. Allí han crecido grandes y florecientes árboles: perales, granados, manzanos de espléndidas pomas, dulces higueras y verdes olivos. Los frutos de estos árboles no se pierden ni faltan, ni en invierno ni en verano: son perennes; y el céfiro, soplando constantemente, a un tiempo mismo produce unos y madura otros [...]. Allí han plantado una viña muy fructífera y parte de sus uvas se secan al sol en un lugar abrigado y llano, a otras las vendimian, a otras las pisan, y están delante las verdes, que dejan caer la flor y las que empiezan a negrear. Allí, en el fondo del huerto crecían liños de legumbres de toda clase, siempre lozanas. Hay en él dos fuentes: una corre por todo el huerto; la otra va hacia la excelsa morada¹⁶.

Tanto esplendor no fue, quizá, del gusto de Platón (aunque él no regateará, como veremos, ostentosa grandiosidad en la isla Atlántida), ni encajaba bien en el marco de la sedante y liberadora vida rural. Pero interesaba dejar señalado con suficientes pormenores esa esplendidez de joya, esos frutales de cosecha perenne, esas fuentes, límpidas y frescas como antecedentes del simbolismo para sugerir la era mesiánica y la Jerusalén celestial.

Los sinsabores que ocasiona la vida hicieron que el hombre, ansioso, mirase hacia sus remotos orígenes para crear el mito de la Edad de Oro, pero el temor ante la muerte lo hizo mirar hacia el más allá y aferrarse a la idea de la inmortalidad y de la bienaventuranza. Y Homero estableció un modelo al imaginar el Olimpo como "la mansión perenne y segura de las deidades; a la cual ni la agitan vientos, ni la lluvia la moja ni la nieve la cubre —pues el tiempo es allí constantemente sereno y sin nubes—, y en cambio la envuelve esplendorosa claridad"¹⁷.

Según ese modelo concibió:

los Campos Eliseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamante, allí los hombres viven dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano manda siem-

16. *Odisea*, VII. Sobre los orígenes del *locus amoenus* en la cultura occidental, cf. Curtius, *Literatura europea y edad media latina*, I, 263 ss.

17. *Odisea*, VI.

pre las brisas del Céfiro, de sonoro soplo, para dar a los hombres más fresca¹⁸.

Hesíodo, menos escuetamente que Homero, habló del otro mundo:

A otros, en fin, Zeus Cronida y padre de los dioses ha dado una existencia y una morada apartada de los hombres y los ha instalado en los confines de la tierra. Allí habitan, libre de cuidados el corazón, en las Islas de los Bienaventurados, en las márgenes del océano turbulento, héroes felices, para quienes ofrece el fecundo suelo floración y dulces cosechas tres veces al año¹⁹.

Buen tiempo, flores y tres cosechas al año parecieron a Tíbulo poca cosa para toda la eternidad, de manera que el poeta latino añadió otras bienaventuranzas:

La propia Venus me conducirá al Elíseo [...] Allí se ejecutan, al dulce canto de las aves, eternos conciertos, coros armoniosos y voluptuosas danzas; los olorosos campos producen sin cultivo canela y perfumadas rosas; mozos y bellas muchachas retozan juntamente y el amor anima de manera constante sus combates. Allí están los que fueron heridos, en el tiempo de sus amores, por la muerte voraz, con sus cabelleras ornadas por coronas de mirto²⁰.

Pero quien suministró mayor número de detalles sobre aquel dichoso más allá fue Eneas cuando se empeñó en ver de nuevo a su padre Anquises:

Llegamos a parajes risueños, al delicioso césped de los bosques fortunados, a la bienaventurada mansión.

Un éter más vasto cubre estos lugares con una luz purpúrea. Las ánimas disponen de un sol y de sus constelaciones. Las unas, sobre la grama, ejercitan en la palestra, miden en el juego sus fuerzas y luchan sobre el rojizo polvo, otros golpean el suelo en cadenciosos coros y cantan versos. El sacerdote tracio [Orfeo], con largas vestiduras, hace oír las armoniosas siete notas del canto y hace vibrar su lira, ora con sus dedos, ora con el ebúrneo plectro.

De pronto ven otros, a derecha e izquierda, que toman sus alimentos sobre la yerba y cantan en coro un alegre peán, en medio de un perfumado bosque de laurel, donde el río Eridano, que hace correr sus aguas abundantes a través de la floresta, irrumpe para mostrarse en la superficie de la tierra.

Y una de las almas aclaraba:

nadie tiene aquí morada fija; habitamos en los opacos bosques sagrados; frecuentamos las márgenes de las corrientes y los prados regados por los arroyos²¹.

18. *Odisea*, IV.

19. *Los trabajos y los días*, 168 ss.

20. *Elegías*, Libro I, Elegía III.

21. Virgilio, *Eneida*, VI, 638-647; 656-659; 673-675.

Todo esto era poesía, reflejo más o menos fiel de los mitos y creencias populares, pero junto a la literatura florecieron, con efectos considerablemente más hondos en el individuo y con resonancias más vastas entre los pueblos, las religiones de misterios que se ofrecían como medios para alcanzar el otro mundo sereno y feliz, es decir, como vías de salvación. "Quién sabe si vivir sea morir, y si, por otra parte, morir sea vivir", decía un verso de Eurípides recordado por Platón ²².

En la epopeya sumeria de Gilgamesh ²³ hay también un suntuoso *locus amoenus*, el jardín de los dioses:

estaba rodeado de arbustos cargados de piedras preciosas... había frutas de cornalina y viñas colgantes de hermoso aspecto; pendía espeso follaje de lapislázuli con abundantes frutas, gratas de mirar. En vez de espinas y de cardos había hematitas y piedras raras: ágatas y perlas nacidas del mar...

pero aquella leyenda no trataba de la inmortalidad como un don del alma o como una esperanza colectiva de los seres humanos, sino de las ansias de un personaje regío por la supervivencia carnal.

El rey de Uruk, hecho, como hijo de una diosa, "dos partes de dios y una parte de hombre", era mortal, y al desaparecer su entrañable compañero fue presa de desesperación por la soledad en que había caído y de terror ante la idea de su propia muerte: "¿Cómo he de descansar si Enkidu, a quien yo amaba, es polvo ahora, y yo también habré de morir y seré entregado a la tierra por toda la eternidad?" Gilgamesh trató entonces de alcanzar la inmortalidad, pero, a pesar de sus penas y esfuerzos, lo más que logró obtener fue la planta de eterna juventud, que le sería arrebatada en seguida. El padre de los dioses, Enlil, dijo a Gilgamesh:

Se te dio la realeza, tal era tu destino, tu destino no era la vida eterna. Que no se entristezca tu corazón por ello, no te apesadumbres, no te sientas oprimido; se te ha dado poder para atar y desatar, para ser la oscuridad y la luz de la humanidad. Se te ha dado supremacía sin igual sobre otros pueblos; victoria en las batallas de las que no retorna ningún fugitivo, en correrías y asaltados en los que no hay volver atrás. Pero no abuses de semejante poder: trata con justicia a tus servidores en palacio; procede con justicia a la faz del sol.

Y, ante el rey muerto, añade el poema:

Yace en el lecho del destino, no se levantará más. Del lecho de múltiples colores no volverá más.

El único ser humano en gozar de la inmortalidad en cuerpo y alma, precursor del profeta Elías, fue Ziusudra, el Noé sumerio, a quien los dioses

22. *Gorgias*, 492 e.

23. *The Epic of Gilgamesh*. Para un resumen, cf. Kramer, *op. cit.*, 240-260.

recompensaron después del diluvio con "el soplo eterno", y para que lo disfrutara a plenitud, lo transportaron a Dilmun.

De entre los pueblos de la Antigüedad fue en Egipto donde surgió con mayor fuerza la fe en el más allá, la esperanza en otra vida administrada por los dioses y ordenada según un cuerpo de doctrina. "La antigua religión egipcia —dice Loisy— sin ser principalmente un culto de los antepasados, era sobre todo una religión de la muerte". Esa vida eterna, estrechamente ligada al culto del sol (Ra), estuvo originalmente acordada sólo a los faraones (de naturaleza divina, como es sabido), quienes, al morir, ascendían al cielo como aves, como insectos voladores, o impelidos por el humo o trepando por los rayos solares para morar entre las estrellas. Pero antes de traspasar el lago que separaba este mundo del más allá debían responder las almas a las preguntas del barquero mediante fórmulas precisas y estereotipadas, salvoconducto o santo y seña transmitido durante la iniciación en los misterios.

Al culto solar fue asociado más tarde el culto a Osiris, rey que había enseñado al pueblo el cultivo del trigo y de la cebada, descubiertos por su esposa Isis entre las plantas silvestres. Enseñó también a recolectar las frutas, a cultivar la vid y a pisar la uva. Este rey civilizador fue asesinado por su hermano Seth y su cuerpo quedó desmembrado y disperso por efectos de la descomposición; según otra leyenda fue el propio Seth quien despedazó el cadáver, pero Isis, con la ayuda de su hijo Horus, logró reunir los fragmentos e infundirles nueva vida. Osiris vino a ser señor de los cereales, espíritu del árbol, dios de la vegetación, dispensador de vida eterna, dios cuya muerte y resurrección periódicas provocaba profundo duelo seguido de ruidosas y alegres fiestas. Sus virtudes y su inmenso prestigio popular hizo que se le asociase al culto del sol.

Osiris representa una forma ya muy evolucionada dentro del simbolismo de los ciclos de la naturaleza: vigilia y sueño, día y noche, fases de la luna, estaciones del año, en fin, del ritmo ondulante del universo, tan manifiesto en la vegetación, imagen, a su vez, de la esperanza humana en otra vida, de todo lo cual estarán impregnadas las religiones de misterios.

Es en la época osiriana cuando ocurre la democratización de la inmortalidad, otorgada primero a la nobleza para ser extendida luego al común de los mortales, fase ésta a que corresponde *El Libro de los muertos*, verdadero manual para la vida eterna, que era colocado junto al difunto y en cuyo conjuro 110 se lee: "¡Oh dioses! Que me sea posible morar en vuestros Campos de Paz que tanto queréis! ¡Pueda en ellos ser un espíritu bienaventurado, y allí comer, beber, arar, cosechar trigo, ejercer mi vigor [sexual] y mi verbo mágico!" A semejantes anticipos de los Campos Elíseos y de los amorosos esparcimientos de ultratumba con que soñaba Tíbulo se llegaba gracias al conocimiento iniciático: "Yo soy dueño del Saber y del Verbo Mágico [...] He aquí, ¡oh Príncipe de los Dioses! que llego junto a ti. Yo soy tu hijo y he asistido a los Misterios"; pero, sobre todo, se llegaba por el ejercicio de la virtud: "He aquí que yo traigo en mi corazón la Verdad y la Justicia, pues he arrancado de él todo el mal"... "yo no he hecho durante mi vida en la tierra sino lo que era verdadero y justo". Si el juicio de los dioses y el acto de pesar el corazón resultaban favorables, el alma se libraba de la "segunda muerte", es decir, de la condenación y de los castigos

eternos en el "subterráneo de tortura"²⁴. En los Campos de Paz, el alma disfrutaría entonces de lagos y de islas, de tierras ricas en mieses y de parajes cubiertos de pujante vegetación. Allí, uno de los placeres inefables era labrar la tierra con bueyes celestes para obtener cosechas gigantescas.

El capítulo o conjuro 125 de *El Libro de los Muertos* contiene la llamada *confesión negativa* donde se enumeran los pecados que el alma, en busca de salvación, debía declarar no haber cometido. Aparte de las ofensas a los dioses, la profanación del templo o de seres y cosas tenidos por sagrados, y a más de enunciaciones muy generales, como "cometer crímenes" o "acciones perversas", "frecuentar a los malos", los hechos malignos en los que el alma decía no haber incurrido eran numerosos: ser violento, sobre todo con los familiares; ser injusto, brutal, agresivo, colérico, impaciente, altanero, impertinente, insolente, jactancioso, hablador; obrar precipitadamente, escuchar tras de las puertas, abusar del trabajo ajeno, maltratar a sus siervos o permitir que el amo maltrate a los suyos; cometer fraude y, en particular, alterar la balanza o la medida, apoderarse del ganado o del campo ajenos, acaparar los campos de labranza, aumentar sus dominios y enriquecerse por medios ilícitos; matar o hacer matar, robar, causar sufrimiento, provocar llanto, aterrorizar a los demás, mentir, difamar, injuriar, intrigar, maldecir, promover querellas, desacatar la justicia; obstruir el curso de las aguas o, por el contrario, destruir las represas útiles, ensuciar las aguas, provocar enfermedades; cometer adulterio, practicar el onanismo o la pederastia; quitar la leche al niño, sustraer los alimentos de otro, privar al indigente de la subsistencia, provocar hambre²⁵.

Falta saber hasta dónde eran consideradas tales abstenciones como condición indispensable para liberarse de la "segunda muerte" o hasta qué punto se tenía semejante declaración como una mera fórmula ritual de carácter mágico, pero, en todo caso, en aquella *confesión* está prefigurado el código moral que encontraremos sólidamente establecido en culturas más tardías.

En Grecia, Deméter, diosa de la agricultura y, en general, de la fecundidad, adolorida e indignada con el rapto de su hija Perséfone por Hades, dios de los Infiernos, abandonó el Olimpo. Transfigurada en pobre mujer, se acogió la diosa a la hospitalidad del rey Celeo en "la perfumada Eleusis" como nodriza del niño Demofonte. Más tarde se dio a conocer y pidió que se le erigiese un templo que ella adoptó como refugio. Fue entonces cuando Deméter provocó en la tierra sequía y esterilidad tan tremendas que puso en peligro al género humano, lo que forzó a Zeus —alcahuete en lo del rapto— a intervenir para que Hades restituyera a Perséfone a la tierra. Convino el señor del mundo subterráneo, "más él —explicaba la joven a la madre— me hizo tragar misteriosamente un grano de granada, dulce alimento, y contra mi voluntad y a la fuerza me obligó a gustarlo". De esta manera quedó atada Perséfone a regresar cada año a los infiernos durante cuatro meses.

24. *Libro de los Muertos*, conjuros 44, 125, 130, 135-136, 176. Cf. *El Libro de los Muertos de los antiguos egipcios*, Clásicos Bergua, Madrid, 1962

25. La enumeración que precede ha sido ordenada en forma algo más coherente de como aparece en el texto original.

Deméter, aplacado el enojo:

en seguida hizo salir frutos de los fértiles campos. Toda la ancha tierra se cargó de hojas y flores; y la diosa fue a mostrar a los reyes que administran justicia... el ministerio de las cosas sagradas; y a todos... les explicó los venerados misterios, que no es lícito descuidar, ni escudriñar ni revelar... Dichoso, entre los hombres terrestres, el que los ha contemplado; pues el no iniciado en esos misterios no participa, no alcanza jamás una muerte como la de aquel, ni aun después de muerto en la oscuridad tenebrosa ²⁶.

Tal fue, según el mito, el origen de los misterios de Eleusis, los más antiguos y los de mayor prestigio en Grecia, resultado de una larga evolución en los ritos celebrados por un pueblo agrícola para hacer propicias las fuerzas de la naturaleza en los momentos de la siembra y de la recolección. En aquella tierra, dice James, "mucho antes de que se desarrollasen las ciudades y el comercio, existían ya los rasgos fundamentales del culto". Homero poetizaba una tradición de origen misénico y aquel culto, vinculado a Atenas y Eleusis, perduró hasta los umbrales del siglo V d.C., cuando un bárbaro recién cristianizado, Alarico, hizo destruir el templo.

Dado el secreto impuesto a los iniciados en los misterios eleusinos, es poco lo que se sabe con certeza sobre la parte esencial de ellos, y lo poco que se sabe es tardío. Sin embargo, la celebración anual de aquellos misterios comportaba una amplia fase pública o, al menos, accesible. Los "pequeños misterios" en que eran recibidos los neófitos se celebraban en febrero en un arrabal de Atenas y en ellos se cumplían ciertos actos rituales, entre los cuales había un bautismo con agua. En setiembre tenían lugar los "grandes misterios", comenzados con una procesión en ayunas de Atenas a Eleusis, en el curso de la cual se realizaban danzas y sacrificios. Caída la noche se simulaba, con antorchas, la angustiosa búsqueda de Perséfone por su madre Deméter a lo que seguía el acto sagrado y secreto en que los iniciados recibían la seguridad de su salvación.

El culto de Dionisos (Baco) en el mundo griego —y más tarde en el romano— procedía de un arcaico rito agrario que debió de comportar en tiempos muy remotos sacrificios humanos, casi seguramente de un niño que era despedazado y comido crudo por los celebrantes.

Según el mito, Dionisos fue hijo de Zeus y de una mortal, Semele, hija de Cadmo, el fundador de Tebas, familia por la que el padre de los dioses mostraba una marcada inclinación erótica, pues ya antes había raptado a Europa, hermana del héroe. Hera (Juno), indignada por la nueva infidelidad del esposo, inspiró a la embarazada rival el antojo de contemplar al divino amante en toda su deslumbradora majestad y la incauta fue muerta por un rayo. Zeus, con tierno amor de padre, trasplantó el feto a su propio muslo para que madurase del todo, pero cuando el niño se liberó de la carne paterna, los Titanes, instigados por la implacable Hera, lo despedazaron y devoraron. Palas, compadecida, logró salvar el corazón y Zeus lo tragó. Regenerado el niño en el seno del padre, volvió al mundo por tercera vez, pero entonces con todos los atributos de un dios. Según

26. *Himno a Deméter*, Homero, *op. cit.*, 521-530.

otra leyenda, que recuerda la de Osiris, fue Rea, la madre de los dioses, la que reunió los fragmentos de la criatura y les devolvió la vida.

Dionisos vino a personificar la energía vital, la vegetación selvática, y atributos suyos fueron el pino y la yedra. Más tarde se le adjudicaron la vid y los árboles frutales. Se decía que había sido él quien enseñó a los hombres a labrar la tierra y a sembrar, por lo que se le consideraba como dios del grano. Se le representó como un toro o un macho cabrío. Pero la imagen dominante, entonces y ahora, ha sido la del dios del vino y del frenesí.

En honor de Dionisos tenían lugar en los bosques, preferentemente por la noche ("hay en las tinieblas un no sé qué de santo" decía el propio dios), las orgías, cuyas celebrantes, las ménades, y sus impetuosas manifestaciones no debían ser contempladas por intrusos. Portando tirsos o dardos adornados de yedra, desmelenadas, cubiertas con pieles de cervatillos, se entregaban, al son de caramillos y tamboriles, a danzas frenéticas hasta ser presa de la *manía*, la posesión divina, que las enajenaba por completo. En medio del trance, "llenas del dios", despedazaban una res o algún animal silvestre para comer la carne palpitante²⁷.

Aquel frenesí debió de ir más allá de las danzas y la carne cruda, pues no sólo Penteo en la tragedia de Eurípides, sino las autoridades de Atenas y el senado romano creyeron también que la orgía terminaba en un desfrenado erótico. Dionisos y su culto desencadenaban, en todo caso, los impulsos más elementales del ser humano, y el fenómeno de la orgía, con su carácter sagrado, se repetirá como una constante en la historia de la humanidad²⁸.

A pesar de la turbulenta condición del dios y de sus adoradores, Dionisos fue admitido en Delfos a compartir en cierta medida la autoridad o, cuando menos, el prestigio de Apolo. Pareciera como si tan extraña asociación fuese el resultado de un compromiso entre dos fuerzas competidoras: una concesión de Apolo ante la creciente e incontrolable popularidad del recién venido. En todo caso, la discordante pareja resultaba una bien lograda imagen del ser humano: carne y espíritu, instinto y pensamiento, campo de lucha de los demonios y de dios.

En estrecha relación con Dionisos aparece el culto de Orfeo, hijo del rey de Tracia, compañero de los argonautas, músico prodigioso cuyo canto al son de la lira, regalo de Apolo, embelesaba rocas, árboles, ríos y animales. Muerta su esposa Eurídice a consecuencia de la mordedura de una serpiente, Orfeo descendió al reino subterráneo y cautivó con su canto a las potencias infernales hasta obtener que la amada le fuese restituida, pero Perséfone puso por condición que Orfeo marchase delante y no mirase a la esposa hasta alcanzar el mundo de los vivos. Así lo hizo el músico durante la mayor parte del trayecto, pero al final no pudo contener

27. Cf. la descripción en *Las Bacantes*, de Eurípides.

28. En la orgía, además del sentido particularmente agrario conservado a través del tiempo y en diferentes medios, hay un sentido espiritual en el impulso por romper todas las ataduras, de sobrepasar todos los límites, para resurgir como un ser purificado, como un hombre nuevo. Cf. Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, cap. IX, párrafos 137-138.

la impaciencia por contemplar el adorado rostro y volvió la cabeza, con lo que Eurídice se precipitó nuevamente en los Infiernos.

Orfeo, llorando sin descanso la pérdida ahora irrevocable, se había hecho insensible ante el resto de las mujeres, lo que provocó el resentimiento y, finalmente el odio de sus coterráneas. Ensimismado en su dolor fue sorprendido en el curso de una orgía dionisiaca y las ménades lo hicieron pedazos. El río Hebro arrastró hasta el mar la cabeza y la lira del cantor y las olas las depositaron en las playas de Lesbos, donde fueron honrados aquellos despojos. Se decía que los ruiseñores de la isla cantaban desde entonces más dulcemente que en parte alguna.

La primera mención de Orfeo que se conoce es del poeta siciliano Ibico (mediados del siglo VI a.C.), lo que no descarta, claro está, que los orígenes del mito fuesen más antiguos; y en torno a la leyenda del cantor mágico, dominador del curso ineluctable de la muerte, surgió un culto que había de alcanzar considerable popularidad.

El orfismo estuvo centrado en la idea de la inmortalidad del alma y en la esperanza de salvación a través de las reencarnaciones. Los adeptos quedaban sujetos a rígidos principios morales y a diversas limitaciones como la alimentación vegetariana, adoptada por el temor de interrumpir, con la muerte de los animales, el curso de la transmigración. Los órficos debían observar diversos tabúes, como no aproximarse a las parturientas o a los cadáveres, y someterse a una adecuada instrucción mediante las iniciaciones y ciertos libros que se suponían emanados del propio Orfeo y de Museo, tenido por hijo suyo. Junto a los muertos solían colocarse laminillas de oro con textos alusivos a la salvación que han ayudado al conocimiento de las creencias y las prácticas órficas.

El orfismo penetró hondamente el movimiento pitagórico y su huella es manifiesta en Platón. Sin embargo, para los días de la Academia era ya patente el desgaste de la corriente órfica, que no sólo se veía mancillada por charlatanes y embaucadores sino también por prácticas bastardas para lograr de los dioses el perdón de las culpas y alcanzar así una pretendida purificación, contra todo lo cual se pronunció el filósofo. Allí está la irónica y acerba exposición de Adimante en *La República*²⁹ donde salen a la luz semejantes imposturas; allí está el repetido rechazo de las iniciaciones³⁰. No, no se trataba del halago ritual, del soborno de los dioses mediante ofrendas y prácticas meramente mágicas. Platón creyó en la reencarnación, en el juicio ultraterrenal, en la justicia de los dioses y en la perfectibilidad del hombre: "La verdadera virtud es una purificación de toda suerte de pasiones. La templanza, la justicia, la fortaleza y la sabiduría misma son purificaciones"³¹.

Al orfismo espiritualizado le aguardaba un resurgimiento en la época helenística y su influencia se dejará sentir todavía en los primeros siglos

29. Libro II, 363cd. - 366a.

30. Cf. los párrafos acabados de citar; *Carta VII*, 333a; *Leyes*, X, 908d.

31. *Fedón*, 69bc.

del cristianismo³². Los dioses olímpicos no satisfacían al espíritu de los nuevos tiempos, y al Zeus demasiado lejano del hombre y de sus afanes se contraponía la imagen de un Orfeo humanizado.

"La concepción órfica de la inmortalidad —escribe James— constituye el primer intento griego realmente serio de configurar el destino humano como dependiente del carácter y de la conducta en la fase terrenal de la existencia".

Entre los especialistas en el estudio de las religiones, el orfismo ha sido fuertemente controvertido y las opiniones suelen variar entre la negación y la franca exaltación de su importancia, situación que Eliade resume en pocas palabras: "*Orfeo y orfismo* constituyen, por excelencia, uno de los temas que desencadenan casi automáticamente la pasión polémica".

Aun a riesgo de caer en monótonas variaciones sobre el mismo tema, habremos de referirnos lo más brevemente posible a tres cultos místicos que echaron fuertes raíces en el mundo romano.

Cibeles, la Diosa Madre venerada en Frigia, fue, en el estricto sentido de la palabra, importada a Roma en 204 a.C. para que pusiese fin, conforme a cierta profecía de los libros sibilinos, a la invasión de Italia por los cartagineses, comandados por Aníbal. El 4 de abril de aquel año quedó instalada en el templo de Venus la sagrada piedra negra, personificación de la diosa, cedida por el rey Átalo, de Pérgamo. Una vez destruida Cartago, le fue construido su propio templo a diosa tan propicia.

El culto de la Diosa Madre, atendido por sacerdotes eunucos, estuvo íntimamente asociado con el de Atis, dios de la vegetación, hijo o amante de Cibeles, muerto según una tradición por un jabalí, según otra, desangrado al emascularse (las razones de la mutilación son confusas) junto a un pino, árbol que le quedó consagrado al dios, así como las violetas, nacidas de las salpicaduras de su sangre.

Las fiestas de Cibeles-Atis, que duraban cuatro días, eran ritos primaverales por el despertar de la vegetación después del sueño o de la muerte invernal. Entre tales ritos estaba el "día de la sangre", orgía en que al son excitante de címbalos, tambores, flautas y trompetas y en medio de danzas frenéticas, los sacerdotes se causaban heridas para rociar con su sangre el altar, y en esa ocasión, arrebatados por la locura orgiástica, se castraban los novicios.

Atis, representado por un tronco de pino adornado de violetas, permanecía amortajado y sepultado durante la fase luctuosa de las ceremonias, pero al cuarto día, al ser exhibido nuevamente, estallaba un torbellino carnavalesco como aleluya por la resurrección del dios y por la seguridad de vida eterna transmitida entonces a los iniciados.

El culto de Mitra, de origen persa, practicado en las costas del Mediterráneo por piratas, comenzó durante el siglo I a.C. a extenderse en los

32. Es cosa sabida la representación de Orfeo como Buen Pastor en las catacumbas y aún tardíamente (s. V) en un mosaico de la tumba de Gala Placidia, en Rávena.

"Una descripción cristiana antigua de la Cruz llama a Cristo abiertamente *Orfeo báquico*", Holzner, *El mundo de San Pablo*, 127.

centros comerciales de Occidente y luego en los campamentos militares hasta ser llevado por las legiones romanas a todo el Imperio para afianzarse en él hasta finales del siglo IV d.C.

Mitra aparece, originalmente, como un dios rústico cuyo *habitat* preferido eran las cavernas; se le representaba en el acto de sacrificar un toro, de cuyo cuerpo nacieron las yerbas y las plantas salutíferas; el trigo brotó de la médula espinal y, de la sangre, la vid. No habiendo logrado el mazdeísmo sobreponerse del todo al culto mitraico, lo asimiló al adoptar al dios como el defensor de Ahura Mazda (Ormuz) y de esa manera llegó Mitra a convertirse en deidad bélica, decidido combatiente contra las tinieblas del mal, lo que le aportó marcada devoción entre las milicias. Asociado en un principio al dios solar, él mismo llegó a personificar al astro sagrado hasta convertirse en el Sol Invicto cuyo carro, adornado de estrellas, era tirado por caballos blancos con cascos de oro y plata. Fue, en fin, guía de las almas a través de los Infiernos hasta conducir las a la bienaventuranza. Mitra no representó, sin embargo, al dios supremo, pues era adorado como mediador entre los poderes celestiales y la raza humana.

El culto comportaba no sólo ritos, sino también una vida austera y honorable con severas prácticas ascéticas. Todo ello, junto con el acento marcial de la religión y el hecho de que en ésta no tuvieron cabida las mujeres, hizo del mitraísmo un espejo de virtudes, lejano antecedente de las órdenes de caballería medievales. Y aunque algunas mortificaciones corporales anunciaran los excesos de los anacoretas³³, el carácter y la benignidad de los ritos inquietaron grandemente a los cristianos. Sobre todo el bautismo del agua y la cena ritual, en que era partido el pan y se bebía de un cáliz agua santificada, fueron tenidos por algunos Padres de la Iglesia como remedos de las prácticas cristianas, falsificaciones ideadas por el demonio.

Constantino, antes de hacerse cristiano, fue devoto de Mitra, y Juliano el Apóstata retornó a ese culto que fue extinguido en el Imperio por Graciano en 382 d.C. Renán dirá refiriéndose a la religión de Mitra: "Si el cristianismo se hubiese paralizado a consecuencia de alguna dolencia mortal, el mundo hubiese sido mitraísta".

"No nos sorprenderá —escribe Sir James Frazer— que en un período de decadencia, cuando lo tradicional vacila, cuando los regímenes se hundan, cuando las mentes de los hombres se intranquilizan, cuando el edificio mismo del Imperio tenido por eterno comienza a mostrar rasgaduras y fisuras presagiantes, la serena figura de Isis con su ecuanimidad espiritual, su graciosa promesa de inmortalidad, pudiera haber parecido a muchos semejantes a una estrella en un cielo borrascoso y despertara en sus pechos un arrebató de devoción".

El culto que se rendía a Isis en el imperio romano era una derivación helenística del culto egipcio a Osiris, en el cual la diosa, que hasta entonces había ocupado un plano secundario en relación con el divino esposo, pasaba a ser la deidad sobresaliente con un carácter profundamente maternal.

Las mayores noticias que hoy se tienen sobre aquel culto provienen de la novela *Metamorfosis*, más conocida como *El asno de oro*, de Lucio Apu-

33. Cf. *infra*, "Frutos del desierto estéril".

leyo (primera mitad del siglo II d.C.)³⁴, en la que su autor, deseoso de conocer los misterios de la magia, se unta por equivocación un ungüento que lo transforma en asno, figura bajo la cual le toca vivir los más variados y escabrosos episodios. Cansado y triste, Lucio ruega a la diosa que lo vuelva a su primera condición o le proporcione la muerte. Isis lo libera del maleficio con la condición de que él se consagre a su servicio, ocasión para que Apuleyo haga, por extenso, la descripción de la festividad y de las ceremonias de aquella religión. Se trata de una información tardía, y ya para entonces había cristalizado en torno a Isis una síntesis de la adoración que se tributaba a diversas divinidades femeninas, de manera que la diosa podía jactarse de haber sido llamada Diosa Madre, Minerva, Venus, Diana, Perséfone, Ceres... , en fin, de ser ella la Diosa por antonomasia: "yo soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor de las deidades y reina de todos los difuntos, primera y única sola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispense con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas saludables del mar, y los secretos lloros del infierno".

Semejante autopresentación era un resumen de los títulos y méritos que le reconocían los fieles en sus apasionadas manifestaciones: Lucio la llama madre de las estrellas, principio de los tiempos, señora de todo el mundo; el gran sacerdote, se refiere a ella como puerta de salud y ara de misericordia. Pero donde se manifiesta con mayor fuerza lo que la diosa representó para sus adoradores es en la ferviente oración que le dirige su agradecido servidor. Apuleyo recogió en ella, sin duda, las más habituales expresiones de fe que inspiraba aquella divinidad:

¡Oh reina del cielo! Tú eres santa y abogada continua del humanal linaje. Tú, señora, eres siempre liberal en conservar y guardar los pecados, dando dulcísima afición y amor de madre a las turbaciones y caídas de los miserables: ningún día, hora ni pequeño momento pasa vacío de tus grandes beneficios. Tú, señora, guardas los hombres, así en el mar como en la tierra, y apartados los peligros de esta vida les das tu diestra saludable, con la cual haces y desatas los torcidos lazos y nudos ciegos de la muerte y amansas las tempestades de la fortuna, refrenas los variables cursos de las estrellas: los cielos te honran, la tierra y abismos te acatan. Tú traes la redondez del cielo, tú alumbras el sol, tú riges el mundo y huellas el infierno; a ti responden las estrellas y en ti tornan los tiempos; tú eres gozo de los ángeles, a ti te sirven los elementos, por tu consentimiento espiran los vientos y se crean las nubes, nacen las simientes, brotan los árboles y crecen los sembrados; las aves del cielo y las fieras que andan por los montes, las serpientes de la tierra y las bestias del mar temen tu majestad.

Los ritos de Isis se caracterizaron por su sobriedad y decoro "muy apropiados —escribe Frazer— para aliviar la mente conturbada, para tranqui-

34. Para el texto de *El Asno de Oro*, cf. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la Novela*, IV, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, T. 21.

lizar el corazón acongojado". En fin, para entrar en aquella religión era necesario, como explicaba la diosa a su nuevo servidor, abrazar la pobreza, una pobreza "de que nunca te arrepientas".

Las religiones de misterios a que hemos hecho tan rápida mención perseguían asegurar al hombre la salvación del alma después de liberarla —como se lee en Leipoldt y Grundmann— "del dominio del destino, de las potencias cósmicas y de la muerte, juntamente con la facultad de atravesar el Hades sin ser aniquilado y de permanecer en ultratumba en compañía de la divinidad".

Sobre las religiones de misterios escribía Cicerón:

Entre las muchas instituciones excelentes y divinas que Atenas introdujo en la vida humana ninguna es tan buena como estos misterios, en mi opinión, que arrastrándonos de la vida salvaje nos suavizaron y pulieron hasta llegar a una existencia digna de seres humanos. En las iniciaciones hemos encontrado auténticos principios de vida y hemos recibido normas para vivir alegremente y para morir con esperanza ³⁵.

35. *De las leyes*, II, 14. En Cicerón, *Obras*, EDAF, p. 1542. Para las religiones de misterios: Becker y Widengren, *Historia Religionum*, I; Eliade, *Histoire des croyances et des idées religieuses*, I, y II; Id., *Traité d'histoire des Religions*; Frazer, *La Rama Dorada*; Gorcey y Mortier, *Histoire générale des religions*, I y II; Holzner; "Los misterios griegos en su aspecto sagrado y pedagógico, en *El mundo de San Pablo*; James, *Los dioses del mundo antiguo*; Jeanmaire, *Dyonisos*; Leipoldt y Grundmann, *El mundo del Nuevo Testamento*, I; Loisy, *Los misterios paganos y el misterio cristiano*; Murray, *Five Stages of Greek Religion*.

Grecia produjo belleza en carne, en piedra, en verso, en música y danza, en las creaciones sutiles del intelecto y, como asiento y morada de toda aquella belleza, creó la ciudad o el Estado.

Sin embargo, cuando el hombre pensante del siglo IV a.C. miraba desde Atenas en torno suyo, quedaba desconsolado, porque sobre la luminosa palpitación de la *polis* pesaba un sombrío desaliento al considerar las relaciones del hombre con el hombre.

Cuando se habla de paz, decía Platón¹, se trata apenas de una palabra. Sólo el vulgo necio no comprende que cada ciudad está en guerra permanente con las demás ciudades, y lo mismo sucede entre las diferentes aldeas, entre una casa y otra, entre los individuos: "todos son enemigos públicos de todos y cada uno es enemigo de sí mismo". Con casi idénticas palabras lo había dicho la Biblia: "enemigo de cada cual son la gente de su casa"².

Repetidamente y a pesar de haber ensayado diversos sistemas de gobierno, la *polis* erraba el camino que había de conducir a la mayor suma de felicidad posible para los ciudadanos. Y Esparta, tutora y paradigma para el resto de Grecia, lo había errado también por exaltar la bravura guerrera como la única excelencia del hombre; por ver en el triunfo y la conquista no un premio a la virtud, "idea ciertamente muy justa", según el sentir de Aristóteles, sino, añadía este pensador, "como cosa superior a la virtud misma, lo cual es mucho menos laudable"³.

En tiempos de Platón y de Aristóteles se asistía a la decadencia de aquel estado guerrero y dominador, para quien el poder llegó a ser el fin supremo: "el poder de Esparta —escribe Burckhardt— parece venido al mundo por razón de sí mismo, nada más, como tal afirmación de poder"⁴.

Los espartanos, que se decían hijos de Hércules o *heraclides*, formaron, en lo interior, un estado-policía capaz de asegurar la opresión ejercida por un puñado de amos de la tierra y de los esclavos; en lo exterior, un ejército aguerrido y en permanente pie de guerra, pronto a inmiscuirse en los asuntos de las demás repúblicas y a dominarlas.

La verdad fue que gran parte de la vida de aquella Grecia de tan esplendorosa memoria transcurrió en medio de la más abominable edad de hierro, ensangrentada por guerras atroces entre ciudades y por conocio-

1. *Leyes*, I, 625 e; 626 a-c.
2. Miqueas 7:6.
3. Aristóteles, *Política*, II, 6.
4. *Historia de la Cultura Griega*, I, 132.

nes aun más atroces dentro de cada una de ellas. De ahí que Plutarco confirmase el mito al comparar a Esparta con Hércules, que "recorría la tierra castigando a los tiranos injustos y crueles". Así también la ciudad guerrera: "dominando a Grecia muy según su grado y voluntad, deshizo autoridades injustas y tiránicas que se habían introducido en los gobiernos, decidió sobre las guerras y sosegó tumultos, muchas veces sin mover un escudo, sino con sólo enviar un mensajero"⁵.

Semejante parecer del ilustre autor de *Vidas Paralelas* puede llevar al convencimiento, compartido por muchos estadistas e historiadores, de que la acción de Esparta fue un hecho digno de admiración y aplauso, o bien a la conclusión de que Plutarco, fallecido ya bien entrado el siglo II d.C., cuando Esparta era un recuerdo remoto, vino a ilustrar la verdad de que nada hay tan llevadero como los males ajenos.

Aquella temible república fue, según decían, obra de Licurgo, personaje semilegendario, semidivino, a quien se le asignó, como hijo de rey que era, el undécimo lugar en la descendencia directa de Hércules. Su biógrafo Plutarco lo consideró "el hombre más amado de los dioses y más santo". Como legislador tuvo una virtud aún más sorprendente, y fue la de no haber concebido ni redactado ley alguna. Las que dio a Esparta las había recibido del oráculo de Delfos, dictadas por el mismo Apolo. Más a pesar de ser leyes de tan divino origen y de haberse hecho acompañar Licurgo para su promulgación por treinta acólitos bien armados, hubo desagradados, alborotos y sustos, y un joven exaltado le vació un ojo de un bastonazo al augusto mensajero⁶.

Luego de hacer jurar a los espartanos que no modificarían aquellas leyes hasta su regreso, Licurgo se ausentó y se dejó morir de hambre. No sabía Plutarco si fue enterrado en Creta al borde de algún camino, si sus cenizas fueron lanzadas al mar o si los venerables restos descansaban en la propia Esparta, donde un rayo de Zeus había sellado la sepultura⁷.

Hubo, claro está, espíritus mezquinos que reputaron de farsa la historia del oráculo y se llegó hasta presumir soborno de la pitonisa transmisora de la voluntad del dios. Comoquiera que fuese, por sobre leyendas y suspicacias quedó algo innegable, y fue, como escribe Plutarco, que "Esparta sobresalió en Grecia, en gobierno y en gloria, por los quinientos años que observó las leyes de Licurgo".

No quiso aquel prócer que sus leyes fuesen escritas sino conservadas por tradición oral, pero con tal fuerza que dominaron la vida entera del ciudadano.

Como gobierno tuvo Esparta dos reyes simultáneos, con poderes algo simbólicos, una asamblea formada por los ciudadanos mayores de treinta años, un senado vitalicio y un cuarto poder, el más importante, los *éforos*, elegidos anualmente en número de cinco. Autocrátas, sin sujeción a ley alguna, los *éforos* ejercieron inspección sobre todos los sectores del estado, los reyes inclusive, hasta llegar a ser los verdaderos gobernantes.

5. Plutarco, *Licurgo*, XXX.

6. Id., Id. I, XXXI, V, XI.

7. Id., Id. XXXI.

Moraban los espartanos en toscas viviendas y disponían de mobiliario modesto. La tierra fue dividida en 9.000 lotes y éstos echados a suerte entre los ciudadanos jefes de familia de manera que todos disfrutaron de propiedades semejantes, capaz cada una de producir el sustento. Aquella propiedades no podía ser enajenada, pero sí heredada.

Eliminó Licurgo el oro y la plata y en su lugar creó una moneda de hierro de mucho tamaño y poco valor, es decir, incómoda y odiosa. Abolió, además, las artes inútiles y el lujo. Con ello, dice Plutarco, "se propuso desterrar la insolencia, la envidia, la corrupción, el regalo y principalmente los dos mayores y más antiguos males de todos éstos: la riqueza y la pobreza". Y así, añade, se vio Lacedemonia libre de muchos crímenes.

Desaparecido el lujo, no hubo artífices del oro y de la plata, pero los artesanos se esmeraron en producir objetos sencillos de uso corriente. Como no había dinero, resultaba imposible comprar bienes extranjeros, de manera que a Esparta no acudían comerciantes y cesó el tráfico marítimo. Por las mismas razones se abstuvieron de ir los charlatanes, aduladores, embaucadores, traficantes de mujeres. Si a pesar de todo andaba por allá un extranjero sin oficio conocido, se le expulsaba "para que no fuera maestro de algún vicio". A los espartanos, por su parte, les estaba vedado viajar para que no llevasen a su tierra "costumbres extranjeras, usos de gente indisciplinada o diferencia de ideas sobre gobierno".

La verdad era que los extranjeros no mostraban interés por ir a Esparta y que los espartanos llegaron a deformar su espíritu de tal manera que no congeniaban con nadie ni se hallaban bien fuera de su tierra, a no ser como soldados victoriosos⁸.

Para el desarrollo armonioso del cuerpo y del espíritu, mozos y mozas, desnudos, practicaban juntos la carrera, la lucha, el lanzamiento del disco y de la flecha, y desnudos se reunían para los coros, las danzas y los sacrificios. "Y en esta desnudez de las doncellas —se apresuraba a explicar Plutarco— no había nada de deshonesto, porque la acompañaba el pudor y estaba lejos de toda lascivia". Así llegaban a conocerse unos a otros, podría decirse, como la palma de su mano; así surgían las mutuas atracciones hasta que el amado raptaba (era obligatorio) a la amada, y después de los trasportes nupciales volvía a la vivienda común de los hombres. A partir de aquel momento se ayunaban los esposos de noche, con gran sigilo en medio de la oscuridad, y se daba el caso de nacer hijos sin que los padres hubiesen vuelto a verse la cara a la luz del día. Tan complicado sistema tenía la ventaja de mantener vivo el encanto del fruto prohibido.

No hay, sin embargo, que dejarse engañar. El legislador espartano estaba lejos de ser un sentimental y todo aquello era sólo argucias para estimular la procreación como lo fueron también las vejaciones a que se vieron expuestos los solteros pertinaces. A Licurgo y a Esparta les importó poco la familia, punto éste sobre el cual se le pone pesada la mano a Plutarco y la frase se le vuelve oscura a fuerza de retorcimiento:

8. Plutarco, *op. cit.*, V, VI, VII, VIII, IX, XIII, XXVIII; Aristóteles, *Política*, II, 6; Durant, *La vida de Grecia*, I, 35; Burckhardt, *op. cit.*, I, 141-146.

Y sin embargo de haber conciliado a los casamientos tanto pudor y decencia, no por eso dejó de desterrar los celos necios y mujeriegos, porque lo que hizo fue remover del matrimonio la afrenta y todo desorden, dejando en comunión a los hijos y su procreación a todos los que lo merecían con desdén de los que trataban de hacer estas cosas exclusivas e incommunicables a costa de muertes y guerras.

Traduzcamos con ayuda del propio Plutarco: lo que mandaba Licurgo era que los maridos fuesen mansos y consentidos y, llegado el caso, no anduviesen con tantos alborotos como Menelao. El marido anciano de mujer moza debía, en bien del Estado, procurar a su consorte un joven fornido y de buen parecer. El hombre "excelente" (no se dice quién lo calificaba o si se calificaba él mismo) podía solicitar del marido de una bella que hubiese dado hijos hermosos, autorización para sacar copias de molde tan apetecible. Nada de escrúpulos en cuanto a los seres humanos puesto que se ponía el mayor esmero, en tratándose de perros y caballos, en aparear progenitores cuidadosamente escogidos⁹.

Los hijos no pertenecían a los padres sino al Estado, y el Estado iniciaba la selección al dejar morir en la montaña de Taigetos a los niños que nacían deformes o esmirriados. Luego se hacía cargo de los restantes, cuya educación comenzaba en manos de nodrizas expertas en formar niños ágiles y de buena figura, fáciles de alimentar, imperturbables en la soledad y en las tinieblas, "no incómodos y fastidiosos con sus lloros".

A los siete años se repartía a los muchachos en grupo para hacer vida en común bajo la vigilancia de los más crecidos. Vestían traje ligero que duraba el año entero y raramente se les permitía bañarse. Dormían en camastros de cañas y hojas preparados por ellos mismos y recibían alimentación escasa. Para que se hicieran "resueltos y mañosos", los muchachos debían ingeniarse en robar comida, pero eran azotados si cometían la torpeza de dejarse sorprender, "cultivo natural de la habilidad y la triquiñuela"¹⁰. Otras faltas fueron castigadas igualmente con azotes ante el altar de Diana y en presencia de los padres que exhortaban al niño a sufrir sin dar muestras de dolor. Algunos morían de los azotes¹¹.

Junto a los muchachos, a más de los vigilantes de grupo, surgían los "amadores". A veces disfrutaba un mozalbete bien dotado de más de uno y éstos, en vez de reñir, trabajaban de acuerdo "en hacer a su amado el más excelente de todos". También las matronas solían amar a otras mujeres¹².

9. Plutarco, *op. cit.*, XIV-XV.

10. Boutmy, *El Parterón*, Centauro, México, 1945, 60.

11. Plutarco, *op. cit.*, XVI.

12. Id., XVII. No vamos a detenernos en este punto, tratado y aclarado por Platón en *Fedro* y en *El Banquete*. Sólo repetiremos lo que escribió el filósofo cuando hubo de planificar un Estado que había de tener muchas cosas tomadas de los espartanos. Dice Platón: "el amor ajustado a la razón es un amor sobrio y sujeto a las reglas del orden y de la belleza... Por lo tanto no debe permitirse que al amor razonable lo roce nada alocado ni libertino", *República*, III, 403 ab. A mayor abundamiento, cf. *Leyes*, I, 636c; *Alcibiades*, 103a, 131c.

Cuanto rodeaba a niños y adolescentes era, a decir de Plutarco, "una escuela de obediencia" en la que "toda la educación se dirigía a que fueran bien mandados, sufridores de trabajos y vencedores en la guerra" ¹³.

Para tal fin, músicos y poetas hallaron buena acogida entre espartanos, aunque tan brava gente no mostró interés en las actividades superiores del espíritu, al punto de que la enseñanza contemplaba apenas lo indispensable de lectura y escritura. Decía Eliano ¹⁴ que los espartanos "no entendían nada de música pues les interesaban más los ejercicios físicos y las armas. Pero cuando tenían necesidad del auxilio de las Musas contra enfermedades o perturbaciones de los espíritus u otra desgracia general, invitaban, por consejo del oráculo de Delfos, a los extranjeros". Pausanias, por su parte, pensaba que los espartanos "eran los hombres que menos apreciaban la poesía y la gloria que con ella se conquista" ¹⁵. En las artes, los ensayos —dice Boutmy— "son numerosos y variados; pero se quedan en ensayos", y más adelante concreta la afirmación: "La mayor parte de estas creaciones [estatuaría, pintura, música, cerámica, arquitectura], dotadas de fuerte originalidad, se estancan en sus manos rápidamente, y no han proseguido su evolución a no ser con la ayuda de las razas jónicas. Empiezan ellos; Atenas acaba" ¹⁶.

Al desencadenarse la segunda guerra de Mesenia a comienzos del siglo VII a.C., fueron dos extranjeros, Terpandro y Tirteo, quienes exaltaron con sus cantos el espíritu guerrero de los espartanos. A fines de aquella centuria desempeñó funciones semejantes Alcman, un lidio. De los tres, fue Tirteo, sin duda alguna, la figura descollante. Los fragmentos que de él se conservan están llenos de ardor bélico, de apasionada exaltación del heroísmo y de amor a la patria. Para estimular el espíritu guerrero evocaba las hazañas de los antepasados en la primera de las guerras de Mesenia y, en cierto fragmento, Tirteo parece estar esculpiendo un friso de héroes:

Maravilloso es para el hombre valiente morir en la vanguardia de los que combaten por su patria... Cada cual se mantenga bien firme sobre sus pies, clavado al suelo, mordiéndose los labios, in-conmovible... Pie con pie, escudo con escudo, entreverándose los ondeantes penachos y chocando los cascos, apriétense los pechos de los guerreros y crúcense sus espadas y sus lanzas en la pelea ¹⁷.

Otro poema, recordado por Platón, creaba nuevos valores dentro de aquel conjunto de excelencias corporales y anímicas, timbre de nobleza; Tirteo desdeña la ligereza de pies y la destreza en la lucha, la fuerza ciclópea y la velocidad del viento, prendas que distinguieron a los héroes homéricos; desdeña las riquezas, el fasto real, la elocuencia. Nadie será digno de encomio "si no poseyera el valor guerrero. No se halla bragado en la lucha si no es capaz de resistir la muerte sangrienta en la guerra y luchar cuerpo

13. Plutarco, *op. cit.*, XVI.

14. Citado por Burckhardt, *op. cit.*, I, 156.

15. Citado por Burckhardt, *id.*, 156-157.

16. Boutmy, *op. cit.*, 62-63.

17. Cf. Jaeger, *Paideia*, I, 103, 104; Durant, *op. cit.*, I, 128.

a cuerpo con su adversario. Esto es areté, ese es el título más alto y más glorioso que puede alcanzar un joven entre los hombres" ¹⁸.

Con estos cantos, aprendidos de memoria y transmitidos de generación en generación, marchaban los espartanos al combate al son de flautas, cítaras y liras. Iban en busca de tierras para el Estado, de honor para los vencedores y de gloria para los caídos. "Regresa —decían las madres a los jóvenes— con tu escudo o sobre él". Regresa vencedor o muerto. A los que habían "temblado" en el combate, a los que lo esquivaron o huyeron, les aguardaba una vida miserable ¹⁹.

La música instrumental, los coros y las danzas fueron otros tantos medios para disciplinar a los jóvenes y acostumbrarlos a actuar armoniosamente en grupo. El "modo dorio" fue mantenido con rigidez y se castigaba cualquier desviación de los cánones oficiales. Terpandro, a pesar de sus merecimientos, sufrió multa por haber añadido una cuerda a la lira y el subversivo instrumento fue clavado oprobiosamente a la muralla de la ciudad ²⁰.

Además del sentimiento de admiración por el heroísmo guerrero y por la austeridad en las costumbres, los espartanos —puesto que habitaban en Laconia— legaron al mundo los vocablos "lacónico" y "laconismo". Y fue que Licurgo puso empeño en que todos (ya sabemos que apenas sabían escribir) fuesen breves y concisos en el hablar, con un punto de altanería y mucha impertinencia ²¹. Los espartanos lo tomaron tan en serio que parece fábula lo que se contaba: A Laconia arribaron gentes expulsadas de Samos por el tirano Polícrates y en una prolija peroración solicitaron asilo y alimentos. Los espartanos respondieron que no habían comprendido tan largo discurso. Mostraron entonces los samios las alforjas vacías y pidieron de comer. Esta vez se dieron por enterados los espartanos pero indicaron que con mostrar las alforjas hubiese bastado ²².

Pretende Plutarco que junto con el dinero desaparecieran de Esparta los pleitos, "no pudiendo haber entre ellos avaricia ni miseria; gozando todos de abundancia en la igualdad y manteniéndose con poco su parsimonia" ²³. Ciertamente, los espartanos no fueron miserables, pero vivieron como si lo fueran. Los hombres, por grupos de quince, debían hacer sus comidas en común y cada uno aportaba la ración necesaria de harina, queso, higos y algo de carne, a la que se sumaba alguna pieza de caza cuando la había. El guiso más común fue el llamado "caldo negro", que debió ser detestable a juzgar por los ascos de un rey del Ponto que se empeñó en probarlo ²⁴. Quienes evadían la asistencia a estas comidas, llamadas *sisitias* o *fidicias*, eran objeto de burlas y reproches, y a ellas eran llevados los muchachos como a una escuela de templanza además de ser una ocasión de entrenamiento en el robo de alimentos. Los espartanos bebieron vino

18. Jaeger, *op. cit.*, I, 108-109.

19. Burckhardt, *op. cit.*, I, 152.

20. Durant, *op. cit.*, I, 126.

21. Plutarco, *op. cit.*, XIX.

22. Herodoto, III, 46.

23. Plutarco, *op. cit.*, XXIV.

24. Cicerón, *Tusculanas*, V, 34, 98, asegura que se trató de Dionisio, tirano de Siracusa, a quien el cocinero dijo que si el potaje le sabía mal era por falta del aliño acostumbrado entre espartanos: marcha, sudor, fatiga, hambre y sed.

muy moderadamente porque el ciudadano-soldado debía mantenerse despierto y alerta en todo momento²⁵. Desde jóvenes se les enseñaba a aborrecer la embriaguez mostrándoles esclavos expresamente emborrachados para que sirvieran de repugnante lección²⁶. Fue con motivo de la implantación de las *sisitias* que Licurgo perdió el ojo.

Es posible que Esparta contase alguna vez con el número, entonces ideal, de 10.000 ciudadanos, es decir, terratenientes capaces de gobernar y de tomar las armas. Sin embargo, ya hemos visto que Plutarco habla sólo de 9.000 lotes de tierra de primera calidad. Las parcelas menos buenas fueron estimadas en 30.000, destinadas a los *periecos*, "los que viven alrededor", labradores o artesanos sujetos a tributación. A todo lo cual habrán de añadirse unos 50.000 *ilotas* o esclavos²⁷.

Los *ilotas* debían subvenir al mantenimiento de los ciudadanos y sus familias. Tirteo, entre sus cantos de bravura y patriotismo, pintó de paso la condición de los siervos: "Como los asnos se derrengaban bajo pesadas cargas y se veían obligados, por la dolorosa constricción de los señores, a entregarles la mitad de los productos de sus campos"²⁸. Según Plutarco, el canon anual fue de 70 fanegas de cebada por jefe de familia y 12 para la mujer, más "una cantidad de frutos líquidos proporcionada"²⁹.

El biógrafo de Licurgo dice que entre las cosas buenas y envidiables proporcionadas por el legislador a sus conciudadanos se contaba "la sobra de tiempo, no permitiéndoles que se dedicasen de ninguna manera a las artes mecánicas, y no teniendo por qué afanarse en allegar caudal, cosa que cuesta mucho cuidado y trabajo, por haber hecho la riqueza inútil y aún despreciable"³⁰. Doctrina tan sana había de ser también la de Platón y más tarde la de Aristóteles. En efecto, el hombre aristocrático de la antigüedad (y después de la antigüedad) consideró indecorosa cualquier ocupación que no fuera guerrear y gobernar.

En un estado bien constituido —decía Aristóteles— los ciudadanos no deben ocuparse de las primeras necesidades de la vida, punto en que todos están de acuerdo, siendo sólo el modo de ejecución lo que ofrece dificultad³¹.

Fuera de los días de asamblea y mientras no estaban combatiendo, los ciudadanos pasaban su tiempo en danzas, regocijos, convites, tertulias en las que hacían alarde de agudeza así como de reciedumbre para soportar impertinencias, otra manera más de domar el carácter. O iban al gimnasio a ejercitarse o a procurar que el efebo preferido fuese el mejor de todos. O salían de caza³², actividad que a más de mejorar la alimentación,

25. Plutarco, *op. cit.*, XII.

26. Id., Id., XXVIII.

27. Id., Id., VIII; Burckhardt, *op. cit.*, I, 132 y 138; Durant, *op. cit.*, I, 125.

28. Citado por Jaeger, *op. cit.*, I, 104.

29. Plutarco, *op. cit.*, VIII.

30. Id., Id., XXIV.

31. Aristóteles, *Política*, II, 6.

32. Plutarco, *op. cit.*, XXIV.

procuraba buen conocimiento del terreno y era aprovechado para ejercer vigilancia sobre las masas oprimidas.

En fin, para llenar su tiempo, los ociosos ciudadanos de Esparta practicaron las *criptias*, subrepticias expediciones periódicas en las que realizaban matanzas de ilotas, ya para sofocar algún brote de rebeldía, ya para contener la superpoblación de esclavos. O sin razón alguna, simplemente para recordar a los siervos su miserable condición. Plutarco calificaba de atroz semejante procedimiento y se negaba a admitir que lo hubiese instituido su admirado Licurgo. Creía, más bien, que comenzó como consecuencia de un alzamiento de mesenios y de ilotas ocurrido en ocasión de un terremoto a mediados del siglo V³³. Comoquiera que fuese, es comprensible que las poblaciones sometidas coincidieran de manera unánime en una aspiración común, en la de "comerse crudos" a los ciudadanos de Esparta³⁴.

Decía Aristóteles que Lacedemonia no tenía sino enemigos en torno suyo, cosa nada sorprendente por el empeño que puso en procurárselos, y, precisamente, los conflictos con los vecinos eran aprovechados por los esclavos para intentar el apetecido banquete. Si no comidos, en la estricta aceptación del vocablo, ya en tiempos tan remotos como los siguientes a la primera guerra con Mesenia se sospechaba que la generación llamada de *partenios* vino al mundo como consecuencia del estupro de las espartanas por parte de periecos e ilotas durante la ausencia de los combatientes³⁵. De aquí los problemas que Aristóteles consideraba de difícil solución en el trato con los esclavos: "Si son tratados con dulzura, se hacen insolentes y se atreven a considerarse como iguales a sus dueños; tratados con severidad, conspiran contra ellos y los aborrecen". Todo lo cual inspiró al gran estagirita una conclusión (con perdón sea dicho) algo perogrullesca: "Cuando no se consigue despertar otros sentimientos que éstos en el corazón de los ilotas, es prueba de que no se ha resuelto bien el problema"³⁶.

A través de un régimen extremadamente riguroso y con la finalidad bien precisa del dominio, Esparta abolió todo individualismo y toda razón de vivir que no fuese en provecho del Estado:

La educación —decía Plutarco— duraba aún en la edad adulta, porque a nadie se le dejaba que viviese según su gusto, sino que la ciudad era como un campamento, donde todos guardaban el orden de vida prescrito, ocupándose de las cosas públicas, por estar en la inteligencia de que no eran suyas, sino de la patria³⁷.

Aquel dominio férreo no fue, sin embargo, privativo de Esparta. La antigüedad desconoció lo que entendemos por la libertad individual y sería un error pensar que el hombre de entonces gozó de ella o se la imaginó siquiera: "No creía que pudiera tener el derecho de existir frente a la

33. Plutarco, *op. cit.*, XXVIII.

34. Burckhardt, *op. cit.*, I, 172.

35. Id., Id., I, 140 y nota 61.

36. Aristóteles, *op. cit.*, II, 6.

37. Plutarco, *op. cit.*, XXIV.

ciudad y sus dioses³⁸. Ser ciudadano significaba "el privilegio de un deber político" más que un derecho. El hombre era ciudadano sólo en la medida en que se hallara integrado, sin regateos, a las funciones y actividades de la ciudad: ceremonias, fiestas del culto, deliberaciones, decisiones, legislación y servicio militar. Dentro de semejante sistema, un hombre acogido a lo que llamamos hoy "vida privada" hubiera resultado una especie de desterrado³⁹.

Y, sin embargo, aquellas costumbres y leyes rigurosas que, a decir de Plutarco, mantuvieron a Lacedemonia por espacio de quinientos años e hicieron de ella "aya y maestra de una vida arreglada y de un gobierno bien ordenado", no lograron, en tan largo tiempo, modificar la íntima condición del ser humano. Tal vez, como pensaba Platón, por haberlo sometido a un régimen de fuerza y no de persuasión⁴⁰. El propio panegirista de Licurgo, tan incondicional admirador de su obra, refiere que en opinión de un ciudadano de Síbaris los espartanos "no hacían mucho en morir en la guerra para salir de tanto trabajo o de tan mal trato como el que se les daba"⁴¹. En ésta, como en toda humorada, había un fondo de verdad. La creación de Licurgo estaba ya derrotada en el alma del ciudadano mucho antes de que Tebas pusiese fin en Leuctra a la hegemonía espartana en 371 a.C. Platón, más irónico y socarrón de lo que su fama deja presumir, imaginaba que Megillos, el interlocutor espartano en *Las Leyes*, estaba "harto" de los cantos de Tirteo⁴².

Lacedemonia descartó el oro y la plata y el lujo, pero no desconoció el poder y los atractivos de la riqueza. Durante la segunda guerra con Mesenia, hacia 865, se aseguró la victoria neutralizando a Arcadia, aliada de Mesenia, mediante el soborno. De esta manera, decía Pausanias, convirtió "por primera vez la supremacía de las armas en cosa que se compra con dinero"⁴³. Iba a resultar difícil utilizar como arma la fuerza de la riqueza y permanecer incorruptible ante sus encantos. Ya en el siglo VI a.C. comenzaban a destacarse personalidades poderosas "en secreta rebeldía contra las limitaciones legales y los renunciamentos que imponía la patria", y se daba el caso de que "el espartano tenía que mantenerse pobre y parco mientras el soborno llamaba a las puertas de los que disfrutaban del poder". Hombrs enriquecidos colocaban fortunas fuera de Lacedemonia⁴⁴.

A pesar de todo cuanto adeuda a Esparta *La República* de Platón, en aquella obra hizo el filósofo honda crítica de un estado tipo, llamado por él *timocrático*, en que domina el ansia de la victoria y del honor. Concluía Platón que el afán de fomentar los nacimientos provocaba degeneración de las razas perfectas. No serán ya de oro ni de plata, según la terminología de Hesíodo, ni aun de bronce o hierro sino, lo que es peor, resultarán de una mezcla de metales contraria a toda armonía. Semejante naturaleza impura llevará a los hombres a mirar sólo su provecho, a apropiarse tie-

38. Foustel de Coulange, *La ciudad antigua*, Albatros, Buenos Aires, 1942, III, XVIII, 279-283.

39. Kahler, *Historia universal del hombre*, 78-79.

40. Platón, *República*, VIII, 548b.

41. Plutarco, *Pelópidas*, I.

42. Platón, *Leyes*, I, 629b.

43. Citado por Burckhardt, *op. cit.*, I, 140.

44. Burckhardt, *op. cit.*, I, 162 y 170.

rras ajenas y a esclavizar a quienes antes, como libres, fueron amigos y proporcionaron sustento. Tales hombres, de inferior calidad, serán adoradores de la riqueza y le rendirán culto a escondidas, y a escondidas disfrutarán de toda clase de placeres, procurando burlar la ley. Indiferentes a la verdadera Musa, la Musa de la dialéctica y la filosofía, se ocuparán sólo de la gimnasia, de la música y de la caza. Amarán el poder y los honores fincando sus pretensiones en los actos guerreros y el talento militar. Hombres así podrán, cuando jóvenes, despreciar la riqueza, pero aprenderán a amarla al avanzar en edad. Y Platón se detuvo a describir cómo se tuerce la inclinación de un joven bajo las presiones de una madre ambiciosa y de una servidumbre corruptora⁴⁵. Las alusiones a Esparta no podían ser más transparentes.

Igualmente riguroso fue Aristóteles. También él encontraba unilateral la exaltación del valor guerrero como única virtud:

Lacedemonia, que se ha sostenido mientras ha hecho la guerra, ha perdido el poder por no saber gozar de la paz y por no haberse dedicado a ejercicios más elevados que los del combate.

El empeño de acrecentar la población dentro del rígido marco de la división territorial tenía, fatalmente, que aumentar el número de los desposeídos y faltos de recursos. Ya muchos hombres no podían aportar la debida ración a las *sisitias*, con lo que se desvirtuó el carácter popular e igualador que quiso dar Licurgo a la comida en común. A través de la herencia, hábilmente amañada en muchas ocasiones, fue concentrándose la tierra en pocas manos, y todo vino a parar en un Estado pobre y unos particulares desmesuradamente codiciosos.

La alta jerarquía de la *gerusia* comenzó a declinar cuando los senadores se dejaron corromper. La poderosa institución de los *éforos* fue a manos de gente empobrecida "que se ha vendido a causa de su miseria". Por Aristóteles sabemos que eran los *éforos* aquellos hombres impersonalmente señalados por Platón como amantes de la riqueza, burladores de la ley y disfrutadores a escondidas de toda clase de placeres.

Afirma Aristóteles que Licurgo intentó codificar también la vida de las mujeres, pero encontró tal resistencia que hubo de abandonar el proyecto. De aquí que la mitad de la población permaneciera sin ley ni disciplina, que las mujeres pasaran "la vida entregadas a todos los desarreglos y excesos de lujo" y, por esta vía, llevaron a los hombres "al amor desordenado de las riquezas". Y en tanto, dice, que ha durado el poder de los espartanos "sus mujeres han decidido muchos negocios", para terminar en un arranque de misógino malhumorado: "¿Y qué más da que las mujeres gobiernen en persona o que los que gobiernan lo hagan arrastrados por ellas?"⁴⁶.

Opina un historiador moderno que el embeleso con que se admiró a Esparta y con que luego fueron exaltadas sus instituciones provenían de hombres que "no sintieron de cerca toda la crueldad, frialdad y egoísmo

45. Platón, *República*, VIII, 545c-548c.

46. Aristóteles, *op. cit.*, II, 6.

del carácter espartano" ⁴⁷. Para otro, en cambio, fue una reacción, consciente o inconsciente, ante los problemas y vicios de su propio tiempo ⁴⁸. Un párrafo de Plutarco parece corroborar esta última opinión:

no parece que Esparta era un pueblo regido por un gobierno, sino una persona que hacía vida ejercitada y filosófica, o, por mejor decir, así como los poetas fingen que Hércules, no teniendo consigo más que una piel y un palo, recorría la tierra castigando a los tiranos injustos y crueles, de la misma manera esta ciudad, con sólo una escítala ⁴⁹ y una mala ropilla, dominando a Grecia muy según su grado y voluntad, deshizo autoridades injustas y tiránicas que se habían introducido en los gobiernos, decidió sobre las guerras y sosegó tumultos muchas veces sin mover un escudo, sino con sólo enviar un mensajero ⁵⁰.

Plutarco —ya lo hemos señalado— escribía cuando era difícil apreciar y sentir la realidad de sucesos tan antiguos, y es posible que los descendientes de Hércules se lanzasen con su escítala —aunque, en realidad, la mayoría de las veces con sus lanzas y sus espadas— a sacar provecho de los desórdenes reinantes, pues los hechos históricos comprobados no dejan lugar a dudas:

de una lucha de clase espantosa, hecha toda de revoluciones y contrarrevoluciones, masacres, bandos, confiscaciones está llena toda la historia griega desde el siglo VII hasta la conquista romana ⁵¹.

En circunstancias semejantes no puede sorprender que algunos hombres pensasen nostálgicamente, no en una inalcanzable Edad de Oro imaginada por poetas, sino en algo como aquella *polis*, entonces más soñada que vida, capaz de dominar efectivamente "muy según su grado y voluntad".

47. Durant, *op. cit.*, I, 143.

48. Jaeger, *op. cit.*, I, 98.

49. *Escítala*, orden o mensaje de los generales espartanos.

50. Plutarco, *Licurgo*, XXX.

51. Mondolfo, *El pensamiento antiguo*, 40.

En la bella Pitaís, mujer de Mnesarcos, engendró Apolo un hijo. El marido de la hermosa, compenetrado, quizá, con las complacientes teorías conyugales de Licurgo, en vez de hacer una violenta escena doméstica erigió un templo al divino rival en muestra de gratitud. Algunos dijeron que el niño no fue hijo de Apolo ni de Mnesarcos, sino de Mármoco.

Tan confusamente comenzaba la confusa leyenda de Pitágoras, quien debió de nacer en Samos o en Lemos o en Flionte o en Sidón, por 580, si no fue por 570 o 568 a.C. Se decía que hacia 513 o 510 fue asesinado por las turbas en Crotona. Mas era posible que vagase, salvado de aquellas violencias, de ciudad en ciudad hasta ir, cansado de rechazos y de vejaciones, a dejarse morir de hambre en el Templo de las Musas, o era también posible que hubiese muerto guerreando. La suposición más verosímil es la de una muerte apacible a los ochenta años de edad, aunque otras dicen que fue a los noventa.

Por la gracia de Hermes gozó Pitágoras de una memoria imperecedera, y así podía referir cómo, en reencarnaciones sucesivas, había sido Etárides y luego Euforbo, el mismo "que recibió en el pecho el hierro penetrante de la pesada lanza" de Menelao, en la guerra de Troya. Luego fue Hermótido y luego un pescador llamado Pirros. Las cosas llegaron al punto de no saberse si tener a Pitágoras como un semidiós o, como insinuó Aristóteles, por embustero. No faltó quien pretendiera que fue un mito, aunque el profundo y respetable Cicerón aseguraba haber visto en Metaponto la casa donde murió el Maestro.

Se hablaba de sus viajes a tierras lejanas: a Persia, India, las Galias, España. De su larga permanencia en Egipto y luego en Babilonia (a donde fue a parar como prisionero de Cambises) había sacado lo esencial de sus conocimientos. Fue imaginado un contacto personal de Pitágoras con Zoroastro, y las semejanzas entre pitagorismo y budismo han sido atribuidas a enseñanzas brahmánicas recibidas por el Maestro. Lo cierto es que las predicaciones de Zoroastro, Buda, Pitágoras, Confucio y Lao-Tse coincidieron dentro de los límites de un siglo, tal vez menos, y aunque el Hijo de Apolo no llegase a establecer relación directa con semejantes innovadores, su doctrina estuvo sincronizada con aquellos grandes movimientos filosófico-religiosos de tan vasta difusión.

Pitágoras, el hombre, comenzó su docencia en la isla de Samos en tiempos de Polícrates. Para ello eligió un lugar apartado, de hermoso nombre: la

Gruta de las Ninfas¹. La desconfianza del tirano ante el creciente prestigio del Maestro obligó a éste a refugiarse en Crotona, al sur de Italia. Allí alcanzó la escuela el mayor desarrollo y el mayor brillo en vida del fundador, si bien la extensa y duradera influencia del pitagorismo se debió principalmente a los discípulos, de manera que Aristóteles, cuando trató de la doctrina, hizo referencia a los pitagóricos, nunca a Pitágoras.

Aquel hombre excepcional, de hermosa e impresionante presencia, cuyo dominio se extendía a los animales, las epidemias y los fenómenos meteorológicos, rechazó el trato de "sabio" que quisieron darle. Decía ser apenas un "amante del saber", por donde vino a crear los términos *filósofo* y *filosofía*. En materia de léxico, se le atribuyó también la introducción de la palabra *cosmos*, en el sentido del orden que gobierna al mundo.

Pitágoras creyó en Dios, en la inmortalidad del alma y en la reencarnación. A los pitagóricos refería Eudemo el concepto del *eterno retorno* según el cual, tras la extinción periódica del universo en el caos original, recomienza para toda la creación un nuevo ciclo, idéntico al anterior hasta en sus más pequeños detalles. En el siglo IV a.C. decía Eudemo: "yo hablaré un día con vosotros, empuñando este mismo bastón, y vosotros estareis sentados ante mí, tal como ahora". Platón hizo decir a Sócrates algo parecido al poner en boca suya el ofrecimiento de seguir prodigando enseñanzas a sus interlocutores "en otra existencia, cuando, vueltos a la vida, se encuentren de nuevo en pláticas como ésta"². Nietzsche desarrollará el pensamiento de ambos filósofos en un párrafo memorable:

Cualquier estado que este mundo pueda alcanzar lo habrá alcanzado ya, y no una vez, sino un número infinito de veces. Igualmente este instante ya se dio en otro tiempo y volverá a darse, y todas las fuerzas serán distribuidas de nuevo como ahora; y lo mismo puede afirmarse con el instante que le antecedió y con el que seguirá [...] volverás a encontrar cada uno de tus dolores y de tus placeres, cada uno de tus amigos y de tus enemigos, y cada esperanza y cada error, y cada brizna de hierba, y cada rayo de luz, y toda la multitud de los objetos que te rodean. Este anillo, del cual tú eres un pequeño eslabón, volverá a brillar eternamente³.

También creyó Pitágoras en la ciencia, en el poder del espíritu y en la bondad, aunque reconocía su extremada rareza entre los hombres, a juzgar por una de las sentencias fundamentales del pitagorismo.

Enseñaba que el universo, esférico y finito, estaba animado por el alma de la naturaleza. Por simple deducción a partir de la idea de ser la esfera el cuerpo perfecto, y no por conocimientos geodésicos, llegó a la conclusión de que la Tierra era esférica también, y la hizo girar, no en torno al sol, sino a un "fuego central" inventado por él. Como consecuencia de la esferi-

1. "La gruta de las ninfas se convierte en un lugar común de la literatura helénica; la forma más erudita, es decir, la más profana, la más alejada del sentido primitivo religioso, del complejo agua-caverna cósmica-beatitud, fertilidad, sabiduría". Eliade, *Traité d'histoire des religions*, 177.

2. *República*, VI, 498d.

3. Nietzsche, *El Eterno Retorno*, Obras Completas, Buenos Aires, Aguilar, III, 18-19. Sobre el tema, en general, cf. Mircea Eliade, *Le Mythe de l'Eternel Retour*.

cidad de la Tierra, habló de los antípodas. Descubrió la oblicuidad de la eclíptica y fue el primero en afirmar que la estrella de la mañana y la de la tarde eran el mismo astro. Imaginó, además, que los cuerpos celestes, como todo cuerpo que se desplaza con cierta velocidad, producían sonidos cuyo conjunto formaba "la armonía de las esferas" ⁴.

Entregado a estudios de acústica, descubrió, en sus investigaciones sobre las cuerdas sonoras, que los intervalos de octava, quinta y cuarta ⁵ se dan cuando las longitudes de las cuerdas respectivas están entre sí en la proporción de 1, $\frac{1}{2}$, $\frac{2}{3}$ y $\frac{3}{4}$, hallazgo que había de tener hondas consecuencias en el pensamiento pitagórico.

La música había alcanzado importancia primordial en la vida de los griegos por los efectos modeladores o educadores sobre el alma humana que le fueron atribuidos, por su influencia sobre los estados de ánimo y la conducta de los hombres, por el "encantamiento" que era capaz de producir sobre la naturaleza entera, como lo ilustraron fábulas famosas, tales como la de Orfeo y la de Anfión.

Así se explica que Pitágoras, en una audaz generalización de aquella ley de proporciones descubierta por él en las cuerdas sonoras, concibiese una armonía del universo, regida por relaciones expresables numéricamente. Todas las cosas, decían los pitagóricos, existen por la armonía y están ordenadas según el número. Entendámonos: armonía en el sentido de conformidad o correspondencia, de relación proporcional de todas las cosas entre sí, no en el sentido que tiene hoy el concepto musical de *armonía*, cosa desconocida para el mundo antiguo.

Aquella armonía de los pitagóricos era el concierto de los diez principios contrarios que regían, según ellos, en la naturaleza:

Acabado e Inacabado
Impar y Par
Uno y Múltiple
Derecho e Izquierdo
Macho y Hembra
Reposo y Movimiento
Rectilíneo y Curvo
Luz y Oscuridad
Bien y Mal
Cuadrado y Oblongo

4. ¿Qué sonido es éste, tan grande y tan suave, que llena mis oídos? Este es aquel sonido [...] que resulta del impulso y movimiento de los mismos orbes celestes, compuestos de intervalos desiguales, pero concertados y distintos con la debida proporción de las partes, que templando el agudo con el grave, causa con igualdad varios sonos y armonías. Porque no puede ser que movimientos tan grandes se hagan sin algún ruido, y la naturaleza quiere que los extremos suenen gravemente por una parte, y agudamente por otra. Por ese motivo aquel superior curso del cielo estrellado, cuya revolución es más acelerada, se mueve con un sonido agudo y ligero; mas este lunar, que es más bajo, se mueve con el grave.
Esta *armonía de las esferas* estaba formada por "siete sonos distintos en sus intervalos, número que es la medida y complemento de todo". *El sueño de Escipión*, V. Cicerón, Clásicos Bouret. Cf. también Plinio, *Hist. Nat.*, II, XX.
5. Ejemplo: do a do, do a sol, do a fa. Más extensamente en Filolao (6), García Bacca, *Fragmentos Filosóficos de los Presocráticos*, 268.

Los griegos, como el resto de los pueblos de la antigüedad, desarrollaron una complejísima mística de los números. Y así, el Uno, la *mónada*, fue para los pitagóricos el comienzo del todo, padre engendrador, esencia de las cosas. Representó el "punto", definido por ellos como "la unidad que tiene posición".

El 2, la *diada*, primer número engendrado ($1 + 1$), de naturaleza femenina, representa la línea. En oposición al 1, inmutable por ser esencia, el 2 es opinión y, como tal, cambiante. El 3, primer número impar, masculino, determina el plano elemental, el triángulo. Fue considerado perfecto por tener el Uno como comienzo, medio y fin ($1 + 1 + 1$).

El 4, principio de la naturaleza eterna, primer cuadrado, número femenino por excelencia como formado por $2 + 2$ (ó 2×2). La circunstancia de que fuese producto de dos factores perfectamente ponderados, hizo de él símbolo de la justicia. Representa el más simple de los sólidos, la pirámide triangular.

Los cuatro primeros números, la *tetrada*, $1 + 2 + 3 + 4$, suman 10, número del universo, grande, todopoderoso, símbolo de perfección. A estas excelencias, Filolao añadió: "el diez es grande, bien terminado, agente universal, principio de la vida para lo divino, lo celestial y lo humano".

Si se representan los números de la tetrada por puntos dispuestos en forma triangular:



surge el *tetractis* sacratísimo, por el que los pitagóricos juraban no revelar cosa referente a la comunidad ni los conocimientos en ella adquiridos: "No, juro por aquel que ha transmitido a nuestras almas el *tetractis*".

La oración más ferviente del pitagórico fue a la década:

¡Bendícenos, número divino, que engendras los dioses y los hombres!
¡Oh, santo! Santo *tetractis*, que contiene la raíz y la fuente del flujo eterno de la creación. Pues el número divino comienza por la unidad pura y profunda de todo, que relaciona todo, el primogénito que jamás se desvía ni se cansa, el diez sagrado que contiene la clave de todas las cosas.

El 5 siguió en importancia a la década, de la que es mitad. Primer número formado por el maridaje de un número par (2), hembra, con un impar (3), macho, simbolizaba la unión y estuvo consagrado a Venus y al amor. Su representación, la estrella regular de cinco puntas o *pentagrama*, fue el emblema del pitagorismo.

El 6, primer producto obtenido al multiplicar un número par por uno impar (2×3), es el segundo de los números triangulares, es decir, de los que admiten una representación en forma de triángulo: 3, 6, 10, 15, 21, 28. ..., a los cuales se atribuyó especial significación y una de cuyas peculiaridades es la de ser cuadrado la suma de dos triangulares sucesivos.

Además del triángulo, los pitagóricos utilizaron la escuadra para la representación de los *números cuadrados*, o serie de los números impares, partiendo del 1, y de los *números oblongos*, o serie de los pares, partiendo del 2:



El 7, número primo y, como tal, no engendrado por multiplicación, tampoco es factor de otro número dentro de la década. De él decía Filón de Alejandría: "Sólo el 7, dentro de la década, no es ni productor ni producido, por lo que algunos filósofos comparan este número a la Victoria y a la Virgen sin madre que se dice haber surgido de la cabeza de Zeus". Por eso estuvo consagrado a Palas Atenea y se le llamó el Número Virgen ⁶.

El 8 es el primer cubo ($2 \times 2 \times 2$), y el único dentro de la década; representa la amistad. En cuanto al 9, cuadrado del primer número impar, simbolizó la medicina, importante disciplina dentro del pitagorismo.

Otro número a que se dio gran significación fue el 100, cuadrado del sagrado 10 y raíz cuadrada de 10.000. Entre otras propiedades, es la suma de los diez primeros números impares.

Pitágoras demostró que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos, pero mucho más importante fue el famosísimo teorema que lleva su nombre: *En el triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa*. Aunque algunos pretendieron que la demostración había sido hecha antes por los egipcios, la leyenda refiere que Pitágoras, admirado ante su hallazgo, hizo un espléndido sacrificio a los dioses.

Los cuatro elementos tuvieron por modelo diversos sólidos regulares, y así la tierra se originó en el hexaedro regular; el modelo del fuego fue la pirámide; el del agua, el icosaedro y el del aire, el octaedro. El universo surgió del dodecaedro, y se contaba que en el curso de un viaje por mar, cierto pitagórico infiel, desentendido de su juramento, comenzó a revelar a los compañeros de viaje el misterio del dodecaedro, por lo que los dioses lo hicieron morir ahogado.

La perfección que los pitagóricos hallaron en el 3 y en el 10 era cosa diferente de la contemplada en los llamados *números perfectos*, a los que fue atribuido un sentido místico y cuya propiedad es la de ser iguales a la suma de sus divisores (incluyendo la unidad, pero no el número mismo): 6, divisible por 1, 2 y 3, es igual a $1 + 2 + 3$, así como 28 es igual a $1 + 2 + 4 + 7 + 14$, que son sus divisores. No parece mera casualidad que el grupo original de los pitagóricos estuviese formado por 28 personas. A esos dos números, los más frecuentemente citados como ejemplos de números perfectos, Nicómaco añadió 496 y 8.128.

6. Véase el estudio de Celada "Números sagrados derivados del siete". Sobre el número 7 en Filón de Alejandría, *De opificiis mundi* (La creación del mundo), ver la amplia cita en Leisegang, *La Gnose*, 35-39.

Aquellas maravillosas propiedades de los números, muchas de las cuales carecen de utilidad práctica, han tenido, sin embargo, fascinante atractivo para la mente de quienes saben manipularlas y solazarse con ellas, y el profundo asombro de quienes fueron descubriéndolas explica el supersticioso respeto que llevó, allá, en los albores de nuestra civilización, a imaginar en ellas significación oculta y a suponerles virtudes éticas y metafísicas.

Para Pitágoras, el gobierno ideal, aristocrático, estuvo representado por la "proporción armónica", tal como 12, 8, 6, en que 12 sobrepasa a 8 en $\frac{1}{3}$, puesto que 4 es $\frac{1}{3}$ de 12 y 8 sobrepasa a 6 en $\frac{1}{3}$, puesto que 2 es $\frac{1}{3}$ de 6⁷. Para el gobierno oligárquico o tiránico, reservó la proporción aritmética (6, 4, 2) y para el democrático, la proporción geométrica (8, 4, 2)⁸.

De lo que no hay duda es de que la concepción genial de una armonía del universo expresable matemáticamente no ha dejado de recibir, aunque por otras vías y por conceptos enteramente diferentes, reiterada confirmación en el mundo de las ciencias.

Si nos hemos extendido quizá algo más de lo aconsejable en este resumen de las matemáticas pitagóricas ha sido con el propósito de ofrecer al lector poco familiarizado con semejantes sutilezas alguna base para juzgar y apreciar el abundante uso de los números, de su simbolismo y de su misteriosa naturaleza en textos como los de Platón y las Sagradas Escrituras, que habrán de retener nuestra atención por largo espacio.

En torno a Pitágoras —o en torno a su nombre— se formó una agrupación cuyo vínculo fundamental, después del saber, fue la amistad, definida por los adeptos como "una igualdad armónica". Según Timeo, estos filósofos solían decir: "Todo es común entre amigos", sentencia repetida por Platón en apoyo del sistema comunitario ideado por él. Ha sido creencia general

$$7. \quad \frac{12-8}{12} = \frac{8-6}{6} = \frac{1}{3}$$

8. A esta mística de los números deberemos asociar la *Gematría*, o ciencia del valor numérico de las letras, de la que se hizo amplio uso.

Griegos y judíos asignaron valor numérico a cada letra de sus respectivos alfabetos, y de la suma de los diversos valores en las palabras resultaban relaciones y significados a los que se dio gran importancia. He aquí algunos razonamientos típicos dentro del sistema gemátrico.

Jesús (Apocalipsis 22:13) se proclama "el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin". Aplicando el valor numérico del alfabeto griego: *alfa*=1, *omega*=800, tendremos para esa expresión la cifra 801. Ahora bien, según cierta especulación gnóstica, Jesús fue penetrado en el momento del bautismo por el Espíritu divino en forma de paloma, *peristera* en griego, cuyo valor numérico $80+5+100+10+200+300+5+100+1=801$, de manera que al proclamarse *alfa* y *omega* se identificaba con el Espíritu Santo. (Leisegang, *La Gnose*, 34).

En hebreo, *Chem* (nombre, $300+40$) = 340; *Sephar* (número, $60+80+200$) = 340; y *Sepher* (libro), como *Sephar* = 340. El libro contiene todos los nombres y todos los números. (Grad, *Pour comprendre la Kabbale*, Dervy-Livres, París, 1966, 66).

Según Salmos 68:21 "Son del Señor Yahvéh las salidas de la muerte", se imaginó que existían 903 variedades de muerte, porque la palabra hebrea que significa "salida", *totzaboth*, tiene un valor numérico de 903. (Cohen, *La Talmud*, 120).

que los pitagóricos no poseyeron cosa propia por haber existido entre ellos la comunidad de bienes, aunque algún autor lo pone en duda⁹.

La selección de candidatos fue extremadamente rigurosa. Pitágoras realizaba una minuciosa inquisición sobre la manera de comportarse el aspirante con sus padres, sobre sus amistades, gustos y ocupaciones, sobre sus penas y alegrías. Observaba su comportamiento, las actitudes, los gestos, las inflexiones de la voz, la risa. Lo sometía al análisis fisiognómico, que consistió en deducir su personalidad por la forma del rostro, por la figura del cuerpo y el aspecto general. Parece ser que puso a prueba la resistencia del postulante al esfuerzo físico y al dolor.

Esta primera selección abría un período de tres años para el ingreso a la categoría de *exotéricos*, aprendices a quienes sólo estaba permitido oír y para quienes no fue visible el Maestro, que les hablaba tras una cortina.

Sinco años de noviciado conducían a la deseada condición de *esotéricos*, verdaderos iniciados, atados por juramento y sujetos a las reglas de la comunidad, quienes ya podían departir y opinar.

En la agrupación pitagórica fueron admitidas las mujeres, hecho insólito y revolucionario, toda vez que tras el fracasado intento de Licurgo y mucho antes del proyecto puramente teórico de Platón, era el primer hecho positivo para colocar a la mujer en un pie de igualdad con el hombre.

Dentro de la escuela hubo diversos sectores de acuerdo con las preferencias de los hermanos, y así el grupo de los *sebásticos* o venerables comprendió a los contemplativos, a cuyo cargo estuvo la parte religiosa de la comunidad; los *teoréticos* eran los especulativos, dados a la meditación. Los *físicos*, llamados también *matemáticos*, se dedicaron a las ciencias, especialmente a la geometría y la astronomía, y fueron los pitagóricos los primeros en usar la palabra *matemáticas* en el sentido que hoy tiene. En fin, los *políticos* quedaron encargados de los aspectos humanos y de las cuestiones sociales. A la larga habían de dividirse los pitagóricos en *acusmáticos* (pudiera traducirse *preceptistas*), atentos a los aspectos religiosos y contemplativos, rigoristas en la observancia de las prescripciones, y los *matemáticos*, humanistas de tendencias más científicas y profanas.

Observaban los pitagóricos un régimen de vida propio, rígidamente regulado. Antes de abandonar el lecho, debían recapitular los actos del día anterior, fijar lo que habían de hacer durante la jornada y esforzarse por recordar los sueños de la noche, ejercicio que capacitaría, a la larga, para recordar la vida anterior. Se levantaban con el sol, no antes, para no preceder al dios, y vestidos de blanco salían de paseo por el campo, lejos del bullicio. Al regreso, emprendían ejercicios gimnásticos seguidos de masajes y de un desayuno ligero. Para departir y considerar las enseñanzas del día realizaban por la tarde nuevo paseo rematado por un baño. Entonces venía la cena, tan frugal como el desayuno.

Estuvieron sometidos a numerosos tabúes, sobre todo alimenticios, que interesan poco a nuestro tema. Por vía de ejemplo mencionaremos la rigurosa abstención de habas, incluso del contacto con ellas, pero fueron tantas

9. Cf. Gobry, *Pythagore*, 18-19.

y tan variadas las explicaciones sobre este hecho que resulta imposible saber a qué obedecía tan curiosa privación¹⁰.

Más comprensible e importante resulta la adopción del vegetarianismo, aunque, sobre el particular, no hay acuerdo entre los autores¹¹. Diógenes Laercio, en un epigrama referente a la abstinencia de "cosas vivas" entre pitagóricos, decía:

¿Quién hay, dí, que devore cosas vivas?
Cuando ya están asadas y cocidas
y, además, salpimentadas,
entonces ya sin alma las comemos.

La renuncia a la carne se debió a la creencia en la reencarnación, y Ovidio lo afirmó así al exponer la doctrina pitagórica:

Hay cereales, hay frutas que hacen inclinar, con su peso, las ramas de los árboles; en las viñas hay jugosas uvas; hay plantas exquisitas que se vuelven más dulces y más blandas por el fuego. La naturaleza no niega la leche ni la miel perfumada por la flor del tomillo; la pródiga tierra pone a vuestra disposición tesoros de alimentos deliciosos y provee vuestra mesa sin necesidad de que matéis y derramáis sangre.

.....

Guardaos, lo digo en nombre de los dioses, de arrancar de su morada, por una muerte sacrílega, el alma de vuestros semejantes; que la sangre no se alimente de sangre¹².

Después de la cena había recitación de poemas de Homero y de Hesíodo y sesión musical. Con la profunda veneración que tuvieron por la música, tanto por el placer que causa como por su influencia sobre la esfera moral del hombre, los pitagóricos no sólo creían saludable oír la al despertar y antes de dormir, sino que exaltaron sus efectos sobre las afecciones del espíritu y crearon una terapéutica musical para los males del cuerpo.

El día del pitagórico terminaba con un nuevo examen de conciencia:

No permitais el sueño a tus adormitados ojos
sin haber examinado cada uno de tus actos durante el día:
¿En qué falté? ¿Qué hice? ¿Cuál de mis deberes descuidé?
Recapitula todos tus actos, desde el primero, y luego,
si has cometido alguna baja, castígate;
si has obrado virtuosamente, regocíjate.

En la comunidad debía reinar dulzura, buen humor, afabilidad, buenos modales, solidaridad. La ayuda mutua fue obligación aun entre hermanos

10. "Un código completo de máximas supersticiosas que la antigüedad atribuyó a Pitágoras, aunque indudablemente eran familiares a los antepasados bárbaros de los griegos mucho tiempo antes de la época del filósofo". Frazer, *La Rama Dorada*, 64.

11. Cf. Millepierres, *Pythagore, fils d'Apollon*, 156-159; Gobry, *op. cit.*, 149, n.l.

12. *Metamorfosis*, XV, 75 ss.

que no se habían visto jamás, a cuyo fin usaban los pitagóricos un signo de reconocimiento. Todos los actos debían estar inspirados por la justicia, comparada por Pitágoras con la sal, que preserva cuanto impregna y está hecha de cosas purísimas, "agua y mar".

Los filósofos griegos gustaron de practicar el sistema de preguntas y respuestas como ejercicio del ingenio, y las biografías de Diógenes Laercio abundan en ejemplos de cómo un pensamiento de tal filósofo o un concepto fundamental de tal otro se perpetuó como respuesta a una pregunta, pero también fueron redactados catecismos por las escuelas para fijar las ideas. De los pitagóricos se conservan listas más o menos extensas, de las que entresacamos:

- ¿Qué es lo más sabio
- El número.
- ¿Qué es lo más bello
- La armonía.
- ¿Qué es lo más poderoso?
- El espíritu.
- ¿Qué es lo mejor?
- La felicidad.

Y en medio de aquella doctrina de bondad y de mesura, surgió una sentencia desapacible y extremada:

- ¿Cuál es la mayor verdad?
- Que el hombre es malo.

No estuvo permitido entre pitagóricos nombrar al Maestro, por lo que se recurría, para referirse a sus enseñanzas, al rodeo *El lo dijo*. Aconsejaban no jurar por Dios, reverenciar a los ancianos, no hacer del amigo un enemigo sino, por el contrario, transformar al enemigo en amigo, no tener ninguna cosa como propia, favorecer la ley y perseguir la injusticia, no destruir las plantas ni los animales inofensivos. Aconsejaron la circunspección, no decir cosa alguna estando airado, hacerse digno de reverencia. Exaltaron el pudor y la castidad, aunque, según Diógenes Laercio, Pitágoras sólo predicó la moderación. Refería Jámbico que al organizar la sociedad en Crotona, el Maestro hizo ver que la risa inoportuna era incompatible con la vida pitagórica, y dentro de aquel empeño por alcanzar en todo un término medio, uno de los aforismos decía: "no estés siempre derramado de risa o cubierto de tristeza".

No siempre fue tan claro el Maestro, pues entre sus sentencias, tenidas por divinas, hubo otras:

- No herir el fuego con la espada.
- No pasar por encima de la balanza...

Una vez explicadas, resultaron ser: No incitar la ira de los poderosos, no traspasar la igualdad y la justicia, etc.

Pitágoras fue autor de un *Discurso Sagrado*, atribuido por él, modestamente, a Orfeo y que sus discípulos recogieron por escrito. Ovidio dejó, en las *Metamorfosis*¹³, fragmentos o paráfrasis de aquella pieza veneranda:

Y puesto que un dios me hace hablar, obedezco religiosamente al dios que dicta mis palabras; expondré sin reservas los secretos de ese Delfos que hay en mí, aun los del mismo cielo, y revelaré los oráculos de la augusta sabiduría. Proclamaré los grandes misterios no penetrados antes por ingenio humano alguno. Me lanzaré al cielo a través de los astros, abandonaré esta tierra entumecida y, transportado por una nube, iré a posarme sobre los hombros del robusto Atlas, y desde allí miraré a mis pies, a lo lejos, a los hombres errantes a la ventura, sin la guía de la razón, y los confortaré contra el terror y el temor a la muerte, y expondré a sus ojos el curso del destino.

El hijo de Apolo, lleno del don profético de Delfos, explicaba los pasos sucesivos del alma una vez liberada del cuerpo (que Filolao comparó a un sepulcro)¹⁴ para alcanzar, a través de reencarnaciones sucesivas, la purificación total que permita identificarse para siempre con los dioses.

Semejantes cambios en el hombre son apenas ínfimos remedos de la inmensa y constante transformación del Cosmos: "en todo el universo no hay nada que dure. Todo fluye, y los seres no revisten sino formas fugitivas. El tiempo mismo pasa con movimiento continuo como un río. Y así como los ríos, las horas veloces no pueden detenerse". El aspecto mismo de las cosas se transforma sin cesar: a la oscuridad de la noche sigue la luz deslumbrante del día; el cielo transforma sus colores desde la media noche hasta que la estrella de la mañana "surge luminosa de las ondas en su caballo blanco"; el mismo sol cambia de aspecto en el curso de las horas, y la luna, en el curso de los días. Y cambia el hombre como cambian las estaciones...

Las sentencias recogidas bajo el título de *Palabras de Oro o Versos de Oro* proceden en su mayoría del *Discurso Sagrado*:

Sé dueño, en primer lugar, del apetito y del sueño, luego de la lujuria y de la cólera.

No cometas actos vergonzosos en compañía de otro ni solo: por sobre todo, respétate a ti mismo.

Observa la justicia en actos y en palabras y no te acostumbres a proceder desatinadamente en ninguna circunstancia.

No hagas nada que no conozcas, pero aprende.

Haz lo que no te perjudique y reflexiona antes de actuar.

Guárdate de hacer lo que provoque envidia.

Estas son algunas de las más accesibles *Palabras* pitagóricas, entre las que destaca una afirmación de especial importancia:

En la liberación del alma, medita cada cosa ejercitando tu juicio, y tomando por auriga la perfecta Inteligencia de lo alto.

13. XV, 144 ss.

14. Lo que se prestaba, en griego, a un juego de palabras: *soma* (cuerpo), *sema* (sepultura). C.f. Platón, *Gorgias*, 493 a.

Entonces, si al abandonar el cuerpo, alcanzas el éter libre¹⁵, serás inmortal, dios incorruptible, liberado para siempre de la muerte.

Hay resaltante similitud entre las últimas líneas de este fragmento y ciertos textos funerarios órficos:

Cuando tu alma haya abandonado la luz del sol.

.....

De hombre que eras te habrás hecho dios...

Yo vengo de entre los puros, oh, puros, soberanos de la muerte, Eucles, Eubuleos, y vosotros todos, dioses inmortales!

Pues yo también podré pertenecer a vuestra estirpe bienaventurada.

Escapé del círculo de las pesadas penas y de los dolores.

Con pie ligero me lancé hacia la deseada corona.

Me sumergía en el seno de Desponia, reina de la muerte.

A paso rápido sobrepasé la hermosa corona.

Feliz y bienaventurado quien, de mortal, se transforma en dios¹⁶.

El pitagorismo, en múltiples aspectos: misterio, disciplina moral, mortificación ascética, ideas de reencarnación, de inmortalidad, de bienaventuranza, estuvo penetrado de orfismo, religión que hizo de Orfeo casi un dios benévolo en oposición al Zeus terrible y altitonante. Algo semejante ocurrirá con las herejías llamadas *antinomistas*, esto es, negadoras del Antiguo Testamento, sobre todo con Marción y la corriente marcionista del siglo II. A Yahvéh, el demiurgo tremendo y cruel, oponíase Jesús, hijo de un dios de bondad¹⁷.

La doctrina pitagórica buscó liberar al hombre de los hados, del destino ineluctable, para hacerlo artífice de su propio destino por la acción purificadora de la virtud. "Sabe —dice una de las *Palabras de Oro*— que los hombres desdichados sufren los males elegidos por ellos".

Como el orfismo, el pitagorismo abría nuevas vías a la esperanza de quienes ya no hallaban consuelo ni amparo en las concepciones tradicionales, en un vuelco parecido al que ocurrirá en el judaísmo cuando el hombre, hasta entonces apenas ínfima partícula unida a la suerte común de su colectividad, comience a individualizarse ante los ojos de Yahvéh para responder por sus propios actos; cuando las rígidas convicciones sobre el alma, la muerte y el *sheol* se vean conmovidas por las ideas de inmortalidad, resurrección y bienaventuranza. Pitágoras habló como hablarán los grandes visionarios apocalípticos.

Pese a las coincidencias de Pitágoras con Orfeo, el mensaje del Maestro de Samos fue de mayores horizontes que el orfismo, como que representó, a un mismo tiempo, ciencia, religión y política. Un pitagórico hubiese dicho

15. El éter, morada de las almas purificadas.

16. Tablilla funeraria órfica en Leisegang, *La Gnose*, 26.

17. Cf. Daniel-Rops, *L'Eglise des Apôtres et des Martyres*, 336-338; Leisegang, *op. cit.*, 191-197; Grant, *Gnosticism and Early Christianity*, 121-128 et *passim*.

que fue más armonía; en el terreno en que nos hemos situado, podríamos decir que fue más doctrina de república integral¹⁸.

La semilla había de ser sembrada en tierra fértil. En Crotona, Pitágoras se dirigió al gimnasio y comenzó a predicar a la juventud. Habló de las jerarquías y del acatamiento que se les debe, de la veneración a los padres, piedra de toque del buen pitagórico. Habló de la templanza, fuente de todos los bienes. Proclamó entre gimnastas la primacía del espíritu sobre el músculo. Les dijo que las fuerzas declinan con la edad; el saber, en cambio, crece. Que las excelencias corporales no pueden compartirse; la ciencia sí y, aunque se prodigue, nunca merma. Varios atletas se sumaron al Maestro, a la cabeza de ellos el hércules semifabuloso Milón de Crotona, capaz, según decían, de matar a un buey de un puñetazo y capaz, además, de comérselo.

Pitágoras habló al Senado e indicó la necesidad de eliminar, por cualquier medio que fuese, la enfermedad, la ignorancia, los vicios, la anarquía. Aristócratas, comerciantes, armadores, financieros, escucharon con atención y se interesaron en el hombre y en su doctrina.

Pitágoras habló en los templos a niños y mujeres. Después de oírle, las matronas llevaron sus galas suntuosas para ofrendarlas en el altar de Hera. Pitágoras habló a los hombres, y los maridos infieles desertaron los prostíbulos para consagrarse al hogar. Pitágoras dictó normas de eugenesia y fijó los momentos propicios para la generación. La palabra del Maestro encendió ansias colectivas de saber, de virtud y de perfección. Dos mil años más tarde vivirá Florencia momentos parecidos, arrebatada ella también por la palabra de fuego de Savonarola.

No intervino Pitágoras directamente en la política, pero trató de que sus principios y sus enseñanzas formasen buenos ciudadanos y buenos gobernantes. Su propósito era regenerar a los hombres, llenos de maldad, como hijos que eran de la edad de hierro, para que así regenerados se encaminasen hacia la perfección en este mundo y en el otro. Ciudad, política, felicidad, beatitud, como todo en el universo, eran formas de la armonía.

Las élites crotonenses se vieron ganadas por el pitagorismo y a través de senadores, potentados y familias influyentes adquirió la escuela preponderancia en el gobierno aristocrático de la ciudad. En los hombres públicos, el sello de pitagorismo se hizo una credencial, y entre los que acudieron para alcanzarla hubo oportunistas y trepadores. A uno de ellos, hijo de familia rica y aristocrática, hombre ambicioso, orador brillante con barniz democrático, llamado Cylón, Pitágoras lo apartó de la escuela por haber penetrado, con aquella su aguda intuición, los verdaderos propósitos del demagogo.

Los pitagóricos fundaron células en diversas localidades de la Magna Grecia, y la de Síbaris, ciudad rival de Crotona, había alcanzado señalada influencia en aquella Babilonia-París-Las Vegas del mundo clásico, cuando estalló una rebelión popular. Los pitagóricos fueron perseguidos como enemi-

18. "El pitagorismo no es solamente un movimiento intelectual, sino también un movimiento religioso, moral y político [...] La sociedad abierta a las mujeres y a los extranjeros, desbordaba los límites de la religión de ciudad". Bréhier, *Historia de la Filosofía*, I, 254-255.

gos del pueblo; algunos perecieron y otros lograron refugiarse en Crotona. Síbaris exigió la extradición de los fugitivos, pero resultaba evidente que Crotona, empapada de pitagorismo, no accedería a la demanda. Se entablaron conversaciones de ciudad a ciudad, mas los sibaritas, ofuscados por lo que consideraban un trato humillante y deseosos de dar amenazadoras muestras de poder, asesinaron a la delegación crotonense.

Si desventura fue el crimen, desventura mayor fue la venganza inmediata y feroz. Las fuerzas de Crotona, capitaneadas por el hércules Milón, derrotaron a un ejército numéricamente superior, pasaron a cuchillo a la población y arrasaron la ciudad imprudente. Se sospechó que triunfo tan devastador fue posible por la ayuda eficaz de Esparta, para quien debió de ser cosa incomprensible —e inadmisible— que en el mundo existiese algo como Síbaris.

Ha desconcertado a los historiadores la manera cómo los crotonenses, inspirados por la escuela benévola e idealista de Pitágoras, llegaron a caer en actos tan ajenos a la serenidad filosófica. Una posible explicación sería que los convertidos al pitagorismo eran ya demasiado numerosos y con demasiado poder político como para no enturbiar la pureza original de la doctrina. Tal vez fuesen también lo suficientemente soberbios como para imaginarse destacados dentro del género humano por la marca del saber y de la virtud.

Aquella acción inhumana fue un alerta para los espíritus inquietos de Crotona. Los demócratas, a cuya cabeza había logrado situarse el rechazado Cylón, soliviantaron las masas vocando el peligro de que los pitagóricos impusiesen la tiranía. En la plaza pública fueron leídos inquietantes textos atribuidos a la escuela, pero, en realidad, elaborados *ex profeso* por los agitadores. Circularon versiones tenebrosas sobre los pitagóricos, a quienes se acusó de impíos y de inmorales. Se hizo correr la especie de que raptaban niños para sacrificarlos en ceremonias secretas. No tardó en estallar la violencia popular. Los pitagóricos más significados se reunieron en la vivienda de Milón para deliberar; las turbas rodearon la casa y le prendieron fuego. Quienes no perecieron quemados murieron por la espada. Del resto de los hermanos, los que lograron escapar de la matanza se dispersaron por diversas ciudades, desde donde continuó expandiéndose más tarde el pitagorismo como una admirada y mansa doctrina filosófica cuyo experimento político vio su orto y su ocaso en Crotona. La tesis de *El gobierno para los filósofos* había tenido su bautizo de sangre¹⁹.

¿Qué fue de Pitágoras? Se pretendió que había muerto en la casa de Milón, o asesinado cuando trató de huir, o en alguna otra forma mal conocida. Según una versión —¿alimentada por los adversarios?— el Maestro huyó de Crotona al no más iniciarse la reacción, abandonando a los discípulos a su suerte. En fin, la más dramática y desconsoladora de las hipótesis —y posiblemente la más cierta— fue la de haber fallecido Pitágoras, ya muy viejo,

19. Epaminondas, en Tebas, y Arquitas, el amigo de Platón, en Tarento, ambos de formación pitagórica, representarían al gobernante filósofo, personificado de manera más completa por el emperador Marco Aurelio.

en Metaponto, a donde se acogió años antes de los trágicos sucesos, defraudado y en desacuerdo con el rumbo seguido por su doctrina y por su grey.

Para la perfección del mito, más valdría admitir que pereció entre las llamas.

"Oigamos a Platón, que es como el dios de los filósofos", decía Cicerón. Y oigamos a Sócrates y a sus amigos aquella tarde de verano, cuando regresaban de la fiesta de la diosa Artemisa, en el Pireo, y se empeñaron en averiguar qué cosa era la justicia "en sí y por sí misma", para conocer los efectos provocados por ella en el alma del justo, independientemente del premio o de cualquier otra consecuencia que pudiera producir¹.

Sócrates propuso a sus interlocutores la comparación del individuo con el Estado, en la que este último resultara una reproducción agrandada del primero y, gracias a la magnificación de todo, vicios y virtudes se harían más aparentes y más fáciles de analizar y comprender. Fue entonces cuando Sócrates dijo: "Pues bien, si con la imaginación inventásemos un Estado..."², idea que repetirá en diversas formas: contemplar creaciones de la mente, dar rienda suelta al pensamiento y producir visiones como en los cuentos, hablar en juego, referir una fábula, pero todo seriamente: "construyamos una ciudad ideal como si la fundásemos desde un principio"³.

No fue Platón el primero en entregarse a semejantes ejercicios de la imaginación. Aristóteles refiere que Faleas de Calcedonia e Hipodamo de Mileto habían intentado antes echar las bases del Estado ideal.

Faleas consideró indispensable, para alcanzar la perfección de la república, igualar las fortunas por un reparto de la tierra en lotes semejantes, medida —decía él— más fácil de adoptar en el momento de la fundación del Estado que de introducir en uno ya constituido. Los obreros o artesanos de aquella república trabajarían para la *polis*, posiblemente como esclavos. Y hasta aquí las noticias transmitidas por Aristóteles, quien reprochaba a Faleas creer que la riqueza estaba formada sólo por la tierra, sin tomar en cuenta esclavos, muebles ni dinero; no haber previsto las rentas del Estado ni la organización militar ni haber dicho en qué consistiría la educación. El proyectista pecaba, además, de ingenuo al imaginar que las disensiones de los hombres nacían sólo de problemas materiales. "La multitud se rebela a causa de la desigualdad de las fortunas, y los hombres superiores se indignan con la repartición igual de los honores"⁴.

1. Platón, *República*, I, 327ab; II, 358 b, d; 367 b-d.

2. Id., Id., II, 368c-e, 369a.

3. Id., Id., II, 369c, 376de; VII, 536c; *Leyes*, VI, 752a; III, 702d.

4. Aristóteles, *Política*, II, 4.

Hipodamo de Mileto, hombre de cabellera tan compuesta y de trajes tan elegantes y llamativos que provocaba la censura de sus conciudadanos, pretendía no ignorar nada de cuanto encerraba la naturaleza. Esta mezcla de Brummel y de Pico de la Mirándola era también urbanista, y como tal ideó un plano de ciudad en forma de tablero de ajedrez, aplicado por él en El Pireo y adoptado, según parece, en Rodas y en la colonia de Turio, en Lucania. Este urbanista imaginó la *polis* como algo más que calles, plazas y edificios. Precedido en sus concepciones por los pitagóricos, quiso hacer un todo armonioso de la ciudad y de sus habitantes, y con crear el tablero básico y dividir el territorio en tres sectores: el sagrado, el público y el de las propiedades particulares, se aplicó también a estructurar el Estado.

La república de Hipodamos había de contar con 10.000 habitantes repartidos en tres clases: agricultores, artesanos y guerreros, y todas tres, sin distinción alguna, formarían el pueblo soberano. Este pueblo elegía los magistrados que debían entender en todos los asuntos, internos o externos, relacionados con la república. Propuso Hipodamo recompensas para los "descubrimientos políticos de utilidad general" y la educación, por parte del Estado, de los hijos de guerreros muertos en combate. Se ocupó igualmente del poder judicial en el que previó un tribunal de apelación, formado por magistrados ancianos elegidos por el pueblo.

El innovador tuvo, sin duda, buenas ideas aunque incompletas, como apuntaba su presentador y crítico. No veía claro Aristóteles la nivelación de las tres clases ni la eficaz participación de todas tres en los asuntos del estado, ni la manera en que debía ser cultivada la tierra y otros detalles. Pero lo que más pareció desconcertarle fue la existencia de dos clases de ciudadanos inermes y de una tercera con armas, y temió que las primeras pudiesen verse reducidas a la esclavitud⁵, pues, pensaba Aristóteles, "nada hay más monstruoso que la injusticia armada"⁶.

En cuanto a planificación urbanística en Grecia parece no haber sobrevivido, aparte del tablero de Hipodamo, sino la del charlatán Metón, trazada en el aire, según explicaba Aristófanes:

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo y coloco en el centro la plaza; a ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones⁷.

Todo lo cual valió a Metón ser aporreado, injustamente si pensamos en la cantidad de ciudades circulares o casi circulares imaginadas luego⁸.

5. Aristóteles, Id., II, 5; Cappelletti, *Utopías antiguas y modernas*, 11-48; Servier, *Historia de la utopía*, 21-22; Glotz, *La ciudad griega*, 22; Ruyer, *L'Utopie et les utopies*, 129-130.

6. Aristóteles, Id., I, I.

7. Aristófanes, *Las Aves*.

8. Cf. Mumford, *The City in History*, 172; Rosenau y Hudnut, *Utopía y realidad en la ciudad del Renacimiento*, Ediciones 3, Buenos Aires, 1962; Llubes, Pedro, "El damero y su evolución en el mundo occidental", en *Boletín del Centro de Investigaciones, Historia y Estética*, N° 21, Noviembre 1975, 9-66 (Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela, Caracas); Hardy, Jorge E., "Las características físicas de las Ciudades Ideales del Renacimiento en Italia", Id. id., 67-136; Klein, "L'urbanisme utopique de Filarete a Valentin Andrea", en *Les Utopies à la Renaissance*, 209 ss.

Por la senda de aquellos teorizantes y sobre las huellas de Esparta iba a marcar sus pasos Platón. "El Estado —decía— debe su origen a la impotencia en que se encuentra el individuo para satisfacer por sí mismo sus mil necesidades. . .", punto sobre el cual no habremos de detenernos por ser tema ya conocido.

En *Las Leyes* indicó Platón las necesidades fundamentales del hombre: comer, beber y generar⁹, es decir, las compartidas, en su codición de *zoon*, con los demás animales y que Aristóteles, en alguna parte, redujo a dos, como tan pía y filosóficamente recordaba el Arcipreste de Hita:

Como dize Aristóteles, cosa es verdadera;
El mundo por dos cosas trabaja: la primera
Por aver mantenencia; la otra cosa era
Por aver juntamiento con fenbra plazentera¹⁰.

El ciudadano, el *zoon politikon*, tenía mayor número de necesidades. A las más perentorias venían a sumarse la vivienda y el vestido, y de allí el origen de los oficios. Porque el individuo no podía ser al mismo tiempo labrador, constructor, tejedor, zapatero. . . Era necesario, y esto será un principio fundamental e inflexible para Platón, que diferentes personas se ocupasen de los diversos menesteres; cada cual en un quehacer y sólo en uno durante toda la vida para que así, por la perfección del trabajo y sin inmiscuirse en lo que no le incumbía, contribuyese el ciudadano al equilibrio y felicidad general de la *polis*.

La república contará, por consiguiente, con albañiles, herreros, carpinteros; con boyeros y pastores, hilanderos y zapateros, en fin, con gañanes que ofrecerán sólo la fuerza de sus músculos mediante un jornal. Los productos pasarán de unas manos a otras por el sistema de compra y venta, lo que hace necesario crear una moneda, y como no es posible alcanzar el autoabastecimiento de manera completa, habrá de pensarse en el comercio exterior. Todo ello tendrá por consecuencia la aparición de comerciantes, intermediarios, negociantes, mercaderes. Y Sócrates remataba el juego imaginativo con un primer cuento no muy original:

Veamos ahora cómo vivían las gentes organizadas de esta manera. Habrán de procurarse trigo y vino, trajes y calzado y construirán viviendas. Durante el verano trabajarán descalzos y a medio vestir; durante el invierno, vestidos y calzados convenientemente. Para su alimento, con harina de cebada y trigo, tostada o amasada, harán hermosas tortas y panes que servirán sobre paja o sobre hojas muy limpias; ellos y sus hijos comerán acostados en verdes lechos de tejo y de mirto; coronados de flores beberán el vino y cantarán alabanzas a los dioses. Juntos, vivirán felices, con un número de hijos proporcionado a los recursos por temor a la pobreza y a la guerra.

A tantas excelencias añadía Sócrates sal, aceitunas, queso, cebollas y pocas cosas más que entran en la comida del campesino, junto con habas, higos, y alguna menudencia para los postres:

9. Platón, *Leyes*, VI, 782e-783a.

10. *Libro de Buen Amor*, estrofa 71.

En medio de la paz y llenos de salud pasarán así la vida hasta llegar a la vejez y transmitirán a sus descendientes una existencia parecida.

Causa asombro leerlo y tristeza tener que repetirlo: uno de los interlocutores, Glaucón, dijo a Sócrates que aquello era una vida para cerdos.

El filósofo estaba preparado. ¿No habían convenido en que serían ejercicios de la mente, creaciones de la imaginación, fábulas? Pues bien, a cambiar el cuadro de manera total dejando a salvo, eso sí, que el primer boceto, sencillo, puro, correspondía a un Estado "sano".

Con la misma facilidad podía idearse ¿por qué no? un Estado rebosante de placeres, "hinchado de humores", donde abundasen lechos, mesas y toda clase de muebles; guisos, perfumes, cortesanas, golosinas, oro, marfil... Allí, forzosamente, habría de darse cabida a multitud de gente sin más fin que el de llenar necesidades superfluas. Y Sócrates enumeraba: cazadores de todo género, escultores, pintores, músicos, poetas y el cortejo de rapsodas, actores, danzantes, empresarios de teatro, fabricantes de todo género de artículos, especialmente de adornos femeninos; pedagogos, nodrizas, ayas, camareros, peluqueros, cocineros, carniceros y porquerizos. Y rebaños. Y encima, por fuerza, los médicos. De esa manera, la tierra disponible resultará insuficiente y el hombre, acometido del "insaciable deseo de poseer", se sentirá tentado a ocupar territorio ajeno. Aparentemente sin sobresalto (se trataba sólo de inventar, de imaginar como en los cuentos) concluía Sócrates: "limitémonos a decir que hemos descubierto el origen de la guerra".

Había dicho Platón (o fue Sócrates quien lo dijo) que cada ciudadano debía ocuparse de un solo oficio a fin de dominarlo a la perfección y convertirse de esa manera en un miembro eficiente y útil de la colectividad¹¹. Ante aquel inquietante descubrimiento de la guerra cabía preguntar si era posible, llegado el caso, que al no más empuñar un arma se convirtiese cada cual en buen soldado. Y ya tenemos a Sócrates (o a Platón) lanzado en una de las obras más famosas del pensamiento universal, *La República*, concepción tan vasta y de tanto peso que aparecerá como apuntalada, aquí y allá, por diversas obras del filósofo, sobre todo por *Tímeo* y *Las Leyes*, hasta culminar en *Critias*, la novela inconclusa de la Atlántida¹².

A pesar de las reservas de Aristóteles frente a la obra de su maestro y de las críticas que le hizo, decía el estagirita: "El sistema de Platón tiene, lo confieso, una apariencia verdaderamente seductora de filantropía. A primer golpe de vista encanta por la maravillosa y recíproca benevolencia que parece debe inspirar a todos los ciudadanos, sobre todo cuando se quiere formar el proceso de los vicios de las constituciones actuales"¹³.

¿Dónde asentar a la república ideal y qué tamaño darle? Platón no lo dijo. Apenas indicó que el fundador debía situarla lo más al centro posible del país, "tras de haber elegido un lugar dotado de todas las otras ven-

11. También Aristóteles, *Política* I, 1: "En la naturaleza un ser no tiene más que un solo destino, porque los instrumentos son más perfectos cuando sirven, no para muchos usos, sino para uno sólo".

12. Platón, *República*, I; II, 357a-374d.

13. Aristóteles, *Política*, II, 2.

tajas deseables". Rodeada de una cerca y en medio de la ciudad, la acrópolis, reservada a Hestia¹⁴, Zeus y Atenea, y a partir de aquel lugar sagrado se dividiría la polis y el territorio entero en doce partes. Las parcelas destinadas a los particulares se procuraría que fuesen iguales, no en tamaño sino en productividad: reducidas las más fértiles, mayores las que lo fueran menos. Cada parcela debía comprender dos porciones, una cercana al centro y la otra hacia la periferia. Y, dato muy importante, Platón consideraba necesario "que el beneficiario de un lote determinado lo mire como la propiedad común de la ciudad entera"¹⁵. Venía, por consiguiente, a ser una especie de administrador de una parte del bien común.

Previo Platón un ágora y en torno a ella, templos, tribunales, gimnasios, escuelas y más templos alrededor de la ciudad, sobre colinas. Prefirió que no hubiese muralla capaz de crear un falso sentimiento de seguridad y fomentar la molicie. En apoyo de su parecer citaba Platón un proverbio según el cual no era de piedra la mejor muralla, sino la de hierro y bronce, es decir, la formada por los ciudadanos con las armas en la mano¹⁶. De todas maneras, pensó que el territorio debía ser protegido mediante taludes, trincheras y lugares fortificados donde fuese menester para dificultar el paso al enemigo. Las rutas interiores, por el contrario, habían de quedar despejadas para el fácil tráfico de personas, carros y bestias. Detalles éstos que subrayan de manera precisa la vida insular que vivieron las ciudades griegas por el temor, muy justificado, que inspiraba el vecino, por el celo con que trataron de preservar su independencia y por el extremado individualismo que resultó de todo ello¹⁷.

Las aguas de la ciudad merecieron atención especial por parte de Platón, y el correspondiente párrafo de *Las Leyes* transmite al lector una milenaria ansiedad del griego, como la transmiten al viajero extensas regiones de piedra desnuda y flora mezquina de aquel país:

ha de impedirse que las aguas de lluvia devasten el territorio haciéndolas correr útilmente desde las alturas hacia los pequeños valles formados en la montaña, deteniendo y orientando su curso con diques y canales, a fin de que esos valles retengan y absorban el agua del cielo; creando de esta manera arroyos y fuentes para los campos y aldeas situadas más abajo y asegurando así agua abundante y excelente a los lugares más secos. En cuanto a las aguas de los manantiales, ya formen ríos o fuentes, se les adornará, se les embellecerá con plantas y edificios; se recogerán los hilos de agua en conductos subterráneos para extender la fertilidad por doquiera. Si hay en la vecindad un bosque o recinto sagrado, se conducirán allí las aguas en todo tiempo, mediante sistemas de riego, para ornamento.

En semejantes lugares debían los jóvenes crear gimnasios para ellos y para los viejos, y baños calentados con maderas secas donde los enfermos y las personas agotadas por el trabajo encontrasen alivio y descanso¹⁸.

14. Vesta.

15. Platón, *Leyes* V, 745b-d; 740a.

16. Id., Id., VI, 778c-e; 779a-d.

17. Id., Id., 760e; 761a.

18. Id., Id., VI, 761b-d.

Perdido en tantos detalles olvidó Platón fijar el tamaño de su *polis*. Apenas dejó dicho que fuese no muy grande ni muy pequeña, un justo medio que no comprometiese su unidad y bastase para alimentar frugalmente a la población¹⁹. La mente de aquellos hombres, aun la de Platón o la de Aristóteles, no parecía hecha para considerar grandes porciones de territorio y de humanidad, y Grecia hubo de aguardar el imperio de Alejandro para ampliar el ámbito de sus concepciones²⁰. La república imaginada por Platón podía, tal vez, ser abarcada con la vista desde lo alto de una colina²¹. Y así fueron, en realidad, muchos Estados. Flionte, junto con varias ciudades de Beocia, en el continente; Egina y Melos, en las islas, cubrían menos de 200 kilómetros cuadrados cada una. La isla de Ceos, con escasamente 173 kilómetros cuadrados de superficie, comprendía cuatro ciudades, tres de las cuales acuñaban su propia moneda. Atenas, adjuntándole la isla de Salamina, dominó sobre 2.650 kilómetros cuadrados y la grande y poderosa Esparta sobre 8.400, incluidas las anexiones²².

Tampoco la población fue numerosa entonces. Es cierto que la Atenas del siglo V contaba con 40.000 habitantes²³ y que Siracusa alcanzó de 50.000 a 60.000, pero la ciudad típica fue la *polis myriandros*, la ciudad de 10.000 habitantes²⁴. Muchas, a pesar de su significación, como Mitilene, Samos, Megara y tantas otras, no alcanzaron esa cifra²⁵.

Al comienzo, Platón fue vago en cuanto a la población de su república. Debería ser, decía, suficiente como para repeler al agresor y socorrer eficazmente a los vecinos a quienes quisiera prestar ayuda. Luego precisó de manera concreta: la república había de contar con 5.040 terratenientes para quienes debían estar disponibles 5.040 parcelas: el ciudadano y su lote de terreno, pareja fundamental del organismo social. Se trataba, por consiguiente, de 5.040 cabezas de familia, y el total de habitantes resultaba mucho mayor.

¿Por qué exactamente 5.040? Por razones que hoy difícilmente lograrían convencer a un planificador urbano o siquiera interesarle. Y es que así como el número perfecto $28 = 1+2+3+4+5+6+7$, el número $5.040 = 1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7$; es divisible por todos los números del 1 al 10, por 20, por 21, y, sobre todo, por 12, el número sagrado, "don de Dios, correspondiente a los meses y a la revolución del universo". Por esa razón maravillosa, la población, como el territorio, debía quedar dividida en doce porciones o tribus, cada una de las cuales sería consagrada a un dios²⁶.

También los atenienses estuvieron repartidos en cuatro tribus correspondientes a las cuatro estaciones, y las tribus se dividieron a su vez en tres partes, de manera que el número total de partes fue de 12. Aquellas par-

19. Platón, *República*, IV, 423b-c; *Leyes*, V, 737d.

20. Ruyer, *op. cit.*, 142; Spanneut, *Le Stoïcisme des Peres de l'Eglise*, 252.

21. Mumford, *The Story of Utopias*, 32.

22. Glotz, *op. cit.*, 20-21.

23. Por 393 a.C. decía Aristófanes, *La Asamblea de las Mujeres*, que Atenas era "una población de más de treinta mil habitantes".

24. Recordemos que 10.000, cuadrado de 100, era un número de carácter místico.

25. Glotz, *op. cit.*, 22-23.

26. Platón, *Leyes*, V, 737de; 738ab; 745bc; VI, 77-a-c. En *Crítias*, 112 de: "alrededor de veinte mil" hombres y mujeres capaces de empuñar las armas.

tes se llamaron *tritias* y *fratrias*, cada *fratria* contó con 30 *gene*, como los días del mes, y cada *gene* tuvo 30 hombres²⁷.

Por si faltara alguna razón, el esotérico número 5.040 admite, en total, 59 divisores²⁸.

Para explicar quiénes habían de disfrutar de las excelencias de la república ideal recurrió Platón a Hesíodo y a su imagen de los metales, con aquel punto de socarrona ironía con que voluntaria o involuntariamente dejaba traslucir el filósofo, aquí o allá, su desengaño o su escepticismo.

Enseñaba Platón que la verdad "está a la cabeza de todos los bienes tanto para los dioses como para los hombres"²⁹, y que la mentira, la "verdadera mentira" (en seguida veremos por qué dice "verdadera") la detestaban por igual hombres y dioses³⁰. De aquí que entre las virtudes que hayan de adornar al filósofo deben contarse el horror a la mentira y el amor a la verdad³¹.

Ahora bien, la "verdadera mentira" es la ignorancia sobre la naturaleza de las cosas. La otra mentira, la de palabra, no es mentira pura. Es apenas reflejo de un estado de ánimo y, a veces, puede ser provechosa³². Más habrá de irse con cuidado, pues si a veces es útil como medicamento, su uso deberá estar restringido a quien sepa manejarla.

En la república ideal el poder para mentir, igual que el de practicar el fraude, sería atribución de los magistrados, del gobierno, para que lo usasen en provecho de los subordinados y cuando el bien del Estado lo exigiera. Y si alguien más hiciera uso de la mentira, debía ser castigado como reo de introducir prácticas capaces de "trastornar y perder" la nave de la república³³.

Platón, mejor dicho, Sócrates, en su condición de magistrado supremo, puesto que era el creador de aquella república de fantasía, podía, por consiguiente, mentir. Y a los ciudadanos —se supone que congregados para tan solemne ocasión— les recordaría cómo fueron formados en el seno de la tierra, madre y nodriza que los echó a la vida con armas, equipos y todo lo necesario. Mas como alguien lo interrumpiera en ese punto, Sócrates atajó: "escucha, sin embargo, el fin del cuento: ¡Vosotros, que formáis parte de la ciudad, sois todos hermanos!, les diré continuando la ficción...". Luego les hablaría de los metales, de que Dios puso oro en los magistrados, plata en los guerreros, bronce en los artesanos, hierro en los labradores. Y así quedaban configurados los cuatro grupos de ciudadanos de la república³⁴. Habría, claro está, esclavos, pero de su existencia sólo sabemos indirectamente. Allí, en *La República*, Platón apenas dijo que el hombre perfectamente educado despreciaba al esclavo³⁵. Más tarde,

27. Lévêque y Vidal Naquet, citados por Servier, *op. cit.*, 22.

28. Platón, *Leyes*, V, 738 ab.

29. Id., Id., 730 c.

30. Id., *República*, II, 382 a.

31. Id., Id., VI, 485 c.

32. Id., Id., II, 382 bc.

33. Id., Id., III, 389 b-d; V, 459 cd.

34. Id., Id., III, 415 a.

35. Id., Id., VIII, 549 a.

en *Las Leyes*, fue cuando habló de ejercer la misericordia con los siervos. No por ellos —era Platón demasiado aristocrático— sino por uno mismo, por propia estimación y por respeto a la justicia.

Los estamentos no eran una novedad. Existieron en Egipto. En primer término, los sacerdotes (el Faraón no pertenecía a la baja condición humana); luego venían artesanos, cazadores, labradores. Y combatientes, que formaban grupo distinto a todos los otros³⁶.

Los estamentos de Platón no habían, sin embargo, de ser permanentes ni impenetrables. Si el hijo de un magistrado o un guerrero daba muestras de contaminación con bronce o hierro, sin contemplación alguna debía ser relegado entre los artesanos y labriegos. En cambio, si el hijo del artesano o del campesino mostraba las cualidades de la plata o el oro, sería exaltado a los rangos superiores³⁷.

Más allá de las fronteras del Estado había todavía dos distinciones por hacer. Los restantes pueblos de Grecia, de una misma raza y una misma sangre, eran hermanos. Y entre hermanos, los conflictos armados debían llamarse "discordias". En caso de sobrevenir discordia, quedarían proscritos el despojo de los cadáveres, la esclavización de los vencidos, las ofrendas de armas al templo, la devastación de la tierra y el incendio de las viviendas. Otra cosa eran los bárbaros, enemigos naturales. Cualquier desavenencia con ellos será considerada como "guerra" con todas sus atroces consecuencias³⁸.

La educación ha sido, es y habrá de ser el fundamento de la vida en sociedad, y en relación con ella decía Platón:

lo esencial de la educación consiste en la formación regular que, mediante el hábito, lleva al alma del niño, de la mejor manera posible, a amar lo que le será indispensable, una vez crecido, para ser lo mejor formado que permita la naturaleza humana.

La educación impulsará al niño a la virtud, lo capacitará para mandar y obedecer conforme a la justicia y le dará fuerza para gobernarse, para dominarse: "buenos son los que saben dominarse; los malos, los que no lo pueden". De esta manera, la educación sembrará en el niño el anhelo vehemente de ser un perfecto ciudadano³⁹.

Es comprensible que el Estado, a medida que iba adquiriendo conciencia de su significación y de su fuerza, mostrase creciente interés por la educación así como por dejar claramente establecido qué era lo mejor de la naturaleza humana y en qué consistía ser ciudadano perfecto. Hubo Estado —nos estamos refiriendo a la antigüedad clásica— de tal manera empeñado en su propia exaltación y en el afianzamiento de un poder indiscutido sobre el individuo, que llegó a pensarse como la suprema expresión del bienestar, de la bondad, de la sabiduría, de la belleza y de la justicia. Suma de todas las excelencias a que pudiera aspirar el ser hu-

36. Platón, *Timeo*, 24 ab.

37. Id., *República*, III, 415 bc.

38. Id., Id., V, 469 b-471 c.

39. Id., *Leyes*, I, 643 d; 644 b.

mano. Y dentro de un Estado semejante, ser ciudadano perfecto, meta suprema del hombre, era nacer, respirar, comer, crecer, amar, cantar, danzar, soñar, luchar, morir por el Estado y para el Estado. Pero volvamos a *La República*.

Consideró Platón con marcado interés los duros métodos utilizados por Esparta, más señaló que la valentía no consistía sólo en el endurecimiento ante el dolor; valentía es también endurecimiento ante el placer "que con sus caricias terriblemente seductoras ablanda incluso a quienes se consideran austeros"⁴⁰. La templanza no se mide con valores negativos, por ausencia de solicitaciones, sino en los valores positivos del triunfo sobre sí mismo. El hombre de vida bien regulada, decía Platón, no ha de perseguir el placer ni huir del dolor, sino situarse en un justo medio⁴¹.

Dentro de un buen sistema educativo, hasta los juegos de los niños habían de quedar sometidos a rigurosa disciplina y en él debían ser restablecidas ciertas "minucias" que estaban cayendo, lamentablemente, en desuso, como callar los jóvenes en presencia de los ancianos, ponerse de pie cuando éstos se acercan, cederles asiento, honrar al padre y a la madre, mirar por la discreción en el corte del cabello, en el vestido y en el calzado⁴². La enseñanza propiamente dicha estaría basada "en la gimnasia para el cuerpo y la música para el alma"⁴³. La justa proporción de ambas actividades contribuía a formar el carácter templado y valiente⁴⁴. Platón reconocía valor espiritual y, por consiguiente, poder formativo del carácter a la gimnasia convenientemente regulada, como lo reconocía a toda armonía, por lo que aconsejó buscar mediante los ejercicios y el trabajo el desarrollo de la fuerza moral más bien que el de la fuerza física⁴⁵. Pero la parte fundamental de la educación la formaba la música.

El concepto "música" fue para Platón mucho más amplio de lo que es actualmente para nosotros, pues comprendía las actividades presididas por las Musas. En el hombre entregado por entero a la gimnasia —cosa que lo tornaba rudo— encontraba Platón falta de afición por las ciencias, de manera que no participaba en investigaciones ni discusiones "ni ninguna parte de la música". Un hombre así llegaba a ser "enemigo de las letras, extraño a las Musas". Cuando criticó la educación espartana, señaló en ella la falta "de la Musa de la dialéctica". Afirmaba, además, que fue con miras al desarrollo de la bravura "y de la filosofía" que un dios proporcionó al hombre las artes de la gimnasia y de la música⁴⁶. Las Musas, y la música, formaron en la Grecia clásica lo que luego habría de llamarse las Humanidades.

Dentro de tan vasto alcance del concepto, aún el más limitado de música instrumental y vocal tuvo en Platón mayor amplitud de la que habitualmente reconocemos al arte musical: "lo que llamamos canto —decía en *Las Leyes*— no es más, en realidad, que el encantamiento del alma"⁴⁷, y

40. Platón, *Leyes*, I, 633 a-d.

41. Id., Id., VII, 792 cd.

42. Id., *República*, IV, 424e-425 b.

43. Id., Id., II, 376 e.

44. Id., Id., III, 410c-411 a.

45. Id., Id., III, 410 b.

46. Id., Id., III 411 e.

47. Id., *Leyes*, II, 659 e.

en otra parte añade: "los coros deben ejercer su encantamiento sobre el alma de los niños mientras son tiernos"⁴⁸. Al decir encantamiento no se refería a los trances provocados por la música y las danzas, como en las bacanales, ni tampoco a los transitorios estados de ánimo que se experimentan bajo la influencia musical. De esto último trató Aristóteles y por él sabemos que el modo mixolidio era lastimoso y que el dorio proporcionaba al espíritu perfecta calma, en tanto que el frigio producía entusiasmo⁴⁹.

Al hablar de encantamiento, Platón se refería a otro poder del arte musical, reconocido también por Aristóteles cuando dice que éste "puede servir para instruir el espíritu y para purificar el alma"⁵⁰. Aquí estamos ante la idea de que la música encierra un poder mágico semejante al poder mágico reconocido a los números. A más de ese poder, el ritmo y la armonía —pensaba Platón— particularmente aptos para penetrar y conmover el alma y embellecerla, la hacen capaz de distinguir en seguida lo que haya de imperfecto en la naturaleza y en el arte. De esta manera, aún antes de que surja el razonamiento, el alma del joven, a través de la música, acogerá jubilosamente la belleza y rechazará el vicio⁵¹.

Previo Platón tres clases de coros: el infantil, consagrado a las Musas; el de los menores de treinta años, consagrado a Apolo, y el de Dionisos, formado por personas entre los treinta y los sesenta años⁵². Cuando legisló sobre el vino dejó anotado que los ancianos, bajo los efectos de la bebida, consentirían en cantar, y con ese motivo habló nuevamente de encantamiento⁵³.

El hombre bien educado debía saber cantar y bailar "bellamente", con lo cual significaba que no era suficiente hacerlo bien. Habían de ser cantadas "bellas canciones" y danzadas "bellas danzas", inspiradas en el caudal de vieja música legada por los antepasados. En la nueva república, hombres mayores de cincuenta años, en unión de músicos y poetas, espigarían de aquella rica herencia lo más conveniente, mas no según sus gustos y deseos, sino de acuerdo con los propósitos del legislador⁵⁴. De esta manera entraba de lleno Sócrates (o Platón) en el rígido sistema de fiscalización sobre cada aspecto de la vida en la república ideal. Y en materia de educación lo primero que hubo de enfrentar fue a los poetas y la poesía.

A los poetas los admiró Platón, sinceramente, como a "una raza divina, inspirada cuando canta"⁵⁵. A la poesía, sobre todo a la poesía heroica y grandiosa, la amaba de verdad:

Si un rapsoda recita convenientemente la *Ilíada*, la *Odisea* o alguno de los poemas de Hesíodo, podríamos nosotros los viejos declararlo vencedor con gran ventaja por tan grata audición⁵⁶.

48. Platón, *Leyes*, II, 664 b.

49. Aristóteles, *Política*, V, 5, 7.

50. Id., Id., V, 7. Plutarco por su parte, pensaba que los acordes de la lira, "como por encantamiento", ejercían efectos halagadores y calmantes sobre el alma. Cf. Millepierres, *op. cit.*, 193.

51. Platón, *República*, III, 401 de.

52. Id., *Leyes*, II, 664 cd, 665 a.

53. Id., Id., II, 666 c.

54. Id., Id., VII, 802 a-c.

55. Id., Id., III, 682 a.

56. Id., Id., II, 658 d.

De aquí una disyuntiva para el creador del Estado modelo. El responsable de la educación de un pueblo llamado a ser feliz había de sacrificar sus preferencias si el bien de la república así lo reclamaba. Y la razón, la fría razón decía al legislador ("el legislador no ha tenido en cuenta un elemento cualquiera de la virtud... sino la virtud total"⁵⁷) que el poeta cuando "está instalado en el trípode de la Musa, no es dueño de su espíritu, sino que, a la manera de una fuente, deja manar libremente lo que fluye"⁵⁸. En semejantes condiciones "los poetas no son capaces de distinguir con claridad el bien del mal"⁵⁹.

Posiblemente con desgarramiento de su vocación poética y con dolor de su alma escribía Platón: "no somos poetas... sino fundadores de un Estado; como tales, nos corresponde conocer los modelos a los cuales deben ajustarse sus fábulas los poetas y prohibirles que se aparten de ellos"⁶⁰. Nada de atribuir a los dioses las pasiones, vicios y bajezas de los hombres. Nada de cantos (sublimes ¿quién lo duda? en boca de Homero) al odio y la matanza. Los ancianos de la ciudad (¡oh, poeta frustrado!) debían persuadir a los niños de que jamás hubo rencor entre ciudadanos y de que semejantes rencores son un crimen. Y los poetas compondrían fábulas "conforme a estas máximas" para edificación de los jóvenes cuando estuviesen en edad de aprenderlas y repetirlas⁶¹. Pero antes habría fábulas más sencillas para que las madres y las nodrizas las contasen a los pequeños. Y como las fábulas son mentira, se daba de esta manera el caso de que la educación se iniciaba con mentiras⁶². Con mentiras útiles reservadas para uso del Estado.

Platón, ya lo sabemos, tuvo aversión por toda multiplicidad de actividades y por ello desconfió de los actores versátiles, "si un hombre —decía— capaz de adoptar diversas formas e imitarlo todo se presentase a nuestro estado para expresarse en público y representar sus poemas", pues bien, a un hombre semejante se le tributarían los honores correspondientes "a un ser divino, maravilloso y arrebatador" y se le expulsaría de la ciudad. A los poetas trágicos no se les permitiría hacer sus representaciones sino después que los magistrados hubiesen juzgado si convenía ofrecerlas al público⁶³.

Lo que una buena república necesitaba era que el poeta:

no componga nada que pueda ser contrario a lo que la ciudad estima legal, justo, bello y bueno; que compuesto su poema le esté prohibido hacerlo conocer de un particular antes de que haya sido aprobado por los jueces designados a este efecto por los guardianes de la ley⁶⁴.

57. Platón, *Leyes*, I, 630 e.

58. Id., Id., IV, 719 c.

59. Id., Id., VII, 801 c.

60. Id., *República*, II, 378 e-379 a.

61. Id., Id., II, 376 e-378 d.

62. Id., Id., II, 377 a.c.

63. Id., *Leyes*, VII, 817 a, cd; *República*, III, 398 a.

64. Id., Id., VII, 801 d.

En resumidas cuentas, la ciudad no admitiría "sino himnos a los dioses y elogios a la gente de bien"⁶⁵, siempre que esa buena gente hubiese muerto⁶⁶.

La música, igual que la poesía, debía estar estrictamente reglamentada. Para la ciudad existirían sólo dos instrumentos, la lira y la cítara, y para los pastores una especie de flauta de Pan⁶⁷. Las demás artes serían igualmente vigiladas para que la pintura, la arquitectura o cualquier otro género de imágenes no imitase el vicio, la intemperancia, la bajeza o la indecencia⁶⁸.

El sistema educativo debía, por otra parte, ser intocable, y los guardianes de la ley evitarían celosamente que en la gimnasia o en la música fuesen introducidas innovaciones "fuera del orden establecido"⁶⁹.

En las agrupaciones humanas ¿a quién corresponde el mando? En primer lugar "a la realeza patriarcal, la más justa de todas"⁷⁰. El padre mandará sobre la descendencia, los nobles sobre la plebe, los mayores sobre los menores, los amos sobre los esclavos, los sabios sobre los ignorantes; en último término, ostentarán mando los elegidos por la suerte⁷¹. En la república ideal resultaba lógico que la raza de oro y la de plata formasen la clase gobernante, llamada de los *guardianes*.

A esta aristocracia no se pertenecía por nacimiento sino por méritos:

los probaremos con más cuidado que el que ponemos para probar el oro por el fuego, para saber si resisten a las seducciones, si se comportan decentemente en todas las circunstancias, si son fieles guardianes de ellos mismos y de la música, cuyas lecciones han recibido, si regulan su conducta según las leyes del ritmo y de la armonía, en fin, si son tal como deben ser para resultar útiles a ellos mismos y al Estado. Haremos jefes y guardianes a aquellos que hayan pasado satisfactoriamente todas las pruebas a través de la infancia, la juventud y la madurez; los colmaremos de honores durante su vida, y después de su muerte les erigiremos tumbas y los monumentos más gloriosos a su memoria. Los que no reúnan las condiciones, serán excluidos⁷².

Después de un período gimnástico de dos o tres años, comenzaba el niño a recibir nociones de aritmética, geometría, astronomía, etc., con suavidad y sin violencia a fin de que el estudio se desarrollara como un juego. A partir de los veinte años estudiaban los jóvenes todas aquellas ciencias coordinadamente y en el curso de cada período se practicaba la selección

65. Platón, *República*, X, 607 a.

66. Id., *Leyes*, VII, 802 a.

67. Id., *República*, III, 399 d.

68. Id., Id., III, 401 b.

69. Id., Id., IV, 424 b.

70. Id., *Leyes*, III, 680 e.

71. Id., Id., III, 690 a-c.

72. Id., *República*, III, 413 e-414 a.

de los mejores. Cumplidos los treinta años se estudiaba la dialéctica, y de los treinta y cinco en adelante, por espacio de quince años, se ejercían las funciones militares y ocupaciones menores del Estado. Este período de selección diría quiénes quedaban reservados para estudios que habían de llevarlos a contemplar, con los ojos del alma, "al ser que da luz a todas las cosas" y alcanzar, de esta manera, el bien en sí. Entonces estaba el filósofo maduro para asumir el mando, no como un honor, sino como un deber, y sólo con miras al bien público. Había adquirido también suficiente criterio como para intervenir en la selección de los futuros guardianes de la república⁷³. Estaba convencido Platón de que "no hay alma humana capaz de ejercer la mayor autoridad si se es joven e irresponsable o cuando se está inficionado por la peor de las enfermedades, la falta de inteligencia"⁷⁴. Aquellos gobernantes sabios, filósofos, llamados "guardianes perfectos"⁷⁵ o "guardianes de la ley", debían ser en número de treinta y siete; no podían ser elegidos antes de los cincuenta años ni ejercer el cargo por más de veinte⁷⁶.

Ver establecido en alguna parte el gobierno del Filósofo (con mayúscula) fue la mayor aspiración en la vida de Platón, y semejante anhelo no quedó limitado a la fantasía, a las enseñanzas en la Academia o a la letra escrita. En 388 a.C., cuando tenía cuarenta años de edad, emprendió el teórico un viaje a Siracusa donde sus ideas apasionaron a Dion, influyente allegado a Dionisio. Platón y su amigo intentaron atraer al famoso tirano hacia aquella nueva concepción del gobierno, pero fue imposible el entendimiento. Refiere Diógenes Laercio que en medio de una agria disputa, dijo Dionisio al filósofo: "Hablas como un viejo chocho", a lo que Platón respondió: "¡Tú hablas como un tirano!". El resultado de la controversia fue la expulsión de Platón, quien estuvo a punto de ser reducido a la esclavitud en Egina, donde lo rescató un amigo.

Muerto Dionisio I y terminada ya *La República*, se trasladó Platón de nuevo a Siracusa, invitado con renovados bríos por Dion a fin de que tomase de la mano a Dionisio II y formase al joven heredero de acuerdo con el modelo ideal. El nuevo tirano estaba, sin embargo, lejos de ser la persona apropiada para semejantes experimentos. La política llevó a Dion al destierro y, más tarde, a la ruina, y su ilustre amigo quedó en Siracusa, colmado de falsos honores y, en verdad, como prisionero y rehén hasta que el fiel Arquitas, de Tarento, impuso su liberación. Todavía una vez más tornó Platón a la isla en un vano intento de poner su persona y su autoridad al servicio de la moderación. Dion logró derrocar a Dionisio II sólo para ser asesinado al cabo de corto tiempo⁷⁷. La aspiración de un gobierno para los filósofos se veía ahogada en sangre por segunda vez.

Afirmaba Sócrates que los males del Estado y, en general, los del género humano jamás tendrán remedio a menos que los filósofos sean reyes o los

73. Platón, *República*, VII, 536 d-537 d; 539 d-540 e.

74. Id., *Leyes*, III, 691 cd.

75. Id., *República*, IV, 429 a; VI, 503 b; IV, 428 d.

76. Id., *Leyes*, VI, 754 d; 755 ab.

77. Id., *Carta VII*, Diógenes Laercio, *Platón*; Plutarco, *Dion*; Burckhardt, *op. cit.*, I, 253-264; Diès, *Platón*, 185-201.

reyes se conviertan en verdaderos filósofos. De lo contrario, el Estado ideal no logrará hacerse realidad⁷⁸.

A través de la selección en busca de futuros gobernantes, la república debía tomar de preferencia a los más firmes y valerosos y, en lo posible, a los más bellos, pero dotados de aguda inteligencia, facilidad para aprender, buena memoria, resistencia invencible a la fatiga y amor al trabajo. Estos hombres habían de odiar la mentira y estar adornados de todas las virtudes, porque la filosofía, privilegio de bien nacidos, es cosa vedada a los espíritus bastardos⁷⁹.

En aquel punto de la peroración se detuvo Sócrates para tomar aliento y, sorprendido por su propio arrebató, comentó: "olvidé que se trataba de un juego y he hablado con demasiada vehemencia". Es de imaginar que así habló Platón al tirano de Siracusa y ello explica, aunque no justifique, la desconsiderada expulsión del filósofo de aquella ciudad.

Cuando los privilegiados alcanzasen, a través del conocimiento sublime, la contemplación del bien, no les sería permitido mantenerse flotando en las regiones superiores del pensamiento, sin bajar a mezclarse en los afares y trabajos del hombre ordinario. El Estado no buscaba el bienestar de un grupo sino la felicidad de la república, y si se empeñaba en la formación de ciudadanos excepcionales no era para dejarlos actuar a su antojo. Por la persuasión o, en caso de necesidad, por la fuerza, todos los ciudadanos serían llevados a servir a la comunidad en las faenas que cada cual fuese capaz de desarrollar⁸⁰. Y Sócrates exclamó:

convenid conmigo que nuestro Estado y nuestra constitución no son puras quimeras. Si la realización es difícil, al menos es posible, siempre que veamos a la cabeza del Estado a uno o varios filósofos, apartados de los vanos honores hoy tan apetecidos, por estimarlos desprovistos de valor o indignos de gente libre. Atentos, por el contrario, al deber y a los honores que son su recompensa, mirarán a la justicia como el más importante y necesario y, puestos a su servicio, la harán florecer organizando a la ciudad conforme a sus leyes⁸¹.

Los guardianes encargados de dirigir y defender al Estado, estamento, por consiguiente, de magistrados y militares, no escapaba a Sócrates que podían llegar a ser una amenaza para sus conciudadanos⁸².

Si el guardián, como un perro de raza, había de defender su república, debía estimularse en él la sagacidad para descubrir al enemigo, la presteza para perseguirlo, la fuerza y la bravura para librar combates, es decir, las cualidades de un carácter colérico. Pero al mismo tiempo, como a un buen perro guardián, hacerlo inofensivo para los suyos. Grande era la suma de esfuerzos, de arte y de cuidados que reclamaba la formación de semejante sector de la sociedad. Y la manera de hacer al guardián feroz en lo

78. Platón, *República*, V, 473 c-e; *Carta VII*, 326 ab.

79. Id., Id., VII, 535 a-536 a.

80. Id., Id., VII, 519 e-520 d.

81. Id., Id., VII, 540 d-e.

82. Id., Id., III, 416 a-c.

exterior pero incapaz de provocar trastornos dentro de la república era atemperando la condición colérica con la filosofía⁸³. El guardián debía resultar "lleno, a la vez, de ardor y moderación a fin de que pueda, según los casos, mostrarse benévolo y terrible". Había, además, de tener "como único cuidado, la virtud, poniendo de lado toda otra preocupación"⁸⁴.

La templanza enseñará a los guardianes a obedecer al jefe y a dominarse en los placeres. Ella les hará conformarse con una alimentación sobria como la de los héroes homéricos: apenas carne asada, sin aliños ni guiso ni golosinas; ella les hará huir de la embriaguez y ella les enseñará que a hombres de su condición y responsabilidad no convenían amantes jóvenes y bellas⁸⁵.

El ridículo, decía Platón, no tiene cabida dentro de la virtud, por eso debe el hombre juicioso conocer lo cómico para, jamás, por ignorancia, hacer o decir algo ridículo. Tales cosas debían quedar relegadas a esclavos o extranjeros asalariados, pero no permitírselas, en grado alguno, hombres o mujeres libres⁸⁶.

La gimnasia, antes que formación de atletas, debía ser entrenamiento de guerreros para que soportaran los cambios de vida a que estaban sujetos⁸⁷. Con el fin de no crear en ellos el miedo a la muerte, en la educación quedaban eliminados los relatos terroríficos. Los guardianes aprenderían que a los hombres ilustres les estaban vedadas las lamentaciones⁸⁸. Y también la risa porque, cuando es violenta, provoca alteraciones del alma⁸⁹.

Los bienes de aquellos ilustres se reducirían a los objetos de primera necesidad. Sus casas y despensas estarían abiertas para todos. La colectividad quedaba encargada de suministrarles los pocos alimentos, en cantidad suficiente para un año. Ni más ni menos. No tenían los guardianes que preocuparse por la educación de los hijos, puesto que el Estado se encargaba de ello. Las comidas las harían en común y vivirán todos juntos como soldados en campaña. No dispondrían de oro ni de plata. En verdad, no les hacían falta esos metales puesto que los llevaban en el alma. Y hubiera sido impío mancillar aquel oro divino con el terrestre, con el oro amonedado del vulgo, causa de crímenes innumerables⁹⁰.

Libre de toda otra función, los guardianes debían ser los "obreros de la libertad del Estado, consagrarse rigurosamente a ello y poner de lado lo que no sea apropiado a ese fin"⁹¹.

Aristóteles dudaba que los guardianes de la república feliz llegasen a ser felices.

83. Platón, *República*, II, 374 e-376 c.

84. Id., *Timeo*, 18 ab.

85. Id., *República*, III, 389 de; 404 c; 403 e; 404 d.

86. Id., *Leyes*, VII, 816 de.

87. Id., *República*, III, 404 ab.

88. Id., Id., III, 386 a-388 d.

89. Id., Id., III, 388 e.

90. Id., Id., III, 416 d-417 a.

91. Id., Id., III, 395 bc.

En el Estado "hinchado de humores" que sustituyó al primero, austero y sano, a la lista hecha por Sócrates de la gente que sería menester emplear vendrían a añadirse los funcionarios. Muy al comienzo del libro IV de *Las Leyes*, el anónimo expositor, el *Ateniense*, compenetrado con la manera de pensar y de hablar de Sócrates, dijo a sus acompañantes: "puesto que estoy refiriendo una fábula, no habré de dejarla sin cabeza", y pasó a explicar el sistema electoral y a enumerar los cargos de la administración.

Electores serían los que llevasen armas, es decir, los caballeros y los hoplitas o infantes. Votarían también los que "hubiesen tomado parte en la guerra en la flor de sus años". Instalados convenientemente en lugar sagrado debían dotar a la república de los treinta y siete "guardianes de la ley" y de un Consejo, de renovación anual, formado por "treinta docenas de miembros", esto es, treinta representantes de cada sector o distrito (pero no olvidemos que 30 son los días del mes y 12 los meses del año); un total de *buleutes* de 360, "número que admite muchos divisores". Distribuidos los miembros del Consejo en doce grupos de *pritanos*, cada grupo asumiría la administración de la ciudad por espacio de un mes. Para el ejército estaban previstos tres estrategas o comisarios de guerra, con *hiparcas* o jefes de caballería y sus asistentes, los *filarcas*, más doce *texiarcas* para que ayudasen a los estrategas.

Lo relacionado con el campo lo atenderían sesenta *agrónomos*, cada uno con doce ayudantes. Tres *astinomos* se ocuparían de las calles y edificios de la ciudad, de las carreteras, de la distribución del agua; cinco *agoranos* tendrían a su cargo el mercado. Y luego sacerdotes, sacerdotisas, sacristanes; intendentes de gimnasios y de escuelas y árbitros para concursos, coordinados todos por un director de educación; y jueces... La capacidad en Platón para el detalle es casi infinita, característica que heredarán y guardarán celosamente cuantos escriban sobre el Estado ideal.

Parte de los nombramientos se harían por votación y parte por sorteo, y tan intensa actividad electoral serviría para que todas las clases se mezclaran y trabaran amistad de manera que hubiese "la mayor unión posible". Pero guardando las distancias. No debía olvidarse que hay igualdad e igualdad. Una, fácil de establecer por la medida, el peso o el número. Otra, que sólo se alcanza con la ayuda de Zeus, colma de beneficios a la ciudad y al individuo y ha de tenerse presente al fundar todo nuevo Estado. Esa igualdad es de origen divino:

asigna más al grande y menos al pequeño; da a cada uno en proporción a su naturaleza. Por ejemplo: a los de mayores méritos, los máximos honores; a los que por su virtud estén en el extremo opuesto, se les otorgará lo debido según la misma regla ⁹².

Se estaba ya lejos de aquella edad venturosa en que los hombres, tumbados en la yerba y coronados de flores, comían frugalmente, bebían vino, conversaban con los animales y cantaban alabanzas a los dioses.

92. Platón, *Leyes*, VI, 751 a-766 b.

Ahora, para asegurar el aprovisionamiento, había que legislar para labradores, pastores, apicultores, depositarios de los productos y fabricantes de utensilios⁹³.

El comercio interurbano al detal, los asalariados, los hoteleros "y otros oficios más o menos decentes", lejos de ser nocivos procuraban satisfacer, junto con el dinero, las necesidades de todos "y restablecer el equilibrio de los bienes". Desafortunadamente, quienes se dedicaban a semejantes actividades habían hecho todo lo posible por desacreditarlas⁹⁴.

En cambio, "las ocupaciones reprensibles llamadas oficios de villanos", pervierten el carácter y, por consiguiente, quedaba prohibido dedicarse a negocio "indigno de hombres libres"⁹⁵. En un pasaje algo confuso hablaba Platón de eliminar mucho del comercio mantenido por los oficios —tal vez oficios superfluos o nocivos, como la fabricación de adornos femeninos— y "la cría vergonzosa". Aquí se estrellaron los eruditos, pues mientras algunos entienden que se trata de la cría de animales de lujo, otros imaginan una alusión a la usura y otros, en fin, al negocio de los prostíbulos⁹⁶.

Muchas de las ideas contenidas en *La República* —y en *Las Leyes*, que tanto tuvieron que ver con ella— perdieron vigencia e interés al correr del tiempo y apenas serán recordadas como curiosidades arcaicas. Otras, en cambio, estaban destinadas a gozar de larga vida.

Así la doctrina espartana de dominio absoluto por parte del Estado sobre el hombre hasta hacerlo desaparecer como individuo, cosa que parece inmortal dado el número de prosélitos esparcidos desde entonces por el mundo y dispuestos, a través de toda la historia, a aplicarla fanáticamente a sus semejantes para ayudarlos a conquistar la felicidad, tal como intentaba hacer Platón.

Así también lo que dijo el Maestro de la Academia sobre la riqueza, frases que oiremos resonar de siglo en siglo y de boca en boca con renovado vigor.

No es función del legislador, contrariamente a lo que piensa el vulgo, hacer de su ciudad la más grande posible, la más rica en posesión de objetos de oro y plata y dueña del mayor imperio sobre tierras y mares; la buena legislación debe buscar que la ciudad sea la más feliz posible. De estos deseos, unos son realizables, otros no. Por consiguiente, las cosas realizables merecerán el apego del legislador, las irrealizables, no pretenderá llevarlas adelante. Ser al mismo tiempo feliz y bueno es una verdadera necesidad y, por consiguiente, tratará de alcanzarla. Pero ser muy rico y al mismo tiempo bueno, es imposible, al menos entre aquellos que la masa considera como ricos; esto es, los poseedores privilegiados de bienes de alto precio. Ahora bien, eso es precisamente lo que no puede poseerse a menos de ser perverso. Siendo así, jamás convendré con la creencia de que el rico sea verdaderamente feliz si no es bueno al mismo tiem-

93. Platón, *Leyes*, VIII, 842 c-e.

94. Id., Id., XI, 918 a-d.

95. Id., Id., V, 141 e.

96. Id., Id., V, 743 d.

po; pero que se pueda, a un mismo tiempo, ser superiormente bueno y rico en grado igualmente superior, es imposible. . . los ricachones no son buenos; y si no son buenos, tampoco son felices ⁹⁷.

Los persas, enemigos de Grecia, ofrecían materia para ilustrar el punto con las mayores probabilidades de impresionar a un público explicablemente predispuesto. He aquí, decía Platón, cómo esos bárbaros, en su apetencia de oro y plata, caen en la locura de despreciar lo que la ciudad proclama precioso y honorable. Y no era casualidad que Persia careciese de grandes reyes, salvo de nombre, porque la grandeza es imposible de alcanzar con la mala vida que llevan los hijos de los ricos y de los tiranos ⁹⁸.

Entre las sentencias de Platón que habían de contar con mejor acogida está aquella que dice: "el empobrecimiento no consiste tanto en una disminución de la riqueza como en un aumento de la codicia" ⁹⁹. En efecto, lo que impide que una ciudad pueda desarrollar las actividades bellas y nobles es, en primer lugar, la sed de riquezas, que no permite atender a otra cosa sino a la ganancia:

la sed insaciable de oro y plata hace que los hombres consientan en soportar cualquier oficio, cualquier expediente noble o innoble, con tal de que enriquezca; realizar actos píos, impíos o francamente infames, sin escrúpulo alguno, con tal de que puedan suministrarles, como a las bestias, con qué hartarse en todas las formas, con toda clase de comidas, bebidas y bajas voluptuosidades ¹⁰⁰.

Una moneda de oro o de plata sería la peor calamidad para una ciudad que busca formar hábitos de nobleza y de justicia ¹⁰¹, por lo que a nadie en la república ideal le estaría permitido poseer aquellos metales, en cualquier cantidad que fuese. La gente sólo dispondría de la moneda necesaria para los cambios cotidianos ¹⁰². Aquellas transacciones serían desarrolladas en torno a la producción agrícola y ello "sólo en la medida en que semejante tráfico no haga perder de vista aquello para lo que fue creado el dinero". Esto es, para el alma y el cuerpo, porque de los tres objetos que persiguen los afanes del hombre, el tercero y último es la riqueza, "siempre que se trate de un afán legítimo"; en medio está el cuerpo y, en primer lugar, el alma ¹⁰³. En el estado austero y pobre sería eliminada la dote y quedaría prohibido el préstamo a interés ¹⁰⁴.

Que sobre los ciudadanos no reine la dura pobreza, pero tampoco la riqueza, pues una y otra engendran males. La riqueza produce la molición, la ociosidad y el gusto por las novedades; la pobreza, los mismos vicios y, además, la bajeza y el deseo de hacer mal ¹⁰⁵. El exceso de bienes, en el individuo y en la ciudad, concita enemistades y sediciones; la falta completa de

97. Platón, *Leyes*, V, 742 d-743 a; 743 c.

98. Id., Id., III, 689 a; 695 e-696 a.

99. Id., Id., V, 736 e.

100. Id., Id., VIII, 831 c-e.

101. Id., Id., IV, 705 b.

102. Id., Id., V, 742 a.

103. Id., Id., V, 743 de.

104. Id., Id., V, 742 c.

105. Id., Id., V, 744 d; *República*, IV, 421 e-422 a.

bienes esclaviza, y Platón acuñó la fórmula para alcanzar el justo medio: "Una fortuna que no atraiga adúlantes, sin privar de lo necesario". Semejante riqueza resultaba para él "la más musical y la más excelente de todas; afinada armoniosamente con todas las circunstancias de nuestra vida, nos preserva del dolor"¹⁰⁶.

El "límite a la pobreza" previsto en *Las Leyes*, fue el lote de tierra, que debía subsistir intacto. El legislador había de vigilar que no sufriera merma. Estaba permitido, en cambio, duplicar, triplicar y hasta cuadruplicar esa cantidad, pero no más. Lo que sobrepasase del cuádruplo se entregaría a la ciudad y a los dioses, a su pena de confiscación y multa¹⁰⁷. Habría, pues, desigualdades, consideradas inevitables por Platón, desigualdades que justificaban la distinción de cuatro clases de contribuyentes de acuerdo con las fortunas¹⁰⁸.

Los guardianes, ya fue dicho, no poseerían ninguna clase de bienes y la comunidad les suministraría lo indispensable.

Pobres, como son, no necesitarán adular a los ricos, ni tendrán que preocuparse por la educación de los hijos ni de acumular dinero para el mantenimiento de la servidumbre y, por tanto, no tendrán que tomar dinero prestado ni dejarán de pagar las deudas, ni se verán forzados a procurarse, de la manera que sea, las provisiones para entregarlas a la administración de las mujeres y de los criados. Quedarán libres de los inconvenientes de este género ocasionados por los cuidados del hogar, inconvenientes notorios, viles e indignos de que se hable de ellos.

Se verán liberados, además de las querellas que provocan el dinero, los hijos y los parientes¹⁰⁹.

Los magistrados, sin fortuna pero sin preocupaciones, velarán porque el resto de los ciudadanos no abandonasen aquel maravilloso equilibrio entre la pobreza y la riqueza¹¹⁰.

A Platón le gustaba el vino. Como prueba está el cuadro trazado en su temprana madurez, sin acritud y más bien con humor, de los alegres asistentes a *El Banquete*, agobiados todavía por los excesos de la noche anterior pero dispuestos a beber de nuevo. Está, igualmente, la información casi admirativa de que el venerado Sócrates podía beber a la par de los demás sin que se le notase y aun atender luego a sus quehaceres cuando los compañeros quedaban rendidos¹¹¹. En fin, en la obra de su vejez está el siguiente testimonio.

Por lo que al vino se refiere, la opinión común pretende, según parece, que fue dado a los hombres en castigo y para extraviarlos. En

106. Platón, *Leyes*, V, 729 a.

107. Id., Id., V, 744 e-745 a.

108. Id., Id., V, 744 c.

109. Id., *República*, V, 464 de; 465 c.

110. Id., Id., IV, 421 e.

111. Id., *Banquete*, 176 a-e; 185 cd; 220 a; 223 cd.

nuestra opinión es, por el contrario, un remedio que facilita al alma la adquisición del pudor y al cuerpo, la de la salud y la fuerza ¹¹².

La república debía, sin embargo, adoptar ciertas precauciones. Los menores de dieciocho años se abstendrían por completo de beber vino, "pues no se debe echar fuego al fuego del cuerpo o del alma"; hasta los treinta años podía tomarse con moderación, evitando la embriaguez, y a partir de aquella edad se consumiría regularmente en las comidas comunes ¹¹³.

Lo más conveniente era que la bebida estuviese sujeta a la ley para enseñar al ciudadano, en esto como en todos los placeres, a dominarse y guardar el justo medio. Platón veía con agrado la legislación cartaginesa que prohibía beber licores embriagantes a los que estuviesen en campaña, a los magistrados mientras actuasen, a los esclavos, a los pilotos y a quienes fuesen requeridos a opinar sobre asunto de importancia. No se podía en Cartago beber durante el día, pues era de suponer que a esas horas estuviese la gente dedicada al trabajo. Por la noche "se abstendrán hombres y mujeres que hayan de ayuntarse a los fines de la procreación", punto éste sobre el cual insistirá Platón: "que los hijos sean siempre engendrados en cuanto sea posible por padres dueños de su corazón". Los viñedos de la república habían de ser poco extensos y la producción de vino, restringida ¹¹⁴.

El legislador que reglamentara la bebida en los festines vendría a ser como un "sobrio y sereno estratega de gente beoda", y los invitados, constreñidos a la moderación, en vez de pelearse como suele suceder cuando hay tragos de por medio, saldrían más amigos que antes ¹¹⁵.

Quienes habían de disfrutar en mayor grado de la disciplinada acción bienhechora del vino serían los viejos:

se invocará a los dioses y se invitará muy particularmente a Dionisos a lo que es a un mismo tiempo misterio y recreación de la edad, el vino que ese dios dio a los hombres para atender y remediar el secamiento de la vejez, de manera que reviva nuestra juventud y el alma endurecida, olvidada de sus melancolías, logre ablandarse como el hierro que se hace maleable por el fuego.

Beber vino dejaría así de ser un acto banal de la vida diaria para transformarse en "misterio" presidido por Dionisos. En semejante transporte imaginaba Platón a los ancianos entregados, con brío y sin rubor, en medio de amigos, al "encantamiento" de las canciones ¹¹⁶.

Como para una república bien ordenada era conveniente dejar todos los actos y pensamientos previstos y cuidadosamente reglamentados, el legislador había de especificar que en los banquetes serían invitados sólo cinco amigos o amigas de cada familia y otros tantos parientes de cada rama. Los gastos no debían sobrepasar el valor de una "mina" para los más pudientes, la mitad para los que seguían en la escala de tributaciones y así sucesivamente. A divertirse, sí, pero con parsimonia.

112. Platón, *Leyes*, II, 672 d.

113. Id., Id., II 666 ab.

114. Id., Id., II, 674 a-c; VI, 775 c.

115. Id., Id., II, 671 c; 672 a.

116. Id., Id., II, 666 bc.

La embriaguez no era recomendable. De esto no había duda. Sin embargo, la república la permitiría durante las fiestas de Dionisos¹¹⁷, el dios misericordioso que había dado el vino a la infeliz humanidad.

Tan grande como su desconfianza para con actores y poetas fue la que sintió Platón por los viajeros. Las disposiciones respecto a los ciudadanos de su república fueron tajantes: "nadie, menor de cuarenta años, podrá abandonar el país con ningún pretexto ni con ningún destino". Los mayores de aquella edad tampoco podrían salir jamás como simples particulares. Viajarían sólo al servicio del Estado en calidad de heraldos o embajadores y también como observadores¹¹⁸, función aplicada aún en nuestros días por muy suficiente que pretenda ser un Estado, sólo que hoy no se llama observación sino caza de talentos.

Es imposible, afirmaba Platón, que una ciudad se civilice y perfeccione privada del comercio humano que permita conocer a los hombres, buenos o malos:

En efecto, siempre hay, perdidos en la masa, algunos hombres divinos, poco numerosos, cuyo comercio debe procurarse a toda costa. Brotan indiferentemente tanto en las ciudades bien gobernadas como en las que no lo son. Hay que ir sobre la pista de estos hombres cuando se vive en una ciudad bien gobernada, y correr mar y tierra en busca de ellos¹¹⁹.

Respecto a los extraños, la república recibiría —¿qué remedio?— a los que fueran en misión pública, y éstos serían acogidos por cuenta del estado, lo que, a primera vista, pareciera cortesía cuando posiblemente se trataba de coartación de la libertad. Admitiría también a los "observadores" provenientes de otros estados sin riesgo de perder sus propios hombres divinos, como que los ciudadanos de aquella república no podían salir.

En cuanto a la turba de comerciantes que suele aparecer por temporadas, había de ser vigilada para que no introdujera, junto con sus mercancías, novedades en la república¹²⁰. Poetas, actores, viajeros, trabajadores en menesteres viles, comerciantes, los menos posibles, y los pocos que quedaran, bien atraillados.

Se preguntaba Platón si no era muestra de pésima educación pública la necesidad de recurrir a jueces y médicos.

Era vergonzoso que por falta de justicia personal se hubiese de solicitar una justicia prestada, la justicia de otro. Más vergonzoso todavía la tramoya de los pleitos en los tribunales y, encima, la vanagloria de conocer las arterias para cometer injusticia y poder escurrirse por entre las mallas de la ley. "Y todo por intereses mezquinos y despreciables"¹²¹.

117. Platón, *Leyes*, VI, 775 ab.

118. Id., Id., XII, 950 d.

119. Id., Id., XII, 951 a-c.

120. Id., Id., XII, 952 de; 953 ac.

121. Id., *República*, III, 405 bc.

Y si malo era el ciudadano privado de justicia propia, malo e inservible resultaba también el que carecía de salud. Sobre todo si se trataba de enfermos crónicos. Platón admiraba el sentido político de Esculapio, el dios de la medicina, que "no creyó necesario cuidar a un hombre incapaz de vivir el tiempo fijado por la naturaleza, puesto que eso no era ventajoso ni para él ni para el Estado". Lo mejor que podía hacer el enfermo era mandar al médico a paseo y tratar de recuperar la salud en medio de su quehacer. Si no era lo suficientemente fuerte para lograrlo, la muerte se encargaría de sacarlo de penas¹²².

El suicidio, en cambio, era inadmisibile, salvo que lo impusiera la república por una decisión de la justicia o en los casos que lo justificara "el excesivo dolor de un infortunio sin salida posible", o bien "una vergüenza desesperada con la cual resulte imposible vivir"¹²³.

Por ley natural, afirmaba Platón, ni al cuerpo, ni al alma, ni al trabajo (olvidó decir, ni al Estado) convenía mucho sueño¹²⁴. No indicó si hacía falta alguna ley contra los dormilones, tal vez por estimar que ese aspecto de la existencia quedaba implícito en otra reglamentación que sí creía él necesaria:

Nada debe interferir en que se procure al cuerpo labor y alimento; al alma conocimientos y hábitos convenientes. Todas las horas de la noche y del día serán insuficientes para entregarse a esta cultura y hacerle dar todo el fruto de que se es capaz.

Así las cosas, deberá crearse un reglamento que prescriba a todo hombre libre el empleo de cada hora de su tiempo, sin interrupción, desde la aurora hasta la aurora y la nueva salida del sol¹²⁵.

En ocasiones anteriores hemos hecho notar la sutil socarronería de ciertos pasajes de Platón, pero, en el caso del reglamento, aquello de "hombre libre" está puesto allí de la mejor buena fe y con absoluta seriedad. Como en la disertación de *Las Leyes* no estuvo presente Glaucón, ignoramos lo que hubiese pensado sobre estos particulares aquel ácido objetante que reputó la primitiva, sencilla y plácida versión de *La República* como un proyecto propio para cerdos.

La república debía tener por ideal la paz y la mutua benevolencia entre los Estados y entre los grupos sociales. Ojalá nunca se abatieran sobre ella guerras ni revoluciones y ojalá pudiera enorgullecerse la ciudad de haberse vencido a sí misma. Sin embargo, una ciudad bien regimentada había de asegurarse el triunfo sobre las demás ciudades, al igual de Creta y de Esparta que encaminaron todos sus esfuerzos a ese fin¹²⁶.

Llegado el caso, era de esperar que los soldados de la república rígida y austera, verdaderos "guerreros atletas", lograrían fácilmente el triunfo sobre

122. Platón, *República*, III, 406 c-407 e.

123. Id., *Leyes*, IX, 873 c.

124. Id., Id., VII, 808 b.

125. Id., Id., VII, 807 de.

126. Id., Id., I, 628 c-e; 626 e.

las huestes adiposas del Estado opulento. Y aquí expuso Platón una doctrina consecuente con el individualismo de los diferentes estados griegos.

La mayor magnitud alcanzada entonces por el hombre fue la de ciudadano, ente identificado con la *polis* hasta fundirse y disolverse en ella. En la búsqueda de la justicia, las fronteras del Estado, medibles con la vista desde lo alto de una colina, eran, aun para Platón, los límites del mundo; la universalidad de los valores: verdad, bien, honor, virtud, parecía extinguirse en aquellos lindes —salvo los escasos "hombres divinos" dispersos por otras tierras—, y los llamados a disfrutar de la felicidad quedaban reducidos a los ciudadanos de un Estado ideal. No se pensaba, todavía, en términos de humanidad.

Como los guerreros de la república no podían poseer oro ni plata, con gran desprendimiento buscarían aliados a quienes halagar con el señuelo del botín. Ningún otro Estado ofrecería la homogeneidad ("monolítica" diría un estadista moderno) de aquella república sin miedo y sin tacha, porque los demás llevaban en su seno dos estados diferentes e irreconciliables, el de los ricos y el de los pobres, subdivididos a su vez en facciones igualmente pugnaces. En caso de conflicto bastaría corromper a los demás precisamente con aquello abominado por la república ejemplar. Con ofrecer a unos riquezas, a otros poder, se lograrían muchos aliados y pocos enemigos¹²⁷.

Dentro de semejante concepción realista y práctica, no era de esperar que el Estado platónico pensase difundir al resto de los mortales la justicia y la felicidad buscada para sí.

Solía repetir Platón el proverbio pitagórico: "los bienes de los amigos son verdaderamente comunes"¹²⁸ y se propuso hacerlo realidad en su *República* implantando en ella un sistema comunitario aunque limitado al grupo de magistrados y guerreros, esto es, de los guardianes. Recordemos brevemente que esta clase especial de ciudadanos, con alma de oro y de plata, carecía de bienes, sus casas y despensas debían ser comunes a todos (a todos los iguales o guardianes, se entiende); la alimentación, que habían de consumir en comidas colectivas, la recibían del resto de los ciudadanos; la crianza y educación de sus hijos corría por cuenta del Estado, que la impartía de manera uniforme y común para todos.

Quedaba todavía otro bien, la "fenbra plazentera" que decía el Arcipreste de Hita, y ese bien había de ser igualmente común para aquellos hombres tan regiamente dotados por la naturaleza:

Todas las mujeres de los guardianes serán comunes a todos ellos; ninguna habitará en particular con ninguno de ellos; también los hijos serán comunes y el padre no conocerá al hijo ni el hijo al padre¹²⁹.

De esta manera se resolvían dos problemas: los hombres "excelentes" no tendrían necesidad de solicitar, como en Esparta, autorización del marido

127. Platón, *República*, IV, 422 c-423 a.

128. Id., Id., IV, 424 a; V, 440 a, *Leyes*, V, 739 c.

129. Id., Id., V, 457 d.

cuando se antojaran de una mujer bien parecida, pues al no existir la pareja, la autorización no venía al caso; además, liberados de las ataduras conyugales y de las molestias del hogar, los guardianes podían entregarse por entero a los asuntos del Estado.

Para tratar de poner orden dentro de un sistema llamado a crear confusiones y a provocar situaciones indeseables (el incesto, pongamos por caso), ideó Platón organizar las cosas de manera sencilla: el guardián que se uniese a una mujer debía considerar como hijos suyos a todos los niños nacidos entre el 7 y el 10 mes después de la unión. Todos aquellos niños, a su vez, habían de llamarlo padre¹³⁰. Aristóteles se mostró extremadamente escéptico respecto a la viabilidad y la eficacia de una disposición aparentemente tan simple¹³¹.

La mujer, afirmaba Platón, era igual al hombre en cuanto a su naturaleza y estaba dotada de las mismas aptitudes, sólo que era menos fuerte, lo que justificaba que sus funciones fuesen iguales a las del hombre:

Todo ha de ser común entre hombre y mujer por lo que se refiere a educación, a los niños, y a la protección de los demás ciudadanos; ya sea en la ciudad, ya sea en la guerra cuidarán del Estado al igual de los hombres, juntos irán de caza y con ellos compartirán todo en la medida de lo posible.

Quedaban, pues, las mujeres sometidas a la gimnasia y a la música y las practicarían completamente desnudas "puesto que la virtud les servirá de vestido". De esta manera se capacitaban en todos los menesteres aunque sólo en los aspectos menos rudos¹³². También las mujeres deberán realizar las comidas en común al igual de los hombres¹³³.

En los otros Estados había quedado el legislador a medio camino al ocuparse sólo de los hombres y dejar a las mujeres abandonadas "a la molición, al lujo y la vida desordenada". Era como proporcionar al Estado "media felicidad" (ya vemos de dónde tomó la idea Aristóteles). La república ideal ofrecería, en cambio, una "felicidad completa" al eliminar todo prejuicio y suprimir distingos materiales, morales o políticos entre uno y otro sexo¹³⁴.

Respecto a la descendencia, hombres y mujeres habían de tener presente que su deber para con el Estado era procrear "los niños más hermosos y mejores", y, por lo tanto, en las uniones debía preferirse no al que gustara

130. Platón, *República*, V, 461 d.

131. Una república donde los bienes, las comidas y las mujeres fuesen comunes, donde el hijo no supiera quien era su padre y diera tal nombre a todos los hombres de edad; donde, con la desaparición de los bienes particulares, desapareciesen los ladrones y los litigios: "Un comunismo perfecto. Atenas será como una sola casa, en que todo pertenece a todos", fue presentada en 393 a.C. por Aristófanes en su comedia *La Asamblea de las Mujeres*. Aquella novedad ocurrió cuando las mujeres asaltaron el poder una madrugada. Con incisivas referencias a personajes, a la política, a las costumbres y a los vicios, el atrevido proyecto va desarrollándose entre suspicacias, trampas, chascos, hasta finalizar la comedia en un ambiente de orgía. Cf. Aristófanes, *Obras Completas*, El Ateneo, Buenos Aires, 1947, donde la comedia aparece bajo el título de *Las Junteras*.

132. Platón, *República*, V, 451 de; 452 a; 456 a; 466 d; *Leyes*, VII, 804 de.

133. Id., *Leyes*, VI, 781 b.

134. Id., Id., VII, 806 c.

más sino al que conviniera. A veces la unión con gente pobre resultaba provechosa¹³⁵.

Los mejores hijos nacen cuando son engendrados en la fuerza de la edad, cosa que para Platón era los veinte años en la mujer y los treinta en el hombre. Las mujeres generarían hasta los cuarenta años y los hombres hasta los cincuenta y cinco¹³⁶. A partir de entonces ya podían desimpresionarse de conveniencias y *pedigrees* y unirse libremente, pero evitarían que naciesen hijos "aun cuando fueren concebidos"¹³⁷. Los solteros recalcitrantes serían multados anualmente después que hubiesen cumplido los treinta y cinco años¹³⁸.

Estos eran los que podríamos llamar principios generales de la procreación. Pasemos ahora a los particulares:

De acuerdo con el principio admitido, es necesario que los sujetos más sobresalientes de uno y otro sexo se unan lo más frecuentemente posible y los sujetos inferiores lo más raramente posible; será necesario educar a los hijos de los primeros, pero no de los segundos, si se quiere mantener el rebaño en su mejor forma. Por otra parte, los magistrados serán los únicos en conocer el secreto de esta medida, para evitar en lo posible las discordias entre el rebaño confiado a los guardianes¹³⁹.

Era uno de aquellos casos ya previstos para el uso cauteloso de la mentira y del fraude en bien de la colectividad, y es de señalar que en tan corto espacio usara Platón, voluntaria o inconscientemente, dos veces la palabra rebaño.

A los jóvenes que se hubiesen distinguido en la guerra se les colmaría de honores y recompensas y se les facilitaría la manera de dejar la mayor descendencia posible¹⁴⁰. Se estaba, sin duda alguna, dentro de la mentalidad de criadores de perros y caballos finos que había dominado entre los espartanos.

Los recién nacidos serían sometidos a una junta clasificadora que resolvería sobre la suerte de cada criatura. Si el niño llenaba las condiciones requeridas sería entregado al cuerpo de ayas que tenía reservado un lugar especial de la ciudad, aunque Platón admitía que los chicos fuesen amamantados por las madres pero sin que ninguna pudiese identificar al hijo propio.

Si el niño nacía defectuoso... Platón vacilaba entonces entre diversas soluciones: "los hijos de hombres inferiores y los que vengan al mundo con deformidades, serán ocultados en lugares convenientes donde no puedan ser visto"¹⁴¹. O bien, serán criados sólo los hijos de los "buenos". Los hijos de los malos" deberán ser trasladados a "otro país"¹⁴², en lo que está implícita la idea de que la república ideal no era de valor universal sino pri-

135. Platón, *Leyes*, VI, 783 d; 773 ab.

136. Id., *República*, V, 460 de.

137. Id., Id., V, 461 bc.

138. Id., *Leyes*, VI, 774 a.

139. Id., *República*, V, 459 de.

140. Id., Id., V, 460 b.

141. Id., Id., V, 460 bd.

142. Id., *Timeo*, 19 a.

vilegio de una minoría. O bien, a la manera espartana, "se dejará morir aquellos cuyo cuerpo está mal constituido" ¹⁴³.

Los niños con buena estrella debían aprender equitación, pues habrían de acompañar a los padres a la guerra si eran lo suficientemente fuertes para afrontarla, cosa que tenía doble ventaja. Por parte del niño, "para que al igual de los hijos de los artesanos, vean lo que les tocará hacer cuando hayan crecido". Por parte de los padres, porque "todo animal combate con mayor coraje cuando están presentes sus cachorros" ¹⁴⁴.

Fuera de la clase de los guardianes, clase en que las uniones no estaban sujetas a regla ni requisito alguno, los magistrados de la república debían fijar a todos los demás el número de matrimonios por realizar, tomadas en cuenta las mermas causadas por guerras, epidemias y otras calamidades, a fin de que el Estado no disminuyera, pero tampoco rebasara los límites convenientes.

Y ahora, dejemos vagar la fantasía, como proponía Sócrates a sus amigos, e imaginemos a la ciudad ideal en una de las bellas fiestas del himeneo, adornada de ramos y flores, alegrada con los sonos de liras, cítaras y flautas de Pan, traídas para la ocasión por los pastores: "instituiremos fiestas en las cuales uniremos a los jóvenes de ambos sexos; realizaremos sacrificios y encargaremos a nuestros poetas componer himnos apropiados a la celebración de estos matrimonios" ¹⁴⁵.

Como preparación de tamaña solemnidad, las autoridades, en uso de su facultad para practicar el fraude, habrían realizado "ingeniosos sorteos", de manera que los sujetos de inferior condición creyeran que sus uniones habían dependido, no de las trampas de los magistrados, sino de la suerte ¹⁴⁶.

Y entonces los sacerdotes y las sacerdotisas y todas las corporaciones del Estado harían sacrificios y elevarían oraciones "para que de los hombres excepcionales nazcan hijos aún mejores, y de los hombres útiles al país, hijos aún más útiles" ¹⁴⁷.

Subrayaba Platón el origen divino de las leyes dignas de ser recordadas: las de Creta, dictadas por el propio Zeus, y las de Esparta, por Apolo ¹⁴⁸. Al comienzo, la tradición oral se encargó de transmitir las leyes de los antepasados, que no eran otra cosa sino costumbres no escritas ¹⁴⁹, y Licurgo puso empeño en que las leyes recogidas por él en Delfos fuesen conservadas en la misma forma. Es posible que esos antecedentes no fuesen sólo leyendas y caprichos y que encerrasen una intención. Como sería la de rodear a las leyes del respeto que infunde la cosa divina y dejar la posibilidad de que las generaciones fuesen adaptando lentamente las normas no escritas a

143. Platón, *República*, III, 409 e-410 a.

144. Id., Id., V, 467 e; 466 e-467 b.

145. Id., Id., V, 459 e-460 a; *Leyes*, VI, 774 a.

146. Id., *República*, V, 459 de.

147. Id., Id., V, 461 a.

148. Id., *Leyes*, I, 632 d.

149. Id., Id., VII, 793 ab.

la cambiante realidad. Así se explicaría que Platón recomendase prudencia y amplitud de criterio a quienes pretendiesen crear y fijar leyes:

La ley no podrá jamás captar a la vez lo mejor y lo más justo que existe para todos, de manera de decretar las prescripciones más útiles. Pues la diversidad que existe entre los hombres y los hechos, y el hecho de que nada de lo humano esté jamás, por así decirlo, en reposo, no da lugar, en arte o materia alguna, a un absoluto que resulte válido para todos los casos y todos los tiempos ¹⁵⁰.

Al concepto evolucionista de una sociedad emergida del período diluvial, ignorante y desprovista de casi todo, debía corresponder la idea de una legislación flexible y dinámica.

Por mucho que el hombre se ingenie, sus creaciones contendrán siempre defectos que habrán de ser corregidos o eliminados paulatinamente. Con tal seguridad, quien imagine una ley deberá trazar un bosquejo lo más exactamente posible y dejar que otros se encarguen de completar los lineamientos:

quien propone el modelo que haya de reproducir la empresa no omitirá nada de lo que sea más bello y más verdadero; pero aquel que se vea imposibilitado de alcanzar uno de los aspectos de este ideal lo dejará de lado sin tratar de realizarlo; aquellas otras hipótesis que estén más estrechamente emparentadas con la perfección ejemplar, se ingeniará por hacerlas realidad.

Junto al idealismo, que deberá volcarse íntegramente en el modelo, estará el sentido práctico capaz de distinguir entre lo deseable y lo posible ¹⁵¹.

A pesar de todo, no escapaba a Platón que siempre se estaría lejos de alcanzar las condiciones perfectas, y reconocía haber estado divagando:

como si se hablase en sueño o como si se modelase en cera una ciudad y los ciudadanos. Semejante proyecto no es, en cierto sentido, sino una imagen...

Había pretendido legislar para hombres insuficientemente inteligentes, pero aun entre los bien capacitados no faltaría quien encontrase incómodo un régimen de vida en el que se careciera de oro y de lujo, en el que los haberes fuesen escasos, reducido el número de hijos y restringida la porción de tierra propia, más "otras limitaciones que, seguramente, establecerá el legislador".

Aun así, el ciudadano habría de admitir que no era posible ejercer autoridad "de manera encomiable" si antes no se había aprendido a obedecer:

el orgullo consistirá más en obedecer que en mandar; obedecer primero a las leyes, que es obedecer a los dioses ¹⁵².

150. Platón, *El Político*, 294 ab.

151. Id., *Leyes*, V, 745 e-746 c; VI, 770 b; 769 de; 752 bc.

152. Id., Id., VI, 762 e.

En todo caso, por pesado que resultase el yugo de la ley y por imperfecta que ésta fuese, cuando se tiende a la propia perfección y a la perfección del Estado:

son males que debemos resignarnos a sufrir antes que padecer un régimen creado para envilecer al hombre¹⁵³.

Pudiera parecer extraño que Platón, minucioso hasta el extremo en el vasto proyecto de su república, fuese tan parco y reservado en lo referente al culto religioso. Cuando se trataba de planificar la ciudad, colocó la acrópolis en el centro y distribuyó templos por las colinas de los alrededores; los artesanos de la república, dijo, estarían consagrados a Atenea y Hefesto, para que se enriquecieran en ciencias y artes; los guardianes, de quienes saldrían guerreros y magistrados, quedaban bajo la protección de Ares y Atenea. En todo lo demás, la ciudad debía atenerse a la tradición y dirigirse al oráculo de Delfos. Allí daría Apolo importantes y bellas disposiciones sobre los sacrificios y todo lo relacionado con el culto de los dioses, de los espíritus y de los héroes; sobre las tumbas y los honores que debían ser tributados a los muertos para mantenerlos propicios¹⁵⁴.

Otra cosa eran los conceptos con respecto a Dios, a la providencia divina, a la muerte y el más allá. Sobre esto sí podía disertar el filósofo, y el filósofo contaba entre los males capaces de afectar a una sociedad "los desbordamientos y las insolencias de la juventud", y como lo más grave de esos males, los ataques a lo sagrado. Consideraba Platón indispensable legislar sobre las penas para quien "por palabra o acto, por dicho o hecho, ultrajase a Dios"¹⁵⁵. Pero antes estaba, para él, algo tan grave como la impiedad misma, y era su origen, cosa que tocaba al filósofo descubrir para poder extirparla.

Se es impío, decía Platón, por tres razones: por negar la existencia de Dios; por creer que Dios, si bien existe, no interviene en la vida y el destino de los hombres; o, en fin, por convenir en que existe y gobierna la vida, pero se deja seducir por oraciones y sacrificios¹⁵⁶, de donde surgía una conclusión inevitable para el impío; un dios sensible a los halagos y capaz, por ello, de apartarse de la estricta justicia, ni era santo ni era justo.

La mayor parte del décimo libro de *Las Leyes*, que ha sido llamado "la teología de Platón", está destinada a probar la existencia de Dios, la providencia divina y la condición absolutamente buena de la divinidad que es, a su vez, origen de todo bien¹⁵⁷. La demostración de estas verdades la consideraba el filósofo tan arriesgada como cruzar un río torrencioso¹⁵⁸, mas a pesar del desagrado y la irritación que le producía verse forzado a acometer el tema, impelido por la impiedad reinante¹⁵⁹, emprendió el discurso "con dulzura, extinguida toda ira", como si conversara con algún mozo mal encaminado:

153. Platón, *Leyes*, VI, 770 e.

154. Id., Id., VI, 759 c; *República*, IV, 427 ab; *Leyes*, XI, 920 de.

155. Platón, *Leyes*, X, 884 a-885 b.

156. Id., Id., X, 885 b.

157. Id., Id., X, 884 a-907 d.

158. Id., Id., X, 892 de.

159. Id., Id., X, 887 d.

Hijo mío, tú eres joven. El correr de los años te hará cambiar de opinión sobre muchos puntos y pensar lo contrario de lo que piensas hoy. Aguarda hasta entonces antes de pronunciarte sobre estas graves cuestiones. . . El primer consejo y el mayor que pueda yo darte a este respecto, sin temor de ser desmentido jamás, es el siguiente: ni tú ni tus amigos son los primeros iniciadores de semejantes opiniones ¹⁶⁰.

A través de una extensa disertación sobre el alma de las cosas y el alma motora del universo creía Platón haber demostrado la existencia de los dioses ¹⁶¹ y dejado claramente establecida la verdad de que es "la mejor alma la que se ocupa del universo entero y lo guía a lo largo de una ruta, perfecta como esa alma" ¹⁶². Mas sobre estos puntos no habremos de insistir porque nuestro tema no es la existencia y la naturaleza de Dios sino la felicidad del hombre en la tierra.

¿Por qué había en el mundo el bien y el mal? Tremenda interrogación que ha turbado en todo tiempo el alma humana y ha sembrado en ella la duda de que exista una justicia divina, incluso de que existía un Dios de bondad. Y los ejemplos más frecuentes y ofensivos de semejante enigma, en la Grecia de Platón igual que en todas partes y en todo tiempo, era la presencia de lo que llamaremos de ahora en adelante el *malvado feliz* ¹⁶³ y, junto a él, la acusadora simultaneidad del justo agobiado por los sufrimientos. Nada de eso era desconocido para el filósofo:

las fortunas privadas y públicas de hombres malvados e injustos, fortunas que no constituyen felicidad pero que la opinión celebra como tal con transportes desmesurados, te impulsan a la impiedad al ver cómo, sin razón, se las glorifica en la lengua de las Musas y en toda otra lengua. O bien, por ver cómo llegan esos hombres al término de la vejez para dejar colmados de honores a los hijos de sus hijos. He aquí el espectáculo que te conturba, ya sea que lo conozcas de oídas, ya porque lo contemples con tus propios ojos, tropezando con las numerosas impiedades mediante las cuales, precisamente, se elevan algunos desde su ínfima condición hasta la tiranía y el supremo poder ¹⁶⁴.

Lo que no podía admitir Platón era la versión impía de que semejante desequilibrio aparente obedeciese a la indiferencia de los dioses, a su incapacidad o pereza, cuando, en realidad, ellos atendían con suprema eficacia

160. Platón, *Leyes*, X, 888 a-d.

161. Id., Id., X, 897 c.

162. Id., Id., X, 897 c.

163. Teognis de Megara, s. VI-V a.C., escribía: "¡Bendito, omnipotente Zeus! Lleno de profundo asombro contemplo el mundo y me maravillo de tus caminos. . . ¿Cómo puede armonizarse todo esto con tus criterios de justicia e injusticia, y cómo puedes repartir de modo tan arbitrario tus dones entre el malo y el bueno? ¿Cómo podremos conocer y comprender tus leyes?" Ref. Durant, *op. cit.*, I, 153. El tema del *malvado feliz* ante la aparente indiferencia de los dioses aparece ya en un "Diálogo sobre la miseria humana" de la remota tradición babilónica. Cf. Eliade, *Histoire des croyances et des idées religieuses*, I, 93.

164. Platón, *Leyes*, X, 899 e-900 a.

hasta el más pequeño detalle del universo¹⁶⁵. A cada cosa y a cada ser le estaba asignado un *arkonte* o jefe¹⁶⁶ encargado de vigilar atentamente cuanto hiciese o cuanto le ocurriese así como de conducirlo a contribuir "hasta en sus últimos detalles a la perfección de la obra".

La impenetrabilidad de semejante misterio provocaba descorazonamiento y rebeldía en el ignorante, en tanto que el filósofo lograba reconocer en tan oscuros designios de la divina providencia otros tantos elementos que contribuían a la armonía universal:

Simple unidad como eres dentro del número —decía Platón al joven descreído— tu papel, por mínimo que parezca, forma parte del conjunto y tiende a él. Tú no tienes conciencia, en todo este drama, de que nada se hace sino para ese fin, el de asegurar permanencia y felicidad a la vida del universo, de que nada ha sido hecho para ti sino tú para el todo... Pero murmuras porque ignoras en qué forma logra cuanto te ocurre realizar el mayor bien para el conjunto y para ti en la medida en que lo permita el destino común¹⁶⁷.

Es evidente que la teoría platónica de la felicidad dentro de la república ideal, alcanzada mediante el sometimiento del individuo a los fines superiores del Estado, no era más que un caso particular de esta doctrina de la armonía universal, y no hay duda de que el razonamiento era claro para el claro entendimiento del filósofo. Pero el hombre común que sufre y duda y se debate debía quedar con el corazón inquieto y el ánimo desconsolado de no ofrecérsele otra perspectiva que lo reconfortase:

Respecto al hombre justo, víctima de la pobreza, de la enfermedad o de cualquiera otra situación considerada como un mal, hay que reconocer que ello acabará por convertirse en provecho suyo, ya sea en vida, ya sea después de la muerte, pues los dioses no podrían descuidar a quienes se esfuerzan por ser justos y tratan, por la práctica de la virtud, de hacerse lo más semejante a la divinidad que le sea posible al ser humano¹⁶⁸.

Lo que al hombre pudiera ocurrirle era apenas una incidencia en el enfrentamiento del bien y del mal, y el Ateniese de *Las Leyes* estimaba haber ilustrado suficientemente el punto al considerar todo como simples oscilaciones previstas y administradas por la sabiduría divina con miras al equilibrio y perfección del universo, oscilaciones que por razón de ese equi-

165. Platón, *Leyes*, X, 900 c; 902 e-903 a.

166. Platón habla tan pronto de "dios" como de "los dioses", y también de *arkontes* y de *daimones*. Dios, en singular, es la esencia divina en sí, que abarca todo lo demás: "Cuando todos estos dioses [...] hubieron nacido, aquel que ha engendrado el Mundo entero les dijo así: Dioses, hijos de los Dioses de quienes yo soy el Autor, y obras de las cuales yo soy Padre, habéis nacido gracias a mí", *Timeo*, 41 a.

167. Platón, *Leyes*, X, 903 b-d. Cf. 905 e.

168. Id., *República*, X, 613 a. Cf. Id., II, 383 c; Id., VI 500 cd, 501 bc; *Teetetos*, 176 b.

librio y perfección habían de compensarse, posiblemente en esta vida, pero con toda seguridad después de la muerte, cosa que implicaba la inmortalidad del alma y con lo cual el problema de la felicidad humana comenzaba a no ser bien de este mundo.

Quedaba otro problema no resuelto. Platón lo había dicho: lo que nos destruye es la injusticia, la desmesura, la falta de razón; lo que nos salva, la justicia, la templanza, la prudencia cuya morada está en las potencias de las almas divinas.

Las almas divinas, mas no las almas de los dioses sino las de aquellos justos que trataban, en lo posible, de asomarse a la divinidad. Sin embargo, también dentro de esas almas moraba el mal. Y aquí surgía un factor de primera importancia, imposible de desconocer en tratándose del agobiador problema del bien y del mal, y era que Dios había dotado a su criatura de libre albedrío. "Todo lo malo es patrimonio nuestro", no de los dioses¹⁶⁹.

Por momentos pareciera como si Platón fuese a desembocar en el dualismo mazdeísta, por la simplicidad que ofrece el enfrentamiento de *Ormuz*, principio del bien, con *Arimán*, principio del mal, para ilustrar la cuestión. En varias ocasiones no hay duda de que roza aquella doctrina. En cierto pasaje afirma que en el gobierno del universo están presentes dos almas por lo menos, "una que sólo puede hacer el bien y la que es capaz de hacer lo contrario". Cuando dijo que el alma mejor tenía a su cargo la conducción del universo por una ruta perfecta como ella, añadió: "Pero si la traslación se realiza de manera loca y desordenada, se trata entonces del alma mala". El movimiento celeste estaba también regido "por el alma más excelente o por la que le es opuesta". La alusión más cercana a la guerra entre Ormuz y Arimán ocurre al referirse Platón a una "batalla inmortal" librada en los cielos por bienes numerosos y por males numerosos todavía y ante la cual consuela la seguridad de que los dioses y los daimones son los aliados de los hombres y de que son los hombres los que forman el rebaño de la divinidad. A pesar de tan repetidas aproximaciones, Platón no resolverá el problema por la vía del dualismo mazdeísta ni por la del destino inevitable, es decir, por la del hombre como juguete de fuerzas que lo arrastran aún a su pesar. Una nueva senda la ofrecía la perspectiva de lo que el hombre sea capaz de ser y de hacer por sí mismo¹⁷⁰.

Decía Platón que en seguida vio Dios todas las posibilidades que albergaba el ser humano y dispuso las cosas para que el triunfo de la virtud pudiese lograrse de la manera más fácil y completa posible.

En cuanto a la producción de esas cualidades determinadas, dejó la responsabilidad a la voluntad de cada uno. En efecto, es de acuerdo con sus deseos y según el estado de su alma que la mayoría de las veces adopta cada cual, llegada la ocasión, este o aquel camino, esta o aquella cualidad¹⁷¹.

169. Platón, *Leyes*, X, 900 e.

170. Id., *Leyes*, X, 896 e; 897 cd; 898 c; 906 a. Un resumen con indicación de los textos de Platón sobre el tema, en Goldschmidt, "Le Choix des Conditions", en *La Religion de Platon*, 84-91.

171. Platón, *Leyes*, X, 904 a-c.

Era, pues, en las profundidades del alma donde había de librarse la guerra del bien y del mal. Y aquí vemos nuevamente que Platón trasladó un principio teológico de alcance universal al terreno particular de la moral y la política, cuando dijo, al tratar de la república, que el mayor triunfo del hombre era el dominio de sus pasiones y la mayor victoria de la ciudad era vencerse a sí misma.

Faltaba exonerar a los dioses de la acusación de venalidad y refutar a quienes sostenían:

que los dioses perdonan siempre al hombre injusto y a sus injusticias, siempre que les cediese parte de los frutos de la iniquidad¹⁷².

Bien conocía Platón las argucias de aquellas almas "ricas en injusto botín, evidentemente bestiales", que venían a prosternarse ante los dioses, con ofrendas y oraciones, en la esperanza de alcanzar impunidad para sus ambiciones y sus abusos, para su "ansia de poseer más que los otros", impunidad para ese mal comparable con la enfermedad del cuerpo, con la pestilencia de las colectividades, que se llama injusticia¹⁷³.

Pues bien —argumentaba el filósofo—, en este mundo, bajo y plagado de vicios, el conductor de carros no cede por soborno el triunfo a su competidor, ni por soborno deja el piloto naufragar el barco con la tripulación, ni vende el comandante de ejércitos la victoria al enemigo, ni pone el médico en peligro la salud de su enfermo. En fin —elemento de comparación tan del agrado de Platón—, el perro, el perro guardián, el perro pastor ¿se deja seducir acaso por el lobo mediante piltrafas de comida? Entonces ¿habría que estimar a los dioses menos que a un piloto, un general o un médico? ¿Menos que a un perro?¹⁷⁴.

Firme en semejantes verdades, la república ideal tendría una ley relativa a Dios con el siguiente principio, al que habrían de sujetarse quienes hablasen o escribiesen sobre la divinidad: "Dios no es la causa de todo, sino solamente del bien"¹⁷⁵.

De esta manera quedaban eliminadas las fábulas antropomórficas que atribuían a los dioses toda la corrupción humana y los hacían fuente de los males de los hombres al mismo tiempo que los presentaban como aficionados a revestir las más diversas formas. No, Dios es "absolutamente perfecto" y, como tal, ningún grado de belleza o de virtud le falta. Y con motivo de aquellas pretendidas transformaciones Platón rendía a la armonía y la belleza el acatamiento y la reverencia que ambas merecieron de los griegos:

Es imposible, aun para un dios, que consienta en cambiar. Y cada dios, puesto que es lo más bello y lo mejor posible, guardará siempre e invariablemente, creo yo, la forma que le es propia¹⁷⁶.

172. Platón, *Leyes*, X, 906 cd.

173. Id., Id., X, 906 a-c.

174. Id., Id., X, 905 de-907 b.

175. Id., *República*, II, 380 c.

176. Id., Id., II, 378 e-381 c.

Para Platón, ya lo hemos visto, el alma era inmortal¹⁷⁷. ¿Cuál había de ser su destino después de la muerte? Las almas que no se apartan del justo medio sino por raros y pequeños cambios, "se desplazan horizontalmente en el espacio", pero el filósofo no aclaró nada más. Las que caen con frecuencia en la injusticia serán arrastradas a los lugares inferiores, llamados Hades y también de otras maneras, profundidades de donde nacen terrores y pesadillas que atormentan a esas almas en vida y después de haberse separado del cuerpo. En cambio, el alma que se ejercita en la virtud hasta impregnarse de lo divino, experimenta "un desplazamiento notable al ser transportada por una ruta santa a un lugar nuevo y mejor"¹⁷⁸.

A semejante destino no puede escapar nadie, porque es sentencia de las divinidades del Olimpo:

No te descuidará jamás, ya seas lo suficientemente pequeño como para hundirte en las profundidades de la tierra o hayas crecido tan alto como para volar al cielo; pagarás a los dioses la pena que debas, ya te quedes aquí mismo, ya vayas al Hades o te lleven a un lugar aún más inaccesible¹⁷⁹. Otro tanto diremos de aquellos pequeños que veías engrandecerse a fuerza de perfidia y otras maldades. Creías entonces que se habían transformado, de miserables que eran, en bienaventurados, y en sus actos imaginabas haber visto, como en un espejo, la universal despreocupación de los dioses, porque no sabías cómo se ajusta al conjunto la contribución de cada uno¹⁸⁰.

Aquella voz solemne que hablaba de la esencia y atributos de los dioses, de la armonía del universo y de la justicia divina, de la pequeñez del hombre dentro del concierto impenetrable del gran todo, de la agobiante responsabilidad del ser humano, en la vida y ante la muerte, por las decisiones de su libre albedrío; aquella voz que disertaba extensamente sobre leyes, disposiciones y reglamentos, adquiría los tonos del fabulista para relatar en las últimas páginas de *La República*, el suceso maravilloso de Er, hijo de Armenis, natural de Panfilia, que al cabo de doce días resucitó estando ya en la pira.

Lo referido por Er resultaba más asombroso que las noticias traídas por Ulises y las que más tarde logró traer Eneas después de haber llegado ambos al mundo de los muertos. Los héroes de Homero y de Virgilio fueron seres vivos a quienes les fue dado contemplar el más allá¹⁸¹. En el caso de Er se trataba de un muerto a quien le tocó vivir, por decirlo de algún modo, la terrible experiencia.

Junto con otras almas llegó la de Er a cierto lugar maravilloso donde un tribunal se hallaba instalado entre dos aberturas en la tierra y otras dos en

177. Platón, *República*, X, 608 d; *Menón* 81 b; *Fedón*, 107 e; *Fedro*, 247 b; *Leyes*, XII, 959 b.

178. Id., *Leyes*, X, 904-c-e. Cf. *Fedro*, 248 e.

179. "Si fuerzan la entrada del sheol, mi mano de allí los sacará; si suben hasta el cielo, yo los haré bajar de allí; si se esconden en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los agarraré; si se ocultan de mi vista en el fondo del mar, allí mismo ordenaré a la Serpiente que los muerda". Amós 9:2-3.

180. Platón, *Leyes*, X, 905 a-c.

181. *Odisea*, XI; *Eneida*, VI.

el cielo. Las almas, una vez juzgadas y de acuerdo con la sentencia, se encaminaban a uno de los postigos del cielo o a uno de los fosos de la tierra. De las dos restantes aberturas, la terrena daba paso a las almas fatigadas y cubiertas de polvo que ascendían de las profundidades; por la celestial descendían almas puras. Reunidas todas en un prado, entraron en conversación:

Unos referían sus aventuras con gemidos y con llantos al recordar los males que sufrieron y vieron sufrir en su viaje subterráneo que duró mil años¹⁸²; los otros, procedentes del cielo, contaban de placeres deliciosos y de espectáculos de infinita belleza.

Los crímenes eran castigados diez veces y cada vez duraba cien años el castigo. Allí, por la boca de uno de los fosos, vio Er los tormentos aplicados en los infiernos a los grandes criminales y oyó los espantosos gemidos de los réprobos. Los virtuosos, en cambio, recibían recompensas en las mismas proporciones.

Las almas que ya habían sufrido los rigores del Hades o disfrutado de la gloria durante un milenio fueron llevadas, y Er con ellas, a contemplar las estructuras del universo. Luego les fue anunciado su próximo retorno al mundo bajo la forma que cada cual prefiriese y se les permitió la elección entre todas las posibilidades imaginables, ya fuese como seres humanos, ya como animales. Uno eligió renacer como tirano y otro como ruiseñor. Agamenón volvía al mundo como águila y Ulises como un simple particular.

La última etapa en el otro mundo fue hasta el valle del Leteo, donde las aguas del río Amelas, "que ningún vaso puede contener", sumió a las almas en el sueño y les provocó el olvido de su vida anterior y de su paso por la muerte. Durante la noche, en medio de truenos y terremotos, emprendieron vuelo hacia la tierra como estrellas fugaces¹⁸³.

Al fin de los tiempos, después que todo perezca y el universo se haya desintegrado, comenzará un nuevo ciclo idéntico al anterior, y Sócrates —o Platón— confiaba en que durante una nueva existencia se reunirían otra vez los mismos amigos en pláticas como aquella¹⁸⁴. De regreso, quizá, de la fiesta de Artemisa en el Pireo, entablarán un diálogo inmortal sobre la república ideal¹⁸⁵.

Con *La República* se propuso Platón aclarar qué era la justicia, y en su empeño llegó a una definición tan condensada y seca que amenaza con provocar desconcierto: "la justicia —dice— consiste en ocuparse de sus asuntos sin inmiscuirse en los asuntos de los demás"¹⁸⁶. Parecería incluso una burla para el lector que se acerca al gran filósofo en busca de doc-

182. Igual en Virgilio, *Eneida* VI, 748-749: "Cuando todas estas almas han visto girar la rueda por espacio de mil años, un dios las convoca en largas filas a la orilla del Leteo".

183. Platón, *República*, X, 614-b-621 d.

184. Id., Id., VI, 498 cd.

185. Platón trató los problemas del más allá también en *Gorgias*, *Fedón* y *Timeo* de maneras no exactamente coincidentes.

186. Platón, *República*, IV, 433 ab.

trina si no ilustrara, expuesta así, aisladamente como la hemos ofrecido, los peligros de desgajar una sentencia del contexto. Porque aquella definición, por extraño que parezca, corresponde al concepto platónico de justicia, pero a ello se llega sólo tras prolijos razonamientos que trataremos de resumir en lo posible.

A pesar de su admiración por Esparta, Platón echaba de menos en ella a una excelsa Musa, la de la dialéctica, ese arte supremo y sutil de dialogar, con otro o consigo mismo, para llegar inteligentemente, por medio de la razón, a la esencia de las cosas, a los principios en los cuales poder afincar las conclusiones¹⁸⁷.

De la mano de aquella Musa, en medio de edificios, parcelas, aguas corrientes, taludes, fosos, caminos y ciudadanos, es decir, las piezas con que se forma una polis, y lista la argamasa cohesionante de dioses, números divinos e instituciones, se dispone Sócrates a establecer la república ideal, una república adornada de todas las virtudes¹⁸⁸.

Decía Platón que hay dos clases de bienes, unos humanos y otros divinos:

estos últimos rigen a los primeros, y si una ciudad recibe los bienes superiores, adquiere también los menores; de lo contrario, perderá ambos. Entre los bienes menores el primero es la salud, el segundo la belleza, el tercero, el vigor en la carrera y en los demás ejercicios físicos, el cuarto la riqueza, pero no la riqueza ciega sino la clarividente que va a par con la sabiduría. Esta, precisamente, tiene la preeminencia y a ella corresponde el primer lugar entre los bienes divinos; el segundo de estos bienes es la templanza del alma unida a la inteligencia; el tercero es la justicia, que resulta cuando la templanza se une al valor; el cuarto es el valor¹⁸⁹.

Por lo tanto, un Estado bien constituido debe ser perfecto, y para alcanzar la perfección habrá de ser sabio (otros traductores escriben prudente, que tanto monta), valiente, templado y justo, el llamado canon de las virtudes platónicas, aunque antes hubiese escrito Esquilo: "varón prudente, bueno, justo y piadoso"¹⁹⁰.

La sabiduría o prudencia en un Estado es la virtud o la ciencia reguladora de todas las cosas, tanto las internas como las relacionadas con los demás Estados, en una palabra, la política. Pero esa ciencia compleja y delicada no está al alcance de todo el conglomerado social sino que aparece, por el contrario, como un don parcamente otorgado a una minoría. Y esa minoría, por ello mismo, está llamada a constituir la cabeza del Estado, a gobernar¹⁹¹.

El valor lo definió Platón como "la fuerza que, en todo momento, mantiene la opinión justa y legítima sobre lo que hay que temer y lo que no

187. Platón, *República*, VII, 532 ab, 533 b-d.

188. Id., Id., IV, 427 e.

189. Id., *Leyes*, I, 361 b-d.

190. Esquilo, *Siete sobre Tebas*, Cf. Jaeger, *op. cit.*, I, 125.

191. Platón, *República*, IV, 428 c-429 a.

debe ser temido" ¹⁹². Y así como la república será sabia en la medida que lo sea la cabeza directora, será cobarde o valiente conforme a los sentimientos y la conducta de los encargados de defender al conjunto y conducir la guerra ¹⁹³.

La templanza, a su vez, "es una especie de orden y de imperio sobre los placeres y las pasiones" o, como dice el vulgo, la facultad de "ser dueño de sí mismo". En el Estado, la templanza se manifiesta cuando la mejor parte gobierna a la parte menos buena, cuando las pasiones de la multitud viciosa estén dominadas por las pasiones y la inteligencia de una minoría virtuosa" ¹⁹⁴.

En cuanto a la justicia, Platón la calificó de "bien supremo del alma considerada en su verdadera naturaleza" ¹⁹⁵ y la tuvo por compañera inseparable de Dios, vengadora de infracciones de la ley divina ¹⁹⁶.

En las etapas primitivas de su desarrollo, el pueblo griego supo claramente lo que era delito: adulterio, asesinato, robo, pero faltó el concepto de aquello capaz de mantener al hombre alejado de semejantes transgresiones. Cuando las normas de la vida en común cristalizaron en leyes se pensó haber alcanzado un criterio para distinguir lo justo de lo injusto, y justicia vino a ser el sometimiento a las leyes del Estado, de la misma manera que en el terreno religioso el "justo" es el hombre obediente a la ley divina ¹⁹⁷.

Ahora bien, el Estado señala a cada cual las funciones que debe llenar para contribuir al equilibrio y a la felicidad del conjunto, y cuando cada grupo, el de los trabajadores, el de los guerreros y el de los gobernantes realiza cabalmente las actividades que le ha asignado la sociedad, sin interferir en las labores de otros, se crea una fuerza que rivaliza con la sabiduría, la templanza y el valor, y esa fuerza es la justicia ¹⁹⁸. Tal concepto —demasiado simplificado en la original definición de Platón— viene a coincidir prácticamente con el de "justicia legal" de la teología clásica: "virtud que inclina y mueve a los miembros del cuerpo social, en cuanto a tales, a dar a la sociedad todo aquello que le es debido en orden a procurar el bien común" ¹⁹⁹.

Hemos alcanzado de esta manera la imagen del Estado ideal. Estado sabio porque sus gobernantes dominan la ciencia para conducir la política; templado, por cuanto una minoría inteligente y virtuosa gobierna sobre las pasiones de la muchedumbre; valiente, porque sus defensores, los guerreros, lo son, y justo en la medida en que los ciudadanos todos muestran sometimiento a la ley con el estricto cumplimiento de sus obligaciones ²⁰⁰.

192. Platón, *República*, IV, 430 d.

193. Id., Id., IV, 429 bc.

194. Id., Id., IV, 431 a-d.

195. Id., Id., X, 612 b.

196. Id., *Leyes*, IV, 716 a.

197. Jaeger, *op. cit.*, I, 123-124.

198. Platón, *República*, IV, 434 cd, 435 b, 433 de.

199. Royo Marín, *Teología Moral para Seglares*, I, N° 855, p. 676, BAC.

200. Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, V, 1, fue más preciso y también más amplio: "debe llamarse justo el que obedece a las leyes y el que observa con los demás las reglas de la igualdad. Así lo justo será lo que es conforme a la ley y a la igualdad [...] la justicia parece ser, entre todas las demás

Esto nos dice que las virtudes del Estado, como sus defectos, provienen de las virtudes y los defectos de los individuos. La violencia de los tracios y de los escitas provocó la violencia de sus Estados respectivos, como la sed de ganancias de los fenicios y de los egipcios caracterizó a estos otros dos Estados, o la pasión por la ciencia en los atenienses modeló el carácter de Atenas. Serán pues, hombres perfectos: prudentes, valientes, templados y justos, los que puedan comunicar perfección al Estado²⁰¹. Mas, ¿cómo logra el individuo la perfección?

El hombre, dice Platón, está regido por tres fuerzas o principios: la razón, mediante la cual alcanza el conocimiento; la concupiscencia, que induce a los placeres corporales como la comida, la bebida, el amor; y la cólera —tal vez propiamente firmeza o valor—, capaz de aliarse a la razón en guerra contra el deseo. Es fuerza que lleva al hombre, ya sea a reprenderse a sí mismo, ya sea, a través de las mayores privaciones, a luchar por lo que considera justo "hasta perder la vida o hasta ser apaciguado por la razón, que lo llama a ella como un pastor llama a su perro".

Y así como el Estado está compuesto por los tres órdenes: trabajadores, guerreros y magistrados, en el individuo, junto a la razón y el deseo se cuenta también la cólera, dispuesta a tomar las armas en favor de la primera "cuando se alza una sedición en el alma"²⁰².

Tal como se lo había propuesto, en la imagen agrandada que ofrecía la ficción de la república ideal, Sócrates logró ver que en el alma del individuo había las mismas partes que en un Estado y que el hombre podía llegar a ser justo en forma semejante a como el Estado lograba serlo: haciendo que los diversos órdenes que lo componen llenen cabalmente sus respectivas funciones.

La razón, que tiene a su cargo velar sobre el alma entera, ha de gobernar; a la cólera (o firmeza o valor) le toca obedecer. Convenientemente graduada una y otra, acordadas entre sí por la armonía de la música y la gimnasia (como antes había hecho armonizar Platón el valor y la filosofía), gobernarán juntas al deseo "que ocupa la mayor parte de nuestras almas y que es, por naturaleza, insaciable de riquezas"; velarán sobre él a fin de que no crezca y, desmandado, pretenda subvertir la vida del cuerpo social.

He aquí al hombre virtuoso. Será valiente en la medida en que la firmeza lo mantenga, a través de penas y placeres, sometido a la razón; será sabio en la medida en que esa razón, asiento de la ciencia, sepa lo que le conviene al conjunto; será templado en la medida en que se mantenga el equilibrio y la armonía entre la parte que comanda y la parte que obedece²⁰³.

virtudes, la única que constituye un bien extraño, un bien para los demás, y no para sí, porque se ejerce respecto a los demás y no hace más que lo que es útil a los demás, que son, o los magistrados o el pueblo entero [...]. El hombre más perfecto no es el que emplea su virtud en sí mismo; es el que la emplea para otros [...]. Y así, la justicia no puede considerarse como una simple parte de la virtud, es la virtud entera".

201. Platón, *República*, IV, 435 e-436 a.

202. Id., Id., IV, 436 ab; 439 de; 440 a-e; 441 a.

203. Id., Id., IV, 441 c-442 d; III, 411 e.

En cuanto a la justicia, volvía Platón a su fórmula archisimplificada del zapatero dedicado a sus zapatos, del carpintero entregado a su carpintería, con la diferencia de que en el individuo la justicia no se aplica a los actos exteriores sino a las funciones del alma.

Para ser justo, el hombre habrá de impedir que parte alguna de su ser haga algo inconveniente y que los tres principios anímicos interfieran en sus respectivas funciones. Habrá de crear su propio orden interior, de gobernar su persona, de disciplinarse, de amistarle consigo mismo. Acor- dará las partes de su ánima y de esos múltiples elementos formará un conjunto bien concertado:

y en todo cuanto emprenda, ya trabaje para enriquecerse, ya cuide de su cuerpo, ya se dedique a la política o se consagre a la vida privada, juzgue como justa y bella, y así la llame siempre, a la acción que crea y mantiene semejante estado de alma, y tenga por sabiduría la ciencia que preside acciones de tal naturaleza ²⁰⁴.

Platón buscó echar las bases de un Estado donde la felicidad estuviese garantizada a todos y no a un grupo social. Con vista a fin tan elevado era necesario llevar a los ciudadanos, sin distinciones, a cumplir cabalmente la función asignada a cada uno de acuerdo con el metal que el destino hubiese puesto en su alma:

y cuando todo el estado florezca bajo una sabia administración, que cada cual disfrute de la parte de felicidad que le ha asignado la naturaleza ²⁰⁵.

No había de olvidarse, sin embargo, que toda aquella impresionante máquina de teorías, planes y leyes había sido fantaseos, juegos de la imaginación, cuentos, sueños, y que las cosas nunca llegan a ser en la vida real como se las piensa o se las desea:

No me exijas —rogaba Sócrates— que yo realice exactamente lo que he descrito.

Que existiera entonces un Estado semejante o que pudiera existir en el futuro, eso era otra cosa. Empresa difícil, ciertamente, pero no imposible "cuando reine la Musa filosófica" ²⁰⁶.

Para terminar su extraordinaria creación ²⁰⁷, Platón imaginaba que el hombre sensato, reflexivo, es decir, el sabio, sujetará su conducta en general y, en particular, sus actos de gobierno, si de gobernar se tratase, a las normas tan minuciosamente expuestas a lo largo del diálogo: "hablas —dice el interlocutor— del Estado que acabamos de imaginar y que no

204. Platón, *República*, IV, 443 c-444 a.

205. Id., Id., IV, 420 bc, 421 bc.

206. Id., *Leyes*, V, 739 c; *República*, V, 473 a; VI, 502 c, 499 cd.

207. *La República* termina con el libro IX. El X y último es un apéndice.

existe sino en nuestro discurso, pues me parece que no hay uno semejante en parte alguna del mundo". A lo que Sócrates respondió: "posiblemente exista un modelo en el cielo para quien desee contemplarlo y ajustar a él su propia existencia. Poco importa que ese Estado se encuentre ya en alguna parte o que todavía esté por realizar, pues serán sus leyes, y no otras, las que deban inspirar sus actos ²⁰⁸.

El cuadro de *La República* trazado por Sócrates con la ayuda del Ateniense de *Las Leyes*, grandioso sin duda, había resultado frío e inmóvil. El filósofo y maestro no estaba satisfecho. Sus sentimientos respecto a aquel Estado ideal eran, decía él, semejantes a los que se experimentan ante un conjunto de seres dotados de vida, ya sea representados en una pintura, ya en la realidad pero en estado de reposo: "surge entonces el deseo de ver a esos seres entrar en movimiento y realizar realmente algunas de las actividades que parecieran convenir a sus cuerpos" ²⁰⁹.

La república salía así de las manos del legislador e iba a parar a las del novelista que había de darle calor y movimiento. Para el papel del nuevo taumaturgo, Platón eligió a Critias.

Hacía nueve mil años... ²¹⁰:

antes de la gran destrucción por las aguas, cuando la actual Atenas era, entre las ciudades, la mejor en la guerra y, especialmente, la más civilizada en todos los sentidos. Allí, según se cuenta, se realizaron las hazañas más hermosas y allí existieron las mejores organizaciones políticas de que jamás se oyera hablar ²¹¹.

La ciudad y los ciudadanos presentados antes por Sócrates como inertes modelos iban a cobrar vida y a entrar en actividad. Así sabrían los oyentes de una ciudad famosa y de unos antepasados "abuelos invisibles" de que hablaban las tradiciones y los escritos sagrados, todo ofrecido "como si se tratara de atenienses reales y actuales" ²¹².

Hacía nueve mil años, la fertilidad del Atica sobrepasaba a la de cualquier otro país. En aquel tiempo, "la tierra intacta" ofrecía un espeso manto fértil y las montañas estaba cubiertas de bosques. Por todas partes corrían raudales brotados de las fuentes y los ríos. Hasta las estaciones parecían entonces más templadas; los frutos y los pastos eran no sólo excelentes sino abundantes. En aquel tiempo, los antepasados se mantenían "a igual distancia de la abundancia excesiva y de la pobreza servil, habitaban graciosas viviendas, donde envejecían ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos". Esto suena a música conocida y lo que sigue también porque en aquel tiempo remoto los abuelos invisibles estaban calcados sobre los ciudadanos de *La República* ²¹³.

208. Platón, *República*, IX, 591 c-592 b.

209. Id., *Timeo*, 19 bc; 26 cd.

210. Id., Id., 23 e.

211. Id., Id., 23 cd.

212. Id., Id., 26 cd-27 ab.

213. Id., *Critias*, 109 d-112 e.

Nueve mil años atrás, aquella ciudad y aquellos abuelos alcanzaron esplendorosa victoria en una tremenda guerra. Fue cuando el imperio de la Atlántida pretendió conquistar el mundo entero y reducirlo a la esclavitud. Atenas hizo entonces:

brillar ante los ojos del mundo su heroísmo y su energía, pues sobrepujo a todas las otras ciudades por la fuerza de su alma y por su arte militar. Primero a la cabeza de los helenos, luego sola por necesidad, abandonada como fue por los demás en los trances de mayor peligro, venció al invasor ²¹⁴.

Muy poco después, en medio de terremotos y cataclismos espantosos, los ejércitos invasores fueron tragados por la tierra en el curso de un día y una noche, y "la isla Atlántida se hundió en el mar y desapareció" ²¹⁵.

"Hubo una vez una isla, frente al estrecho que vosotros llamáis, según decís, las Columnas de Hércules, más grande que Libia y Asia juntas", que llegó a dominar sobre muchas otras islas en torno suyo y, en los continentes, a partir de las columnas de Hércules, sobre Libia en el norte de Africa y, en Europa, hasta Tirrenia ²¹⁶.

Cuando los dioses se repartieron el mundo y el Atica fue asignada a Atenea y Hefesto, aquella vasta isla tocó a Poseidón, el dios del mar. Y sucedió lo que ocurría a cada paso entre los moradores del Olimpo. Prenado de Clito, una bella mortal nativa de la isla, el dios tuvo en ella cinco parejas de varones gemelos. El primer gemelo venido al mundo fue, naturalmente, el primer rey; se llamó Atlas y él, a su vez, dio nombre al reino. Los demás príncipes y su numerosa descendencia gobernaron sobre las otras islas y sobre la parte conquistada en ambos continentes. Esos reyes estupendos:

acumularon riquezas en tal abundancia que, sin duda, ninguna casa real las poseyó antes iguales y difícilmente pueda poseerlas en el porvenir.

En aquella edad en que los dioses intervenían tan activamente en la tierra resultaba cosa fácil improvisar un asentamiento, por vasto que fuera:

Fue el propio Poseidón quien embelleció la isla central, sin esfuerzo alguno, puesto que era un dios. Hizo brotar de la tierra dos fuentes de agua, una caliente y otra fría, e hizo nacer plantas nutritivas de todas clases y en cantidad suficiente.

214. Platón, *Timeo*, 25 bc.

215. Id., Id., 25 d. Por ser tan breve la inconclusa disertación del *Critias*, apenas veinte páginas, omitimos de aquí en adelante las referencias a esa obra, dada la facilidad con que podrá ser localizado cualquiera de los fragmentos citados.

216. Id., *Timeo*, 24 e-25 ab. Libia era todo el norte de Africa entre el Estrecho y Egipto; Asia debió ser sólo el Cercano Oriente; en Europa, el sur de España y de Francia y la parte occidental de Italia fue la Tirrenia.

Y ya estaban dados todos los factores necesarios para que se desarrollara un reino próspero: tierra bien dotada y raza divina de gobernantes.

La producción de tan vasto imperio se volcaba sobre la isla, pero ésta ya era de por sí suficientemente rica. Producía todos los metales, hasta el *oricalco*²¹⁷ de reflejos de fuego, el metal más precioso después del oro. Abundaban en ella las maderas, las esencias aromáticas y las resinas; los frutos y los granos era "vigorosos, soberbios, magníficos y en cantidad inagotable", como que la tierra producía dos cosechas al año²¹⁸. Abundaban los animales domésticos y salvajes, inclusive elefantes.

La isla, una planicie elevada y cortada a pico hacia el mar, tenía forma de cuadrilátero de 3.000×2.000 estadios, es decir, una extensión de 6.000.000 de estadios cuadrados. Los lados del cuadrilátero no eran rectilíneos al principio, pero fueron regularizados (ni Critias, ni nadie que sepamos, explican por qué razón, mas no olvidemos que el seis, el de los 6.000.000, es el primer número perfecto, y un cuadrilátero de 2×3 debía ser también perfecto). Decíamos que los lados del cuadrilátero fueron regularizados, y lo fueron mediante un foso de 10.000 estadios de longitud:

resulta difícil creer que una obra realizada por el hombre haya podido tener, en comparación con otros trabajos de ese género, semejantes dimensiones.

De aquel foso partían canales navegables que atravesaban la llanura, y los canales, a su vez, daban origen a derivaciones secundarias igualmente navegables.

La llanura estaba rodeada de montañas "que sobrepasaban en número, tamaño y belleza a todas las existentes actualmente". En ellas había numerosas aldeas, lagos, ríos, fértiles valles y densos bosques. Otra montaña situada en el centro de la isla había sido elegida por Poseidón como ciudadela, y en torno a ella fue desarrollándose la ciudad capital.

El dios rodeó esta ciudadela de protecciones circulares concéntricas y alternas, tres de mar y dos de tierra. Las dimensiones de todo aquello debieron de tener la mayor importancia a juzgar por la precisión con que Critias las dejó anotadas. La isla central medía cinco estadios de diámetro y el primer cinto acuático, un estadio (caemos nuevamente en el esoterismo de los números: $5 + 1 = 6$); el siguiente terraplén y el segundo cinturón de agua, dos estadios cada uno (que hacen 4, más los 6 anteriores = $10 = 1 + 2 + 3 + 4$); el próximo terraplén y el último canal, tres

217. El *auricalco*, mencionado por Hesíodo (*El Escudo*, 120), era, como se encarga de aclarar el propio Critias, 114 e, desconocido ya entonces. Supuesto metal simple, de reflejos rojos, se le ha querido identificar con el cobre, pero también con el latón y otras aleaciones. Algunas versiones del *Apocalipsis* de Juan pretenden que los pies resplandecientes de la imagen del Hijo del hombre, en la primera visión (1: 15), semejaban "auricalco" fundido, si bien la palabra empleada allí por Juan fue *calcolibanos*, metal igualmente desconocido. Cf. Rivaud, *Noticia* a la ed. de *Critias*, Les Belles Lettres, 245; Bartina, 614; Brüttsch, 39; Bonsirven, *L'Apocalypse*, 98, n.2.

218. En las Islas de los Bienaventurados "el suelo fecundo" producía abundantes cosechas tres veces al año, Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 170-174.

cada uno. En total, dieciseis estadios ($16 = 4 \times 4$; cuatro, principio de la naturaleza) o dos millas de diámetro. Frente a la ciudad, en una banda de cincuenta estadios de ancho, se extendía el gran puerto.

La obra del dios la completaron los hombres. El foso exterior de la ciudad fue unido al mar por un canal de cincuenta estadios de longitud. Los fosos, a su vez, comunicaban unos con otros y estuvieron cruzados por puentes. La piedra de construcción, de color blanco, o rojo, o negro, era extraída de la montaña-ciudadela y dos inmensas canteras sirvieron de dársenas. La variedad de color de las piedras permitió combinaciones diversas que fueron regocijo para la vista.

El muro exterior de la ciudad estuvo cubierto de cobre, tal como un barniz; el cerco interior, de estaño fundido. El muro de la acrópolis fue adornado con oricalco.

Las fuentes de aguas frías y calientes que hizo brotar Poseidón se utilizaron para baños, cubiertos unos, otros al aire libre. Hubo baños separados para los reyes, para los particulares, las mujeres y también para caballos y otros animales de tiro. El agua llegaba hasta un bosque consagrado al dios tutelar, bosque "con árboles de esencia, de una belleza y de un tamaño divinos". Toda aquella agua alcanzaba al fin las murallas exteriores por medio de canalizaciones que cruzaban los fosos a lo largo de los puentes.

Tanto en la porción inmediata a la acrópolis como en los círculos de terraplenes había templos, jardines numerosos, gimnasios y picaderos, hipódromos y cuarteles.

La mayor maravilla de la Atlántica, la que dejaba admirados a cuantos lograban contemplarla, fue el palacio, en la acrópolis, en cuyo centro se alzaba el templo de Poseidón y Clito, con una cerca de oro. La parte exterior del santuario estaba recubierta de plata, excepto las aristas del techo, que eran de oro. El interior aparecía chapado de marfil con adornos de oro, de plata y oricalco; las columnas y el pavimento lucían enriquecidos también con oricalco.

Las estatuas eran de oro y entre las muchas que había dominaba la de Poseidón, de pie en un carro tirado por seis caballos alados y, en derredor, cien nereidas sobre delfines. Las dimensiones de este monumento eran tales, que la figura del dios tocaba con la cabeza la techumbre. En torno al templo abundaban las estatuas, también de oro:

por sus dimensiones y por su trabajo, el altar correspondía a este esplendor; y el palacio real era proporcionado a la grandeza del imperio y a la riqueza de los ornamentos del santuario.

En medio del templo, en una columna de oricalco, estaba grabada la ley a la que habían de sujetarse los reyes. Y los reyes, "mientras duró en ellos la naturaleza del dios", la respetaron y rigieron al país con bondad y buen tino. Hombres de altos pensamientos, amaron por encima de todas las cosas la virtud; dueños de sí mismos y de carácter recto, no se dejaron turbar por la riqueza.

Con el tiempo, cuando desgraciadamente fue imponiéndose el elemento humano con grave detrimento de la original condición divina, los reyes "cayeron en la indecencia".

A los ojos del hombre sensato y perspicaz aparecieron entonces como setes repulsivos, puesto que se alejaban "de lo más bello entre los bienes más hermosos". En cambio, a los ignorantes, incapaces de discernir en qué consiste la verdadera felicidad, parecían bellos y felices, "hinchidos como estaban de injusta avidez de poder".

Ante el bochornoso espectáculo de una raza de excelso origen que declinaba de manera miserable, dispuso Zeus un castigo aleccionador:

A tal efecto reunió a todos los dioses en la más noble de las residencias, la situada en el centro del universo y desde cuya altura se abarca el porvenir, y habiéndolos constituidos en asamblea, les dijo...

Aquí termina abruptamente la novela. Sin embargo, por las impacencias y las anticipaciones del propio Critias en *Timeo*, sabemos que la Atlántida, cegada tal vez por los dioses, se había lanzado temerariamente, nueve mil años antes, a la conquista del mundo, y que después de ser derrotada por la espléndida, poderosa y admirable Atenas (patria de Platón), se la tragó el mar ²¹⁹.

Y desde entonces, las islas han sido el lugar predilecto para asentar en ellas las utopías.

219. Hasta aquí han quedado expuestas, en forma necesariamente sucinta, las ideas políticas de Platón por lo que al tema del presente libro se refiere. Para mayor información, cf. Ernest Barker, *The political thought of Plato and Aristotle*.

En el siglo IV a.C. contaba Teopompo, o hacía que Sileno contase a Midas de la existencia de un país del cual no se regresaba, tan vetusto es el *País de irás y no volverás* que solía aparecer en cuentos infantiles¹.

Hubo en aquel país un río de la Tristeza y otro del Placer, y quienes comían frutos de árboles regados por este último rejuvenecían de tal manera que acababan por disolverse en la nada, igual a como lo había relatado Platón al referirse a los ciclos de creación y destrucción por que pasa periódicamente el universo:

En los viejos, los cabellos blancos se tornaban negros; en aquellos de barbas ya crecidas, las mejillas recobraban su frescor y cada cual volvía a la florida adolescencia; en cuanto a los imberbes, sus cuerpos, día a día y noche a noche se volvían más tiernos y pequeños, hasta llegar al tamaño de recién nacidos, y el alma se transformaba a la par del cuerpo. Luego continuaba la regresión hasta la desaparición completa. En cuanto a los que morían de muerte violenta en semejante período, el cadáver pasaba por iguales transformaciones con tal rapidez, que en pocos días se consumía sin dejar rastro².

En el país imaginado por Teopompo había diversas repúblicas, todas sorprendentes. En una de ellas, habitada por sabios, se carecía de técnica, ya fuese material o social, y se disfrutaba de eterna paz; otra era una república guerrera, dominadora, donde el oro, por su abundancia, era menos estimado que el hierro³.

Evhemero de Mesina (s. IV a.C.), en su *Inscripción Sagrada*, refirió el arribo a la isla de *Pancaya*, especie de parodia de *La República*, pero con diferencias sustanciales.

Bajo el régimen comunitario de *Pancaya* el gobierno era ejercido por una casta de sacerdotes y de sabios. Muy cerca de esta aristocracia se agrupaban ingenieros, arquitectos, escultores, orfebres y tejedores. Los guerreros ocupaban, en cambio, una posición modesta, muy cercana a la de los pastores.

1. El "País sin retorno" era representación de la muerte en la religión sumeria.
2. Platón, *Político*, 270 de, 271 a.
3. Ruyer, *op. cit.*, 143-144; Nestle, *Historia de la literatura griega*, 261-262; Walter, *Les origines du Communisme*, 241-244.

En columna de oro erigida en el templo, una inscripción explicaba que los dioses, en realidad, habían sido reyes de carne y hueso a quienes, después de muertos, les fueron tributados honores divinos.

Evhemero, al igual de todos los creadores de repúblicas ideales, fue minucioso y dio con precisión las medidas de muelles y avenidas de *Pancaya*⁴.

La historia de la *Ciudad del Sol*, país maravilloso situado en el "gran mar Océano hacia el meridiano", fue recogida por Diódoro de Sicilia en su *Biblioteca Histórica* (s. I a.C) El joven Iámmilo o Iámbulo, mercader, andaba por Arabia en busca de confituras y especias cuando fue capturado junto con su compañero, por unos bandidos. Pasados a manos de los etíopes fueron destinados ambos a ser sacrificados a los dioses en la forma prescrita por un oráculo: que se les abandonase en una pequeña nave a merced del mar. Si lograban arribar sanos y salvos a la Isla Bienaventurada, ello significaría paz y prosperidad para Etiopía por seiscientos años.

Al cabo de cuatro meses llegaron, Iámmilo y su compañero, al misterioso país, formado por siete islas, donde fueron acogidos por una población cortés pero descomunal y extraña. Medía aquella gente cuatro brazas de alto, sus huesos, como tendones, eran flexibles, carecían de vello, tenían grandes orejas y una lengua doble que les permitía comunicar con dos personas al mismo tiempo.

El clima era templado el año entero y la duración de las noches, igual a la de los días. Vivían los habitantes en grupos no mayores de quinientas personas, en frescos prados regados por corrientes de agua, fría unas, caliente otras. Los árboles producían cantidad de excelentes frutas sin necesidad de cultivo; había abundancia de aceite y de vino.

Aquellos bienaventurados eran, sin embargo, frugales y así lograban vivir hasta 150 años. Los que llegaban al término de la vida, como también los enfermos, se daban la muerte en la forma que mejor les acomodase, aunque en aquellas islas había dos clases de yerbas que producían, a quien se acostase sobre ellas, un sueño profundo y, finalmente, la muerte.

Desconocíase el matrimonio: las mujeres pertenecían a todos y así también los hijos. Los niños eran separados de las madres de manera que ninguna pudiese reconocer al suyo, pero todos gozaban de parejo afecto dentro de la comunidad. La selección de los pequeñuelos se practicaba mediante un curioso procedimiento: se les hacía cabalgar sobre pájaros de gran tamaño, y a los que no demostraban temor durante el vuelo se les criaba con esmero; los asustadizos, en cambio, eran relegados para que muriesen.

El gobierno de las diversas comunidades fue ejercido por los mayores en edad, que resignaban el mando al llegar a los 150 años para darse la muerte, como era de rigor.

De los oficios, Diódoro apenas menciona el de pescador y el de artesano. De manera general y vaga, se refiere a mutua ayuda en las labores, a menesteres indispensables a la existencia y a "ocupaciones obligatorias" que eran distribuidas, excepto a los ancianos.

Iámmilo y su compañero fueron tolerados por espacio de siete años, al cabo de los cuales aquella gente bienaventurada se dio cuenta de que

4. Ruyter, *op. cit.*, 144-145; Nestle, *op. cit.*, 263; Walter, *op. cit.*, 244-248.

los visitantes eran personas indeseables a causa de su mala conducta y su deshonesto conversación. Y los expulsaron en la misma barca en que habían ido⁵.

"El imperio reside en los dioses y entre los hombres, la solidaridad, la cual, durante algún tiempo permaneció inviolada, antes que la avaricia despedazase la sociedad y fuese causa de pobreza", escribe Séneca en su *Elogio de la Filosofía*⁶, y añade: "Mas los primeros mortales, y quienes de ellos nacieron, seguían la Naturaleza sin corrupción".

De esta manera inicia el gran estoico latino sus consideraciones en torno a la Edad de Oro. En realidad, era sólo pretexto para la hermosa y elevada disertación moral:

En aquella edad, pues, que diz que fue de oro, opina Posidonio que el poder estaba en manos de los sabios. Estos contenían la violencia y defendían al débil del más fuerte, persuadían o disuadían y mostraban lo que era útil y lo que era inútil. Su previsión vigilaba porque no faltase nada a los suyos; su fortaleza alejaba los peligros, su beneficencia engrandecía y decoraba a los suyos. El mando era un deber, no una prebenda.

El hombre se cobijaba entonces en albergues rústicos, apenas dos horcones y una enramada o unos haces de paja. No existían arquitectos porque se desconocía el lujo. Y Séneca hace aquí retremblar el suelo al paso de los carros cargados de madera que habían de sostener áureos artesones en opulentas salas de banquetes. "La paja —dice— abrigó a hombres libres; bajo el mármol y el oro mora la esclavitud".

Antes se contentaba el hombre con un sobrio mantenimiento, sabía prescindir de marmolistas, de artesanos y de trajes de seda, y lo que la tierra ofrecía en su superficie era bastante para él. Techado, vestido, remedios, alimentos, es decir, "todo lo que nos pertenece por derecho de nacimiento", era de fácil obtención y, además, suficiente, "pues la medida se acomoda a la necesidad". Excelencias todas que el hombre fue perdiendo insensatamente.

No es posible estado mejor que aquel para el género humano, ni aun cuando Dios permitiera reformar las cosas humanas y establecer las costumbres de las naciones; ni ningún sabio escogería otro más que el que se recuerda haber sido de aquellos hombres en cuyos días "colono alguno no mullía el campo ni era cosa lícita señalar en él lindes ni cotos, era común su goce; y la tierra misma cortés lo daba todo y producía el fruto que nadie le pedía". ¿Qué más feliz que aquella generación humana? Fruían en común de los bienes de la naturaleza; ella, como madre, tenía para todos; ésta

5. Diódoro Sículo, *Bibliotheca Historica* (Liber tercius) II, 55 ss; Ruyér, *op. cit.*, 145; Nestlé, *op. cit.*, 263; Walter, *op. cit.*, 249-254; Cohn, *The Pursuit of the Millennium*, 197-198.

6. *Cartas a Lucilio*, Carta XC, en *Obras Completas*, 645-652.

era la más segura posesión de la riqueza pública. ¿Por qué no he de llamar yo humanidad más rica la de aquel tiempo en que no pudieras hallar un pobre?

A nadie le sobraba ni le faltaba, pues todo se repartía sin envidia. Las armas estaban quietas y las manos limpias de sangre humana. En medio de la selva, bajo un techo de hojas, "qué blando sueño les daba la tierra dura".

Pero llegó la avaricia, juntó campos y más campos, atropelló al vecino, estableció propiedades tan vastas como provincias. El poderoso echó mano del más débil. Todo lo que era fácil de obtener se volvió difícil. El hombre, dueño un día de todo, apenas podía ahora alcanzar alguna cosa con esfuerzo, "las cuitas nos hacen dar vueltas en la púrpura y nos traen traspuestos y desvelados con sus recios agujones".

¡Qué diferente era todo antes! Cuando no había más techo artesonado que el cielo y sus constelaciones. Cuando nadie tenía palacios grandes como ciudades.

El aura respirando mansamente, libre bajo el cielo abierto, y la delgada sombra de una peña o un árbol, las transparentes fuentes frías y los arroyos no esclavizados por mano de hombre ni por conducción ni por camino alguno obligado, sino rodando a placer, y los prados hermosos sin afeites; y en medio de todo ello, una estancia agreste aderezada por mano rústica; esto era una vivienda según la Naturaleza, en la cual era una delicia habitar, sin temerla a ella ni temer por ella.

Aquellos hombres de la edad dorada no fueron propiamente sabios, es decir, filósofos, "no obstante —conviene Séneca— no negaré que fueron hombres de espíritu generoso y, por decirlo así, recién salidos de las manos de los dioses".

Al hablar de la Edad de Oro no todo, sin embargo, fue añoranzas y desconsuelo. En 40 a.C. escribió Virgilio en *Las Bucólicas*, un luminoso himno de esperanza, la *Egloga IV*, dedicada al cónsul Polión. El breve poema predice el nuevo reino de Saturno que habrá de iniciarse con el advenimiento de un niño maravilloso⁷.

Quién hubo de ser aquel niño, es materia de conjeturas, lo que unido al anuncio hecho por Virgilio: *Ya retorna la Virgen* (Astrea, la Justicia, la misma que abandonó este mundo en medio de la abominable Edad de Hierro) bastó para que se imaginase allí un anuncio más que prodigioso de la venida de Cristo:

Nace el gran orden de unos siglos nuevos.

Con la venida del niño desaparecerá el crimen y los hombres se verán liberados del miedo, y ese niño tendrá la vida de un dios para reinar en un mundo pacificado.

7. Virgilio, *Les Bucoliques et Les Géorgiques*, 23-27 y Apéndice II, 270-272: "L'Enfant mystérieux de la IVe. Eglogue".

La pródiga tierra otorgará sus bienes sin necesidad de cultivo, los rebaños fecundos no temerán más a las fieras, no habrá serpientes ni yerbas venenosas. Los campos se cubrirán de doradas mieses, penderán rojos racimos de las zarzas y la miel destilará de las encinas.

En medio de la felicidad sobrevendrá, empero, un recrudecimiento de males: volverán los navíos a desafiar el mar, las ciudades elevarán murallas, la guerra se encenderá una vez más:

Y por segunda vez irá a Troya el gran Aquiles.

Luego vendrá la calma. No habrá de ararse la tierra, la hoz no herirá más las viñas y el labrador quitará ya para siempre el yugo a los bueyes. La lana de las ovejas no necesitará ser teñida porque brotará coloreada de púrpura, oro y carmesí. Hasta la muerte detendrá sus pasos cuando las Parcas dejen correr libremente el hilo de los siglos dichosos. Virgilio dice al niño que está por nacer:

Mira cómo se estremece de júbilo la convexidad del mundo, mira la tierra, mira el ancho mar y la profundidad del cielo. Mira cómo todo se regocija en espera del siglo que ha de venir. ¡Oh, si me fuese dada larga vida y me quedase aliento suficiente para celebrar tus altos hechos!

Lo que Virgilio cantaba era la Edad de Oro, en Roma, presidida por el guía maravilloso que estaba por nacer; un reino mesiánico imperial, que Horacio, en su *Canto Secular*⁸, bosquejará como ya realizado:

¡Oh, Dioses, dad buenas costumbres a la dócil juventud!

¡Dad, Dioses, reposo a la apacible ancianidad!

¡Dad riquezas, hijos y gloria a la raza de Rómulo!

.....

Por mar y por tierra, el miedo teme ya la potencia de su brazo y el hacha albana⁹; ya los escitas y los indios, antes soberbios, acatan tus órdenes.

La fe, la paz, el honor y el pudor antiguos, la despreciada virtud retorna ya y vuelve la abundancia dichosa con su rebosante cuerno.

A gran señor, gran honor. Sin embargo, a pesar de que Tácito llamó reverentemente a Julio César "príncipe de los autores", lo que el insigne soldado y estadista dejó escrito en sus *Comentarios a la Guerra de las Galias* sobre algunos pueblos bárbaros, son apenas breves y secas anotaciones de soldado y estadista, muy inferiores a la *Germania*¹⁰ de aquel historiador doblado de poeta.

A una generación de distancia de Séneca y con acentos de moralista que denotan al antecesor, Tácito va a insistir sobre las excelencias de la edad dorada, pero no desde las alturas de la leyenda y la retórica filosó-

8. Horacio, *Oeuvres Complètes*, I (Odes et Epodes), 193-197.

9. *albana*, de Alba, primera ciudad latina, cuyo nombre fue usado poéticamente para designar por antonomasia al Lacio.

10. Tácito, *Obras Completas*.

fica sino a nivel de la etnografía para hacer surgir la imagen del *buen salvaje*¹¹ y oponerla a la de una sociedad tan refinada y corrompida como la romana.

Aquel mundo y aquellas gentes no aparecerán revestidas de diafanidad ni de dulzura idílicas. La edad de oro de los germanos era cosa realmente humana y, como humana, plantada en tierra, y la simplicidad de costumbres obedecía al primitivismo en que aún estaban sumidos aquellos pueblos y no a una condición especial del espíritu o a elevados patrones morales, pues el historiador apuntará —en reproche a sus conciudadanos, evidentemente— cómo en la periferia, donde se establecían los contactos con el mundo romano, los bárbaros abandonaban el uso de las pieles como traje, aprendían a conocer y apreciar el valor del dinero y se hacían corruptibles ante el aporte de bebidas embriagantes. Pero allá, en la profundidad de su territorio, lejos de perniciosas novedades, brillaban, si no todos, algunos de los bienes naturales cantados por los devotos de la Edad de Oro.

Dudo si les fueron o no favorables los dioses, que los privaron de oro y plata [...] No estiman como nosotros su posesión y uso. Entre ellos pueden verse vasos de plata dados en regalo a sus príncipes y diputados, pero no los estiman más que los de barro¹².

Y tras este pórtico de ascético desprendimiento se alzaría el telón sobre pueblos numerosos que acabarían por estremecer las bases mismas del imperio.

Aquellos bárbaros que no tenían metales preciosos ni los estimaban, ignoraron igualmente lo que fuese el interés y la usura, de manera que estaban más a salvo de esos viejos males de la humanidad "que si hubiese una prohibición legal".

Con entera libertad, dada la amplitud de los campos disponibles, cada agrupación ocupaba la tierra necesaria para la obtención del grano, casi sin trabajarla ni fertilizarla, sin deslindes, sin cultivo de árboles frutales, pues bastaba con lo que ella buenamente producía.

Las viviendas, toscamente construidas, aparecían asentadas "allí donde un manantial, vega o bosque les ha brindado sitio apto"; en ellas, al despertar de largo sueño, los moradores se lavaban antes de consumir el frugal alimento compuesto por frutas silvestres, cuajada y caza; en ella eran recibidos vecinos y forasteros con amplia hospitalidad:

No hay nación que dé más convites y hospedaje. Se tiene por bajeza que alguien no admita en su casa a quienquiera que sea; y cada uno según su haber le prepara el convite. Si faltan provisiones, el que ha recibido a otro como huésped le acompaña a la casa

11. "Para mí —escribe Fairchild— buen salvaje es cualquier ser primitivo y libre que deriva directamente de la naturaleza virtudes capaces de hacer dudar del valor de la civilización". *The Noble Savage*, 2.

12. "La crónica polaca más primitiva, de la primera mitad del siglo XII, refiere cómo en tiempos de Boleslaw Chrobry [...] el oro era como la plata y la plata como paja. Las crónicas húngaras describen su prehistoria de manera semejante. Los precursores de los húngaros, los escitas, tenían el oro y la plata por piedras corrientes". Graus, "Social Utopias in the Middle Ages", 13.

vecina, donde ambos entran sin ser invitados; pero no importa, pues se les recibe con la misma benevolencia. Nadie hace distinción entre el conocido y el desconocido cuando se trata de hospedaje.

Los niños eran amamantados por sus madres y crecían "desnudos y desaseados hasta llegar a tener esos miembros y esos cuerpos que admiramos". El amor sazónaba tardíamente entre los jóvenes y por eso, decía Tácito, gozaban de "pubertad inagotable [...] y los hijos heredan el vigor de los padres". Se cubrían los germanos apenas con sayal y pieles de animales y sólo las mujeres se permitían el lujo de un manto de lino con manchas de púrpura.

Sin estar excluida la poligamia, los hombres solían conformarse con una mujer, y la esposa se unía al marido para todas las contingencias de la vida, en paz y en guerra; las parejas solían guardarse fidelidad y el adulterio de la mujer, muy poco frecuente, era duramente castigado por el marido y por la sociedad, lo que dio ocasión al moralista para severos comentarios. Aquellas mujeres:

guardadas por su honestidad pasan la vida sin espectáculos seductores ni banquetes excitantes que las corrompan. Los hombres y las mujeres ignoran igualmente las correspondencias secretas [...]. La honestidad prostituida ya no alcanza perdón, allí no hay sonrisa de complacencia para los vicios, ni se llama vivir con el siglo el corromper y dejarse corromper. Aún es mejor en aquellas ciudades donde sólo se casan las doncellas y donde sólo una vez se puede desear y esperar ser esposa. Así recibe un solo marido, como un cuerpo y una vida, para que no haya ya más imaginaciones ni deseos y no le ame como a marido, sino que en él ame el matrimonio.

Aquellos bárbaros mostraban afición por los regalos, "pero ni echan en cara los que han hecho, ni se consideran obligados por los que reciben", y voluntariamente obsequiaban al jefe con frutas y ganados, "con lo cual además de recibirlo aquel como un honor ayuda a remediar sus necesidades", costumbre muy similar a lo dispuesto por Platón para el mantenimiento de los *guardianes*.

Tanto reyes como caudillos fueron exaltados a semejantes rangos por elección y, para ello, la credencial era el valor personal. En las asambleas, "el rey o caudillo, según su edad, nobleza, gloria guerrera y elocuencia, son oídos más por la persuasión que por el poder de mando".

El único espectáculo que se proporcionaban estas gentes consistió en peligrosas danzas ejecutadas por entre espadas y picas por mozos completamente desnudos y para los cuales no había premio, "pero el ejercicio les da maestría y ésta añade elegancia".

Los germanos, sin duda alguna, tuvieron defectos. Entre ellos había esclavos y aunque éstos disfrutaron de un trato benigno en la vida diaria, estaban a merced de sus amos que a veces los mataban en medio de accesos de violencia, sin sanción alguna. La pasión del juego llegó a enajenarlos al punto de que, una vez perdido todo el haber, jugaban la propia libertad. Y amaron la bebida, "un líquido extraído de la cebada o del trigo, que

por la fermentación se convierte en una especie de vino" al cual ha permanecido fiel aquel pueblo a través de los siglos:

A nadie se reprocha que se pase el día y la noche bebiendo, abundan las riñas, como es natural entre borrachos [...] Sin embargo, por lo común en los banquetes tratan de las mutuas reconciliaciones, de los desposorios, de la elección de jefes, de la paz y de la guerra, como si en ninguna otra ocasión el espíritu estuviera más dispuesto a la franqueza ni al entusiasmo por las cosas sublimes. Esta raza sencilla, sin astucia, revela entre el regocijo los más íntimos secretos.

Pasajes magníficos que traen a la memoria otros ya vistos al tratar de Platón y del vino en *La República*. Pero, además, aquí refiere Tácito una conducta de los bárbaros llena de sensatez y de atinada penetración psicológica:

Al día siguiente se vuelve a tratar de la materia, estando patente el sentir de cada uno, y así arreglan ambas situaciones del espíritu. Deliberan cuando no saben fingir y determinan cuando no pueden engañarse.

Tácito aporta informaciones sobre otros pueblos germánicos que contribuyen a redondear la imagen de aquellos seres tan primitivos cercanos a la edad dorada, y así habla de los *catos*: "No tienen hogar, ni campo ni ciudad alguna; se sientan a comer en la mesa de cualquiera, pródigos de los ajeno y despreciando lo suyo"; de los *caucos*, "el pueblo más noble de Germania y el único que prefiere sostener su grandeza con la justicia: sin ambición, tranquilos y retirados, no provocan la guerra ni devastan con pillaje. La prueba principal de su virtud y de su fuerza es que sin cometer injusticia alcanzaron la superioridad que ejercen"; de los *fenos*, que "no tienen armas, caballos ni hogar, siendo su alimento la hierba, la tierra su lecho y las pieles sus vestidos; sus únicas esperanzas están en las saetas, que, por falta de hierro, hacen de hueso. La misma caza sirve de alimento, por igual a hombres y mujeres, acompañando éstas a aquellos en las cacerías y pidiendo luego su parte. Para proteger de la lluvia y de las fieras a sus pequeños no tienen otro refugio que una enramada". Al referir estas condiciones tan semejantes a la de los grupos menos evolucionados de los pueblos indígenas de América, el romano volvía a sus consideraciones morales:

tienen esta vida por más feliz que la que se pasa gimiendo por los trabajos del campo y de la casa o inquietándose o esperando en las fortunas propias y ajenas. Están asegurados contra los hombres y contra los dioses y han conseguido lo más difícil, poder pasar sin todo,

beatitud aún más temprana que la cantada por Hesíodo, porque allí no había heredad que labrar, ni viñas que cuidar.

Decía Tácito que muy al norte quedaba un mar:

mar tranquilo, casi inmóvil, del cual se cree que es el que ciñe y encierra el mundo, porque en él la última claridad del crepúsculo se prolonga hasta el alba, tan lúcida que amortigua el brillo de las estrellas. La credulidad añade que se oye el estruendo que forma el sol al salir y que se ven los rayos de su cabeza y figuras de dioses. Allí acaba la Naturaleza,

donde encontramos una visión grandiosa y acentos poéticos semejantes a los del *Primer Libro de Henoc*¹³.

Se decían otras cosas más sobre la misteriosa Germania, como la de existir allá pueblos con rostro humano y cuerpo de fiera, lo cual, concluye el sensato escritor, "dejo yo en duda, como no averiguado".

Cayo Cornelio Tácito, el noble orador, historiador y moralista, junto a sus virtudes, tuvo también sus culpas, las propias del tiempo. Ello hace que sobre el cuadro atrayente e instructivo de *Germania* se proyecte la sombra, triste, del romano utilitario y dominador. Al referir que la nación de los *bructeros* fue exterminada, víctima de vecinos excitados por el odio y la sed de botín, concluye: "Ojalá permanezca duradero, entre esos pueblos, ya que no el amor a Roma, el odio mutuo, porque viendo cómo se apresuran los hados del Imperio nada mejor puede darnos la fortuna que la discordia de nuestros enemigos".

Si las páginas de Tácito fueron el fruto de las propias observaciones o representaron sólo una brillante adaptación de textos ajenos, que es lo más probable; si *Germania* puede considerarse como el comienzo de la etnografía moderna¹⁴; si el autor, en sus propósitos didácticos y moralizadores idealizó en cierto modo la realidad, son cuestiones de escaso interés para nosotros. Lo que importa es el texto en sí¹⁵.

La vieja leyenda dorada contó en el siglo II de nuestra era con otro vocero en Luciano, mas no tuvo él los acentos elegíacos o filosóficos de sus ilustres antecesores sino, por el contrario, la gracia desenfadada del humorista. En *Las Saturnales*¹⁶, en medio de un humor agrio, a ratos con acentos mitinescos, llueven estacazos sobre las desigualdades de la vida, sobre los ricos y, de paso, para que nadie se engría, sobre los pobres.

13. Cf. *infra*, "Brillaréis como la luz del cielo".

14. Cf. Ettore Bignoni, *Historia de la literatura latina*, 436.

15. "Una idea es un hecho concreto, una teoría es un hecho concreto, una superstición es un hecho concreto mientras la gente continúe regulando sus actos de acuerdo con la idea, la teoría o la superstición". Mumford, *The Story of Utopias*, 14.

Cf. Antonio de Guevara, "El villano del Danubio", en *Vida de Marco Aurelio o Reloj de Príncipe*, Biblioteca de Autores Españoles, T. LVX. Fairchild, *op. cit.*, 4-6.

16. Luciano. El texto de *Las Saturnales*, reproducido por Villaseñor.

Al comenzar los festejos a Saturno¹⁷, el sacerdote eleva sus modestos ruegos al dios:

Te pido bienes ordinarios y asequibles; riquezas, montones de oro, fincas rústicas, muchos esclavos, trajes bordados y finos, plata, marfil y todo cuanto hay digno de estimación en el mundo.

Saturno se excusa; dado lo efímero y festivo de su reinado no está en su mano hacer dones reservados a Júpiter. El sacerdote se descorazona porque conoce la equidad del Señor del Olimpo: "Si advierte algún mortal y lo hace rico, obra sin discernimiento: prescinde de virtuosos y de sabios, y enriquece a bribones, a estúpidos y a andróginos azotables". Esta muestra de que el problema del *malvado feliz* no quedó resuelto por Platón será la urdimbre para la sátira de Luciano, quien finge disfrutar de la libertad que las saturnales garantizaban, para decir cuanto se le ocurriera.

Durante el diálogo, el dios recuerda, nostálgico, la época de su reinado:

En aquella edad todo brotaba sin siembra y sin arado; la tierra no daba espigas, sino panes y carnes adobadas; corría el vino en arroyos y las fuentes manaban miel y leche; todos eran buenos y áureos. Todo eso se recuerda durante mi fugaz imperio; por ello, mientras dura, todo es ruido, canciones, juegos e igualdad entre libres y esclavos, porque en mi reinado no se conocían los siervos y ni yo, que era el amo, los tenía.

El autor, que se titula "sacerdote y profeta de Saturno", se identifica más adelante como Cronosolón e insiste sobre el tema que ha elegido como asunto de su obra:

Viéndome pasar triste y pensativo, comprendió al instante, pues es un dios, la causa de mi tristeza y aflicción que me producía ser pobre. "¿Qué ocurre, Cronosolón? me dijo Saturno. Pareces afligido. "No sin razón, le respondí. Veo a los malditos y perversos llenos de riquezas y viviendo deliciosamente, mientras yo y otras muchas personas instruidas estamos en la miseria y sin recursos. ¿Señor no querías poner término al desorden y restablecer la igualdad?

Lo más que podía hacer Saturno era ayudar a su profeta a redactar el reglamento de los festejos, y muy al comienzo de ese reglamento se ordena a los ricos: "La víspera de las fiestas purificarán sus casas, arrojando la tacañería de ellas, la avaricia, el afán de lucro y demás vicios que con ellos moran".

Las Saturnales no es un relato continuado sino fragmentos, conexos sólo por el propósito de satirizar sobre las desigualdades económicas, que el autor ha reunido bajo aquel título común, sin omitir repeticiones. En vez

17. Las saturnales, en recuerdo de la feliz Edad de Oro presidida por Saturno, comenzaban el 6 de diciembre, y durante seis días reinaba un asueto general. La gente se enviaba obsequios, los esclavos vestían la púrpura, podían decir lo que quisieran de sus amos y éstos estaban obligados a obsequiarlos.

de una descripción de los festejos, después del reglamento viene una carta de Cronosolón a Saturno de la que transcribimos esta extensa muestra:

Te he escrito ya para exponerte mi situación y el peligro que corro de ser el único que, por mi pobreza, no pueda disfrutar de las fiestas anunciadas; también recuerdo haberte dicho que era contra toda razón el que algunos mortales tengan bienes y placeres de sobra y no den nada a los pobres que mueren de necesidad, precisamente al acercarse las Saturnales. Como nada has respondido, me creo obligado a recordártelo. Conviene, pues, inmejorable Saturno, que destruyas la desigualdad y declares comunes todos los bienes antes de prescribir la celebración de tus fiestas. Tal cual ahora estamos, se nos puede aplicar el "hormiga o camello" del adagio. Figúrate, si no, un actor trágico, con un pie calzado de alto coturno y descalzo el otro. Si en semejante disposición saliese a escena, precisamente estaría, ora en alto, ora en bajo, según el pie que emplease. Así es la desigualdad en esta vida. Calzados algunos por la fortuna con elevados coturnos, nos aplastan con trágico boato, mientras los demás vamos pie a tierra a pesar de que, como sabes, podríamos desempeñar el papel tan bien como ellos y alargar el paso si se nos diesen los mismos elementos.

Oigo decir a los poetas que en otro tiempo, mientras tú nos gobernabas, eran muy diferentes las cosas; la tierra sin siembra y sin cultivo producía los bienes; todos hallaban que comer hasta saciarse; fluían vino y leche los ríos, y hasta líquida miel algunos. Los mismos hombres (*esto es lo mejor*) eran de oro, y la pobreza jamás se acercaba a ellos. En cambio nosotros, si bien se mira, ni aun de plomo somos, sino de cosa de menor precio: ganamos la mayor parte el pan a fuerza de trabajo; todo se vuelve pobreza, dificultades, desesperación y "¡Ay de mí!", "¿Cómo le haré?" y "¡Suerte maldita!" y cosas por el estilo. Los pobres, sin embargo, todo lo soportaríamos mejor, como comprendes, si no viésemos la felicidad de los ricos. Tienen bajo llave tanto oro y tanta plata, innumerables vestidos, esclavos, carruajes, pueblos enteros, campos, bienes de todas clases y, sin embargo, están tan lejos de darnos parte alguna, que ni siquiera se dignan mirar al común de los mortales.

Eso es lo que nos sofoca, Saturno, y hace insoportable nuestra suerte: eso de que ellos se estén tendidos en lechos de púrpura, nadando en delicias, proclamados felices por sus íntimos y en perpetua holganza, mientras yo y mis semejantes hasta en sueños pensamos cómo hemos de ganar cuatro óbolos para procurarnos una sopa de pan o un guisote con berros, tomillo o cebolla e irnos en seguida a la cama. Cambia, pues, nuestra condición y restablece la primitiva igualdad.

Hay otras cartas más, dos de ellas de Saturno, una para su insatisfecho sacerdote en la que dice: "Pero tened entendido los pobres, que estáis equivocados y tenéis ideas erróneas de los ricos al juzgarlos perfectamente feli-

ces..."; pasa revista a los vicios, las inquietudes y las enfermedades que los perturban, para concluir:

Hay, en suma, muchos males ni sospechados siquiera por los que sólo veis la púrpura y el oro y os quedáis atolondrados y en actitud de adoración cuando se os presentan llevados por caballos blancos. Si desdenaseis y despreciaseis su lujo, si no miraseis su carruaje de plata, si no os fijaseis, al hablarles, en la esmeralda de su anillo, si no os quedaseis estupefactos ante la finura de sus trajes, y los dejaseis ser ricos para ellos solos, estad seguros de que os buscarían y os rogarían que los acompañaseis a comer, para poder mostraros lechos, mesas y copas cuyo valor es nulo si su posesión carece de testigos.

Se está en el segundo siglo de la era cristiana, en el mundo grecorromano donde platónicos y estoicos han dejado su impronta y donde comienza a florecer una religión que llama bienaventurados a los pobres, que dice ser más difícil el acceso de un rico al cielo que el paso de un camello por el ojo de una aguja, por lo que no es sorprendente que la voz de Luciano la hayamos de reconocer más tarde, ya sin gracejadas, en boca de los nuevos mensajeros de la "buena nueva", los Padres de la Iglesia.

En otra carta, ésta para los ricos, Saturno hace algunas advertencias y reflexiones importantes:

Acaban de escribirme los pobres, acusándoos de que no les dais nada de lo que tenéis, y pidiendo el restablecimiento de la comunidad de bienes para que a todos corresponda parte igual. Es justo, dicen, instituir la igualdad, para que no tengan unos más de lo necesario, y carezcan otros de todo placer.

Si los ricos no convienen en ello, se exponen a que los pobres propongan nuevo reparto "en la primera audiencia que otorgue el numen".

Saturno hace ver a los ricos un detalle que parece no haber sido estimado en todo lo que vale: "no podréis vivir en ciudades si los pobres no viviesen en ella, prestándoos mil servicios que contribuyen a vuestra felicidad". Y luego, como pasándoles la mano por la espalda para tranquilizarlos, añade: "¿Quién ha de querer mal a un rico que distribuye y da lo justo? ¿Quién no le deseará largos años de vida, disfrutando de su caudal?"

Ahora les toca a los ricos. Ellos también escriben a Saturno y exponen sus puntos de vista:

los pobres, que al principio decían que necesitaban muy poco, una vez franqueadas nuestras puertas pidieron sin cesar una cosa y otra; de no concedérselas todas al instante, eran de ver sus odios, iras e insultos. Sus mentiras, como de personas en continuo trato con nosotros, parecían naturalmente dignas de crédito a cuantos las oían. Así es que nos vimos en la alternativa de ser enemigos declarados, no dándoles nada, o de dárselo todo y convertirnos en pobres y pasar a la clase de pedigüños.

Lo demás no es tan importante. En los convites, no contentos con llenarse y atracarse, bebían con exceso, y a lo mejor arañaban la mano del lindo escanciador que les servía, o querían violentar a nuestra mujer o a nuestra concubina. También, después de haber vomitado por todo el triclinio, nos llenaban al día siguiente de dicterios contando que los habíamos tenido muertos de sed y de hambre.

Y Luciano terminaba el fingido memorial de agravios de los ricos con un aguijonazo: que los pobres, "por su parte, dejen también de hablarnos artificiosamente, y muéstrense amigos y no aduladores y parásitos"¹⁸.

La desbocada fantasía de Luciano y su prosa vivaz no podían quedarse encerradas en lamentaciones por una Edad de Oro irrescatable, de manera que el novelista decidió entrar en competencia con Teopompo y con Lámbulo en la creación de mundos imaginarios y en afirmar haberlos visto con sus propios ojos. No sin antes hacer una severa crítica de sus predecesores en el arte de la charlatanería, encabezados según Luciano, nada menos que por Ulises, y terminar la parte introductoria de su *Historia Verdadera*¹⁹ con una honrada y dramática confesión: "Yo mismo, impelido por la vanagloria y ansioso por legar algo a la posteridad, he querido disfrutar también de la libertad de ficción, y como no tenía nada verdadero que referir por no haberme ocurrido nunca aventura digna de interés, me he replegado en la mentira; pero mi manera de mentir es mucho más honrada que la de los otros, pues al menos hay un punto en el cual soy verídico, en el de confesar que soy mentiroso".

Así, pues, dejando atrás las Columnas de Hércules, Luciano, con algunos compañeros, llevados del deseo de ver cosas nuevas y también por alcanzar los límites del Océano y conocer a la gente que habitaba del otro lado, se lanzaron al mar desconocido: la misma aventura de Cristóbal Colón.

Después de ochenta días de tempestad, él y sus compañeros llegaron a una isla donde corría un río de vino lo suficientemente profundo como para ser navegable en algunos puntos. Aquel río manaba de las raíces de viñedos cargados de frutos y en él nadaban peces embriagantes con sabor a vino. Pero había también otras viñas más prodigiosas, pues las cepas eran cuerpos de mujer de perfecta belleza, "tal como los pintores nos representan a Dafne transformada en árbol". De los dedos, convertidos en ramas, colgaban los racimos y, en vez de cabellos, cubrían sus cabezas hojas, uvas y zarcillos. El beso de aquellas plantas lascivas embriagaba y los que sucumbieron a las tentadoras sollicitaciones amorosas, quedaron aprisionados y se transformaron, a su vez, en viñas.

No aclara Luciano si se trató de un sueño después de los besos en el viñedo, pero en seguida fue zarandeado el barco por un vendaval tan tremendo que cargó con él por los aires hasta depositar a nuestros viajeros en la Luna, cuyo rey, como podía suponerse, era Endimión, el joven maravillosamente bello que cautivó a la reina Selene.

18. Sobre las saturnales, cf. Frazer, *La Rama Dorada*, 693-697, "La saturnalia romana".

19. Luciano, *Oeuvres Complètes*, II.

En aquellos momentos estaba la Luna en guerra con el Sol, cuyo rey —caso menos obvio que el precedente— era Faetón, el temerario mozo que quiso conducir, para desgracia suya, el carro solar. Las causas del conflicto eran de carácter netamente imperialista: las pretensiones de la Luna de colonizar la Estrella de la Mañana. Los selenitas, a cuyas filas se incorporaron los terrícolas, llevaron la peor parte y hubieron de darse por vencidos. Faetón, además de otras condiciones, impuso que la colonización de la Estrella fuese emprendida por las dos potencias conjuntamente con otros pueblos interesados en tomar parte. Junto con mostrarnos una doctrina internacional avanzada para aquellos tiempos, el episodio nos anticipa las querellas de los reyes de Europa por el disfrute de las nuevas Indias descubiertas al otro lado del océano y las querellas actuales por Antártida, el fondo de los mares y la propia Luna.

Al proseguir su viaje espacial, Luciano visitó aquella Estrella de la Mañana tan apetecida; pasó luego por *Lignópolis* o Ciudad de las Lámparas, donde el mayor castigo que podían sufrir sus habitantes era ser apagados; y, finalmente, por *Nefelococcigea*, triste ciudad de "los cornudos que andan por las nubes".

De regreso a la tierra navegaron por un mar de leche del cual emergía una isla blanca de puro queso, donde las uvas manaban leche. No había vino, pero la isla ofrecía generosamente guisos y pan. Después del río de vino, era ésta la segunda incursión de Luciano por una tierra de promisión, el *País de Cucaña*, que aparecerá hacia la baja Edad Media, pero no nos adelantemos.

Lo más estupendo de esta historia verdadera fue el arribo a la Isla de los Bienaventurados:

Al aproximarnos nos envolvió una brisa maravillosa, suave y perfumada como aquella que exhala la Arabia Feliz, a decir de Herodoto. El olor delicioso que respirábamos recordaba el de rosas, narcisos, jacintos, lirios y violetas, el del mirto, del laurel, de la flor de la viña [...]. A todo lo largo de la costa veíamos puertos numerosos y serenos, grandes ríos que arrastraban dulcemente sus límpidas aguas hacia el mar, praderas, bosques, pájaros cantores que gorjeaban, unos por las playas, otros por las ramas. Un aire ligero, grato de respirar, envolvía el país; suaves brisas agitaban la floresta con soplo apacible, y las ramas, así movidas, murmuraban continuamente cantos que fascinaban los oídos como el sonido de la flauta en la soledad.

Al atravesar un prado cubierto de flores, los viajeros fueron despabilados de su embeleso por guardias que los detuvieron y ataron con guirnalda de rosas para conducirlos ante el gobernador Radamante, quien acordó a los intrusos una permanencia de siete meses en el mundo de los muertos.

La ciudad es de oro toda ella y de esmeralda el muro que la circunda. Tiene siete puertas, cada una de ellas hecha de una sola tabla de canela. El pavimento de la ciudad y el suelo tras de la muralla son de marfil. Todos los dioses tienen templos contruídos de piedra berilo, y en esos templos hay grandes altares de una sola piedra amatista [...]. Las límpidas ondas de un río de mirra rodean la ciudad

[...] Los baños son vastos edificios de cristal, pero en vez de agua, los estanques contienen tibio rocío.

Por vestidos se usan telas de araña teñidas de púrpura. En cuanto a ellos (*los bienaventurados*) carecen de cuerpo, son impalpables, sin carne, y no ofrecen a la vista sino un simulacro de forma, pero, aunque incorpóreos, tienen consistencia, se mueven, piensan y hablan, en fin, podría creerse que sus almas circulan desprendidas de la materia y revestidas de una efigie del cuerpo. Hay que palparlos para confirmar que aquello que se ve no es un cuerpo²⁰.

La ciudad se aproxima bastante, sin llegar a igualarla, a la Jerusalén Celestial del Apocalipsis, pero, en cambio, por lo que toca a los bienaventurados, no produjeron los *docetistas*, como veremos luego, mejor esquema para representar al Jesús inmaterial concebido por aquella secta herética.

En la isla no había noche y el día perenne ofrecía luz escasa, apenas "como el crepúsculo que acompaña a la aurora antes de salir el sol". Reinaba allí eterna primavera y el único viento que soplaba era el blando céfiro.

El campo estaba cubierto de toda clase de flores y de árboles que daban, a la vez, frutos y sombra. Las viñas producían doce cosechas y se vendimiaba cada mes. Nos dijeron que los granados, los manzanos y otros árboles frutales cargaban trece veces al año, pues hay un mes llamado mes de Minos, en que la cosecha es doble. En lugar de granos de trigo, las espigas llevan en el extremo un pan cocido en forma de hongo. En torno a la ciudad hay trescientos sesenta y cinco fuentes de agua, otras tantas de miel, quinientas de mirra, aunque más pequeñas, siete ríos de leche y ocho de vino.

Los banquetes bienaventurados se realizaban en un prado cubierto de flores y rodeado de bosques, los Campos Elíseos, donde los comensales eran servidos por el viento, excepto el vino, pues había cerca "grandes árboles de fino cristal cuyos frutos son copas de todas especies y de todos los tamaños. Al ir a la mesa bastaba con arrancar una copa o dos y colocarlas frente a sí para que se llenaran de vino en seguida". No había necesidad de tejer coronas de flores ni de regar perfumes, porque multitud de pájaros cantores revoloteaban todo el tiempo cantando y esparciendo flores; y nubes de mirra, comprimidas por el viento, dejaban caer su rocío.

Después de las comidas se recitaban versos de Homero —el aeda inmortal presidía personalmente la sesión— para luego escuchar los coros juveniles, dirigidos por los más famosos compositores de Grecia, o bien los coros de cisnes, golondrinas y ruiseñores, para terminar con el concierto del bosque, que sonaba como una flauta "en tanto que los vientos dan el tono". En fin:

lo que más contribuye al júbilo son dos fuentes que brotan cerca de la sala del festín, una de risa y otra de placer. Todos los comensales beben de cada una antes de dar comienzo al festín, y de allí en adelante se pasa el tiempo entre gozos y risas.

20. Ulises: "Tres veces me acerqué a ella [a la sombra de su madre], pues el ánimo me incitaba a abrazarla; tres veces se me fue volando de entre las manos como sombra o sueño". *Odisea*, XI.

Hemos puesto de lado muchas páginas de la *Historia Verdadera*, llenas todas de chispeantes notas, como la carta que a espaldas de Penélope envió Ulises con los viajeros a la inolvidable Calíпсо, en la que prometía con todo y lo bienaventurado que era: "si encuentro la ocasión, huiré de aquí para unirme contigo". Pero a más de no tener estas partes relación con nuestro tema, estamos apenas en los comienzos y nos falta mucho trecho por recorrer. Sin embargo, no carece de interés señalar aquí que Tomás Moro, el creador de *Utopía*, fue un apasionado traductor de Luciano.

Por sus numerosos y sorprendentes atisbos, de algunos de los cuales han quedado muestras en los párrafos que preceden, Luciano podría ser considerado con justicia entre los precursores de Julio Verne. En su *Ícaro Manipo*²¹, un viaje a la Luna permite a Manipo, gracias a su prodigiosa y penetrante mirada de águila, observaciones de la Tierra dignas del Diablo Cojuelo o de la cámara fotográfica de los satélites artificiales.

En primer lugar, figúrate que ves una tierra muy pequeña, mucho menos que la Luna, tanto que al mirarla yo repetidas veces no podía distinguir dónde estaban los montes y el Océano inmenso [...]. En cuanto logré fijar en ella la vista, percibí con distinción toda la vida humana, no sólo en conjunto de naciones y ciudades, sino hombre por hombre, unos navegando, otros haciendo la guerra, otros labrando campos, aquellos defendiendo pleitos, y, además, las mujeres, los animales y todo lo que sustenta la madre tierra.

.....
me sentí inundado de luz, y todos los objetos hasta entonces ocultos se me aparecieron distintamente. Miré, pues, hacia la tierra y vi con toda claridad los hombres y lo que hacían, no sólo al aire libre, sino dentro de sus casas y cuando se creían más ocultos.

Todo lo cual daba ocasión a Manipo para ofrecer un muestrario de las flaquezas y miserias de los personajes legendarios, de los reyes, de los que luchaban "por cuestiones de límites" y de los que se vanagloriaban de sus posesiones, "porque todo el Pangeo, con sus minas, tenía el tamaño de un grano de mijo"²².

En su *Historia Verdadera*, dentro de un torrente de noticias increíbles, el autor cuenta de los *anemódromos*, los que corren impelidos por el aire: "se mueven en el aire sin alas [...] llevan túnicas que descienden hasta los talones y las arremangan, las inflan de viento como una vela y navegan por los aires como barcos", donde reconocemos el embrión de los aerostatos.

La bebida de los selenitas "era aire comprimido en una copa que se transformaba en líquido semejante al rocío". De modo que Luciano adelantaba una de las condiciones para la licuefacción de los gases, la compresión.

21. *Obras Completas*, t. III.

22. Desde lo alto de la torre de San Salvador, el Diablo Cojuelo ofrecía a don Cleofás un espectáculo incomparable: "Y levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastel de Madrid como entonces estaba". Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, Tranco Primero.

Los ricos de la Luna, dice el novelista, "se visten con vidrio maleable", con lo que nos lleva a pensar en las fibras sintéticas para prendas de vestir y en los plásticos tenues y flexibles de nuestro tiempo.

En otra parte refiere Luciano que vio "una cantidad de hombres que corrían de aquí para allá sobre las olas, hombres iguales a nosotros en cuerpo y tamaño, pero diferentes por los pies: los suyos eran de corcho [...] en vez de hundirse, se mantenían sobre el agua y caminaban sin temor". No hay que decir cómo recuerda esta escena a los grupos de esquiadores acuáticos.

Hesíodo, en aquel mismo poema en que nos habla de la Edad de Oro y de las otras edades menos felices de la humanidad, abrió, para los hombres cercados de necesidades y sinsabores, atrayentes perspectivas con un canto a las faenas rurales, dedicado a su hermano Perseo, quien, por lo visto, era en aquellos momentos bastante holgazán ²³.

"Cuando salen las Pléyades, hijas de Atlas —comienza el poeta— es el momento de la recolección; y el de la sementera, en su ocaso". Recomienda al joven que are y coseche desnudo, para así, entregado sin reserva a la madre naturaleza, serle grato a Demeter y obtener de la tierra frutos que lo pongan a cubierto de la mendicidad.

"Ten una casa, una mujer y un buey para la labranza... prepara tú mismo tus enseres para que no hayas de pedirlos a otro... no dejes nada para mañana ni para el otro día...". Y con más consejos igualmente simples y sabios iba indicando al perezoso cómo se desenvolvían las labores en el curso de las estaciones.

El otoño es tiempo de cortar madera para fabricar un mortero, un pilón, un mazo, un eje, una rueda, un arado (Las palabras del comienzo debieron de ser apenas un esquema, porque ahora recomendaba al hermano tener dos bueyes de curvados cuernos y un boyero). Había de romper la tierra en primavera y labrarla en verano:

desde que despunte el día de la siembra, ponte en seguida a la obra...
y tus campos se cubrirán de espigas... tus espigas, al momento de su plenitud, se inclinarán a tierra, y si más tarde consiente Zeus Olímpico en darles feliz madurez, apartarás la telaraña de tus depósitos y gozarás, según espero, de abundancia en tu casa. Alegre podrás llegar a la primavera sin lanzar miradas de envidia a nadie; serán los otros los que tengan necesidad de ti.

Por la primavera se podan las viñas; en el verano, en cambio, ha de empuñarse la hoz y darse prisa para reunir la cosecha en la morada. De ello depende el futuro:

Ponte de pie con el alba si quieres asegurar tu vida. El alba preside la tercera parte del trabajo; el alba ahorra camino y hace rendir la labor; el alba, que al no más despuntar lanza tal cantidad de gente a los caminos y unce tantos bueyes al yugo...

23. *Los trabajos y los días*, 383-617.

Por el verano, cuando están más gordas las cabras, cuando es mejor el vino y se muestran más ardientes las mujeres, el prudente consejero quisiera gozar del vino de Biblos, de un pastel, de leche de cabra, de carne de ternera virgen alimentada en el bosque o de cabrito de primera preñez. No lo indica el texto, pero se adivina, casi se siente el hondo, ruidoso suspiro del poeta: "pueda yo, para beber negro vino, tenderme a la sombra, satisfecho el corazón con mi festín, vuelto el rostro al soplo del céfiro ligero; pueda yo mezclar a una parte de vino tres partes de agua tomada de una fuente inagotable y límpida". Y tras de tan plácida digresión proseguía los consejos.

Que los esclavos —pues había también esclavos— esparzan el trigo al sol, llenen de grano los recipientes, almacenen forraje y cama para las bestias. "Y cuando Orión y Sirio hayan remontado a lo más alto del cielo y la Aurora de rosados dedos pueda ver a Arturo, entonces, Perseo, lleva a casa las uvas". Que allí acaben de madurar a la intemperie durante diez días y durante otros cinco más al abrigo, y luego:

pon en tus jarras el don de Dionisos rico en júbilo. En fin, cuando hayan llegado a su ocaso las Pléyades, las Hiades y el fuerte Orión, acuérdate de sembrar, que ya es tiempo. Y que el grano bajo la tierra siga su destino.

Hesíodo iniciaba de esta manera un género de poesía que entraña consuelo por todo lo perdido e irrescatable. La única edad de oro posible estaba al alcance de los hombres con sólo volver a la vida rústica aunque no recibieran ya la felicidad como un don gratuito de la naturaleza. Habrían de ganarla con su trabajo, rudo pero gratificador y libre de malicia. La satisfacción por el esfuerzo realizado, la ausencia de ambiciones desmedidas, la tranquilidad de conciencia, el aislamiento que procura el campo, propicio para intimar el hombre consigo mismo —este será el tema melancólico de la soledad bienhechora— favorecerán el pleno goce de la vida.

Sobre los pocos y bien acusados trazos que dejó Hesíodo para el cuadro de la vida campestre, de sus remuneradores afanes y sus rústicos placeres, creará el poeta siciliano Teócrito, con sus *Idilios* (siglo III a.C.), la poesía bucólica, presidida por el semidivino Dafnis, pastor de bueyes en las faldas del Etna, que muere víctima de un implacable tormento amoroso provocado por Venus en castigo por la jactancia del bello mozo de haber domeñado a Eros:

—Comenzad un canto bucólico, amadas Musas, comenzad. Yo soy Tirsis, del Etna, y es dulce la voz de Tirsis.

—¿Dónde estabais en tanto que Dafnis languidecía de amor, oh ninfas? ... los chacales, los lobos aullaban; el león, en el fondo del bosque, lloró viéndole morir ... Las vacas, los toros y sus crías innumerables gemían echados a sus pies.

El primero de todos, Hermes, vino de la montaña y dijo: —Dafnis ¿qué te tiene así postrado? ¿Por quién sientes amor tan grande? ...

Vinieron los boyeros, los pastores y los cabreros, y todos inquirían la causa del mal. Vino Príapo: — Desdichado Dafnis ¿por qué te consumes? He ahí como la joven corre por el bosque al borde de las fuentes... Alcázala. Eres frío y torpe para el amor.

Pero el boyero no respondía nada y sufría la amargura de su amor hasta la muerte.

Cipris (*Venus*), rencorosa, increpó al pastor: "Te preciabas de haber vendido a Eros, oh Dafnis, y Eros te ha domado!" Luego, mujer al fin y diosa del amor, sintió piedad por el desdichado mozo, aunque tarde. En sus últimos momentos, Dafnis invocó a Pan, de quien había aprendido a tañer la flauta:

—Ven, oh rey! Toma esta bella flauta, impregnada del olor de la miel por la cera que mis labios ablandaron, pues he aquí que Eros me arrastra al Hades.

—Terminad el canto bucólico, oh Musas, terminad. Habiendo hablado así, enmudeció. Afrodita quiso reanimarlo, pero las Parcas habían dejado de hilar y Dafnis fue arrebatado por el torrente y aquel que amaba a las Musas y no desdeñaba a las ninfas se sumió en el abismo.

—Terminad el canto bucólico, oh Musas, terminad. Y ahora, zarzas y acantos, cubríos de violetas. ¡Que el bello narciso florezca en el enebro! ¡Que todo se transforme: que los pinos den peras, puesto que Dafnis ha muerto! ¡Que el ciervo persiga a los perros; que el búho montañés dispute al ruiseñor el galardón del canto! ²⁴

Tal es la estampa central y dominante de la poesía pastoril y, en general, de este género de literatura: la rusticidad del ambiente; el joven y sensitivo pastor con su mal de amores implacable y destructor; el compasivo coro formado por dioses y por hombres, por la naturaleza toda que trastorna, conmovida, sus costumbres y sus leyes. Y en torno de este conjunto irá desarrollándose la decoración adecuada. En primer lugar, la hermosura de la amada y del amante. Gemía Polifemo:

Oh blanca Galatea, más blanca de ver que el queso, más suave que el cordero, más airosa que la ternera y cuya piel es más luciente y firme que la uva verde... ²⁵

y el boyero cantaba:

Mis cabellos descendían a mis sienes semejantes al perejil y mi frente era blanca sobre mis negras cejas. Mis ojos chispeaban como los de la bella Atena. ¿Acaso no era mi boca como leche cuajada? ¿No era mi voz tan dulce como la miel de la colmena?... En la montaña todas las mujeres convienen en que soy bello y consienten en besarme ²⁶.

24. *Idilio*, I.

25. *Id.*, XI.

26. *Id.*, XX.

Luego, todo lo necesario para colorear un mundo agreste, sin duda, pero de rusticidad pulida y suave:

—Dime un cántico bucólico, oh Dafnis, y canta tú primero. Comienza, y que Menalcas responda. Primero pon los becerros bajo las vacas y reúne los toros con las terneras estériles aún. Que todos pasten y vaguen juntos bajo el follaje, pero tú, di una canción bucólica y que Menalcas responda.

—Es dulce la voz de la joven ternera y de la vaca; el sonido de la flauta es dulce y el canto del boyero y el mío también. Preparo mi cama junto a una fresca fuente y amontoño bellas pieles de blancas becerras...

—El Etna es mi patria y yo habito una bella cueva bajo las socavadas rocas; soy dueño de tantos bienes como puedan poseerse en sueño; abundantes vellones de ovejas y de cabras me cubren de la cabeza a los pies²⁷.

O bien:

—Daré a la muchacha una paloma apresada en el olmo donde se posa...

—Trasquilaré esta oveja negra y daré la suave lana a Cratides para que se teja un manto.

.....

—Que en Himera corra leche en vez de agua! Y tú, oh Cratis, que tu rubor emule al vino y tus cañas den fruto.

—Que Síbaris sea para mí fuente de miel y que la muchacha, por la mañana, llene su cántaro de panales en vez de agua.

El pastor Lacón ofrendaba a las ninfas "un jarro de blanca leche y otro de dulce aceite", y el pastor Comatas ofrecía a Pan "ocho cazuelas de leche y ocho vasos de panales de miel"²⁸.

nos acostamos en lechos de espeso y oloroso lentisco y de pámpanos recién cortados. Numerosos olmos se mecían por sobre nuestras cabezas, no lejos de la onda sagrada que manaba murmurante de la gruta de las ninfas. Y en las ramas espesas cantaban hasta fatigarse las cigarras ardidas por el sol, y la verde rana croaba a lo lejos bajo la zarza espesa y espinosa. Cantaban alondras y jilgueros; gemía la tórtola, y las abejas silvestres zumbaban en torno a la fuente. Por doquiera flotaba el olor del rico verano, mezclado al del otoño. A nuestros pies y en torno nuestro rodaban peras y manzanas, y las ramas cargadas de ciruelas se cimbraban a tierra²⁹.

Todo propicio para alzar el canto amoroso, a ratos placentero:

—Cuanto supera en dulzura la primavera al invierno y la manzana a la ciruela silvestre; cuanto la oveja lanosa supera al cordero y la

27. *Idilio*, IX.

28. *Id.*, V.

29. *Id.*, VII.

virgen a la mujer tres veces casada; cuanto aventaja en ligereza el cervatillo a la ternera; cuanto más bello es el canto del ruiseñor al de los otros pájaros, así me regocijas tú con tu venida; y yo he acudido tal como acude el caminante bajo un sol ardiente a la sombra de la haya ³⁰.

A ratos desesperado:

—Oh, bella Amarilis, ¿por qué, asomada al borde de esta gruta, no sigues llamándome amigo tuyo? ¿Me odias? ¿Será, oh ninfa, que de cerca te parezco chato y barbudo? Tuya será la culpa si me ahorco. —Toma, te traigo diez manzanas; las he cogido donde tú me indicaste y mañana te traeré otras más. Mira, por lo menos, mi cruel dolor. ¡Ah, si yo pudiera, cual abeja zumbadora, penetrar a través de la yedra y los helechos en la gruta donde te ocultas! Ahora conozco el amor. Es un dios agobiador... Me consumo hasta lo más profundo de mis huesos. ¿Me oyes, acaso?

Me despojaré de las pieles que me cubren y me lanzaré a la espumosa corriente... si muero, eso al menos te será grato ³¹.

La herencia de Hesíodo y de Teócrito había de recogerla Virgilio bajo el reinado de Augusto, y aquel poeta de tendencias epicúreas y admirador de Lucrecio concretará en un brillante pasaje de su madurez —debía tener entonces alrededor de cuarenta años— el ideal que había ido formándose a través de la vida:

¡Oh, bien afortunados los labradores si conociesen sus bienes! Alejados de la contienda armada, ven a la tierra, llena de justicia, ofrecer de su suelo fácil alimento.

Si carecen de moradas ostentosas cuyas soberbias puertas dan paso todas las mañanas a enorme flujo de saludadores; si no están pasmados ante las ricas incrustaciones de esas puertas, ni ante las telas bordadas de oro, ni ante bronce efíreos (*corintios*); si su blanca lana no está teñida de púrpura ni adulterado con canela el limpio aceite que consumen; al menos no les falta seguro reposo ni una vida incapaz de engañarlos, rica en variados recursos, ni esparcimientos en amplios espacios, grutas, lagos de aguas vivas, ni frescos valles, mugir de bueyes y dulce sueño bajo los árboles. Allí donde ellos viven están la espesura y las guaridas de las fieras, allí está una juventud endurecida en el trabajo, que se satisface con poco; allí está el culto de los dioses y el respeto a los padres; allí, entre ellos, dejó sus últimas huellas la Justicia al abandonar la tierra ³².

30. *Idilio*, XII.

31. *Id.*, III.

32. *Geórgicas*, II. 458-474.

A este *O fortunatus nimius* virgiliano corresponde casi como un calco el siempre recordado *Beatus ille*, de Horacio³³.

Dichoso aquel que alejado de los negocios como las gentes de tiempos pasados, labra con sus bueyes el paterno campo, libre de codicia; que no despierta, como el soldado, con la estridencia de las trompetas, ni tiembla en medio del mar tempestuoso; que se aparta del foro y de los soberbios umbrales de los poderosos. Cuando la viña crece, la enreda en los altos olmos y mira, en el estrecho valle, pacer su mugiente rebaño; poda las ramas inútiles, injerta las más fecundas, recoge en ánforas la límpida miel recién exprimida, trasquila sus dóciles ovejas. Cuando el otoño alza en el campo su cabeza ornada de maduros frutos, cómo se complace en coger las peras del árbol injertado y las purpúreas uvas: te las ofrece, Príapo, y a ti también, venerable Silvano, guardián del ejido. Disfruta recostado bajo una vieja encina o sobre espeso césped mientras corre el agua entre altas orillas; los pájaros, en el bosque, dejan oír sus quejas y el murmullo de la fuente invita al sueño³⁴.

Virgilio hubiese querido cantar a los reyes y sus empresas guerreras —y lo hará espléndidamente en la *Eneida*—, pero en aquel tiempo le dijo el rubicundo Apolo: "Lo propio de pastores es apacentar gordas ovejas y cantar versos campestres". Hubiese querido que las musas, en retribución por el gran amor que les profesaba, lo gratificasen inspirándole una obra semejante a la de Lucrecio. Pero se conformó con la suerte que le había tocado: "Feliz también el que conoce a los dioses campestres y a Pan y al viejo Sileno y a las ninfas hermanas"³⁵. Volvió sus ojos a Teócrito, se compenetró con aquella amable poesía que no había tenido cultivadores entre latinos³⁶, y rompió a cantar:

Tú, Títiro, recostado bajo el follaje de una haya extendida, ejecutas cantos pastoriles en ligero caramillo.

.....

Tú, Títiro, ocioso a la sombra, enseñas a la selva a repetir el nombre de la bella Amarilis.

33. *Epodos*, II, 1-28

34. Todo dentro de la *aurea mediocritas* exaltada por el poeta en su oda *Rectius vives* (*Odas* II, X, 5-6): traducido por "dulce medianía" (Fray Luis de León), "áurea medianía" (Lorenzo Riber), "juste milieu, précieux comme l'or" (François Richard, *Classiques Garnier*); el *nada en exceso* pitagórico.

35. *Bucólicas*, VI, 4-5; *Geórgicas*, II, 475-494.

36. Se ha reprochado a Virgilio el haber copiado a Teócrito, cosa que Maurice Rat (Introducción a *Les Bucoliques et les Géorgiques*, *Classiques Garnier*) califica de "imbecilidades de eruditos". Sin adherir del todo a las tajantes opiniones de este crítico, las consideramos útiles para ayudar a diferenciar ambas obras: "Teócrito, en sus églogas, es de un realismo estrecho y crudo; Virgilio es elegante, preciso y novelesco. Teócrito es siempre preciso; Virgilio es frecuentemente vago, y el cuadro de sus paisajes mantiene un aire indeterminado. Teócrito es seco y un poco frío; Virgilio es tierno, humano y conmovedor".

Ettore Bignone, *Historia de la literatura latina*, que ve en Virgilio "una sensibilidad nueva de poeta", estima también que el latino, "más que imitar rivaliza" con la poesía de su predecesor.

Y al son de aquella flauta ligera hacía surgir hatos de ovejas, de cabras y de vacas; avellanos, perales, viñas; "los conocidos ríos y las sagradas fuentes"; adormecedor zumbido de abejas, arrullos de palomas y gemidos de tórtolas; hojas verdes por lecho; "frutas en sazón, castañas tiernas y abundante queso" por comida. Y sobre todo, una plácida libertad para cantar cuanto se le antojase³⁷.

Con tan rápido esbozo dejó fijado Virgilio en la primera de sus églogas el ambiente y el tono general de las *Bucólicas*.

El pastor Coridón, junto con evocar el rústico alimento de los segadores y el canto de las cigarras, se dolía de que el bello y esquivo Alexis no pasase mientes en las riquezas que él podía ofrecerle: ganado numeroso, leche abundante el año entero, una flauta de siete voces y dos corzos manchados de blanco; guirnaldas formadas de violetas, capullos de adormideras, narcisos y flores de eneldo; frutas recién cogidas y el suave aroma de laureles y de mirtos³⁸.

En primavera Palemón invitaba a dos pastores a una competición de cantos: "henos aquí sobre la tierna yerba. Ahora todos los campos, todos los árboles recobran su fecundidad, las selvas visten de nuevo sus hojas; es la temporada más bella del año"³⁹. O bien era el concierto de flauta y canto en una gruta ornada por los claros racimos de una viña silvestre. Allí, Mopso y Menalco cantarán a Dafnis, el pastor siciliano que enseñó a los demás pastores y a los labriegos las danzas en honor de Baco. Al pastor en cuya tumba deberán ser grabadas estas palabras: "Yo soy Dafnis, habitador de los bosques, conocido desde la tierra hasta los astros, guardián de un bello rebaño, y yo, más bello aún".

Alegre voluptuosidad invade los bosques y los campos, los aires, los pastores y las jóvenes dríades. El lobo ya no acecha al ganado ni las pérfidas redes al ciervo: el bondadoso Dafnis ama la paz. Los tupidos montes lanzan hacia los astros gritos de júbilo; hasta las rocas, hasta las zarzas repiten en seguida: ¡Es un dios, es un dios!

Por esa paz bendita es Dafnis prez de sus adoradores "como la viña es adorno del árbol; las uvas, de la viña; los toros, del rebaño; las cosechas, de los campos", y Menalcas prometía depositar en el altar consagrado al joven pastor recipientes colmados de leche espumosa y de aceite:

Mientras el jabalí se solace por las cumbres de los montes y los peces en los ríos, mientras las abejas liben del tomillo y las cigarras del rocío, tu culto, tu nombre, tus alabanzas durarán eternamente. Como a Baco y a Ceres, los labradores te dirigirán preces y tú atenderás a sus ruegos⁴⁰.

37. *Bucólicas*, I.

38. *Id.*, II.

39. *Id.*, III.

40. *Id.*, V.

Dos jóvenes pastores y una traviesa náyade descubren a Sileno, ebrio y dormido en una gruta, y lo atan con sus propias guirnaldas para obligarlo a cantar las canciones que otras veces les ha prometido, y Sileno accede jovial:

Vierais los sátiros y las fieras balancearse cadenciosamente y a las más duras encinas mover sus copas.

Ante aquel júbilo universal, Sileno cantó la creación del mundo y de los hombres, cantó diversas aventuras mitológicas, todo aprendido del propio Apolo.

Todo cuanto el Eurotas oyó fascinado cantar a Febo e hizo repetir a sus laureles lo cantó Sileno y el eco de los valles remontó tan alto como las estrellas, hasta la hora en que el lucero de la tarde, en su ocaso, obligó a los pastores, para tristeza del Olimpo, a contar sus ovejas y conducir las al aprisco ⁴¹.

"Oh, pastores de Arcadia —exclamaba Virgilio— coronad de yedra al poeta que ahora comienza a surgir" (las *Bucólicas* fueron cantos de su juventud) para la competición entre Coridón y Tirsis:

—Una escudilla de leche y un modesto pastel, he aquí, Príapo, cuanto puedo ofrecerte cada año: eres guardián de un pobre huerto. Te he hecho en mármol según mis posibilidades, pero si la fecundidad hace prosperar mis rebaños, serás de oro.

—Oh, hija de Nereo, Galatea, para mí más dulce que el tomillo del Híbla, más deslumbrante que los cisnes, más bella que la yedra blanca: cuando el ganado regrese del pasto a la majada, ven, si en algo estimas a tu Coridón.

.....

Fuente musgosa, yerba más que el sueño blanda, y tú, verde madroño que les das sombra, protege a mi ganado en el solsticio; he aquí el cálido verano, ya se hinchan los brotes de la viña.

.....

—El álamo es grato a Alcides (*Hércules*), la viña a Baco, el mirto a la bella Venus, Filis ama el avellano, y mientras Filis lo ame, ni el mirto ni el laurel de Febo lo han de superar.

—El fresno es lo más bello en la selva y el pino, en el huerto, el álamo junto al río y el abeto en las altas montañas, pero si tú, bella Licidas, vienes a verme, superarás al fresno de la selva y al pino del huerto ⁴².

Al amanecer lanzan Damón y Alfesibeo sus quejas amorosas. Damón llora, desesperado, y en señal de condolencia espera grandes trastornos en el mundo: "Que ahora huya el lobo de la oveja; lleve naranjas la dura encina; florezca el narciso en el olmo; destile ambar la corteza del tamarindo; compi-

41. *Bucólicas*, VI.

42. *Id.*, VII.

tan búhos y cisnes; Títiro sea Orfeo, y Orfeo, en el bosque, sea Arión entré delfines... Que el mar aniegue el mundo! Adiós, selvas, desde lo alto de este risco me lanzaré a las ondas..."⁴³.

Lícidas y Meris rememoran versos del poeta Menalcas: "Ven aquí, Galatea, ¿por qué te tardas jugueteando en el agua? Aquí brilla la purpúrea primavera; aquí la tierra adorna las corrientes con mil flores; aquí el álamo blanco se inclina sobre mi gruta y tejen sombras las flexibles vides. Ven, deja las delirantes ondas romperse en la costa"⁴⁴.

En fin, en la última de las églogas, Virgilio presta su voz para lamentar los desdichados amores de su amigo Galo, abandonado por Lícoris. Para tales penas no hay confidente más sensible que la naturaleza, y el poeta no encuentra acentos más adecuados que los usados por Teócrito para llorar la muerte de Dafnis:

¿Qué prados o qué bosques os retenía, tiernas náyades, en tanto que un amor no correspondido hacía perecer a Galo?... Los laureles mismos, los propios tamarindos lloraban con él... Las ovejas lo rodean (ellas suelen compartir nuestras penas, y tú, divino poeta, no te sonrojes por conducir rebaños: también el bello Adonis apacentaba ovejas junto al río). Vinieron también los pastores, vinieron los tardos porquerizos... Y todos preguntaban: ¿De dónde semejante amor? Y vino Apolo... Vino también Silvano, ornada su cabeza de galas campestres, blandiendo férulas floridas y grandes lirios. Vino Pan, el dios de Arcadia...

.....

He aquí fuentes frescas, he aquí blandos prados, Lícoris, he aquí un bosque: aquí, contigo a mi lado, acabaré yo la vida... Iré a cantar con el caramillo del pastor los cantos que he compuesto... prefiero sufrir en medio del bosque, cerca de la guarida de las fieras, y grabar nuestros amores en tiernos árboles: los árboles crecerán y con ellos creceréis vosotros, amores míos⁴⁵.

Aquí está la fuente más próxima de la égloga renacentista, el modelo de escenario para el *dulce lamentar* de enamorados mal correspondidos, todo tan bello y convencional como las figurillas de porcelana que representan pastores descalzos y trajeados como príncipes; origen, a su vez, de la *Arcadia*, de Sannazaro, y de toda la novela pastoril inspirada por esa obra⁴⁶.

Cosa diferente y más en la órbita de nuestro tema son las *Geórgicas*, cuyo personaje no es ya el pastor ocioso que disfruta, para sus cantos y sus quejas, de las horas muertas del lento pastoreo. Aquí, el verdadero héroe es el labriego, mejor aún, el campesino en el más amplio sentido, entregado a la labranza, la siembra, la cosecha y la cría; a tal punto afanoso que el segador

43. Bucólicas, VIII.

44. Id., IX.

45. Id., X.

46. Sobre los orígenes de la Arcadia poética, cf. Bruno Snell, "Arcadia, The Discovery of a Spiritual Landscape"; *The Discovery of the Mind*, 281-309; Renato Poggioli, "The Oaten Flute"; Francisco López Estrada, "La línea de la tradición antigua", en *Los libros de los pastores en la literatura española*, I, 57-151.

Milón, en uno de los *Idilios* de Teócrito, confiesa: "un hombre de trabajo" no tiene tiempo para llorar ausencias ⁴⁷.

En vez de líricos juegos y *sauzades*, en las *Geórgicas* dejó Virgilio un exaltado y poderoso canto a Italia, a sus tierras, a su riqueza agraria, del cual son apenas pequeña muestra los versos que siguen:

grávidas son tus espigas y abundas en el licor de Baco; el país está cubierto de olivares y prosperan en él grandes rebaños. De aquí, la cabeza en alto, se lanza a la pradera el belicoso corcel; de allá, tus blancas manadas; y el toro, la mayor de las víctimas, después de bañarse en el sagrado Clitumne conduce los triunfos romanos a los templos de los dioses. En ti reina eterna primavera y a temporadas que no le son propias se extiende el verano; dos veces al año paren las ovejas y dos veces fructifican los árboles. Más aún, no existen tigres feroces ni la cruel raza de los leones; el acónito no engaña al incauto que lo coge; escamosa serpiente no arrastra por el suelo sus enormes anillos ni yergue, contraída, su cuerpo en espiral. Añadid tantas ciudades incomparables, tantos trabajos de construcción, tantas plazas creadas por la mano del hombre en altos farallones, y esos ríos que bañan el pie de antiguas murallas [...]; Salud, gran madre de los frutos, tierra de Saturno, gran madre de héroes! En tu honor me empeño en celebrar el arte antiguo que ha sido gloria tuya ⁴⁸.

En medio de grave crisis agrícola sobrevenida en tiempos de Augusto como resultado de las guerras y de la consiguiente migración del campesinado hacia las ciudades, decía el poeta:

el justo y el injusto son abatidos por las guerras que agitan al mundo y por la diversidad de formas que reviste el crimen. Al arado no se tributan los honores que le son debidos; sin cultivo permanecen los campos, ausentes los labradores avezados en faenas campestres y las curvas hoces sirven para forjar rígidas espadas ⁴⁹.

En semejante circunstancia, Mecenas habría encargado a Virgilio la composición de un gran canto a la agricultura capaz de reavivar la devoción por las faenas rurales. Y el joven poeta, hombre del campo él mismo y sensible "a las miserias de los campesinos que ignoran su camino", concibió el monumento literario de las *Geórgicas* dentro del mismo espíritu con que trataba Hesíodo de mover a su perezoso hermano. Considerablemente más extensa que el precedente griego, la hermosa obra vino a ser piedra fundamental de todos los textos y de todas las tentativas para promover, no de manera idílica sino en forma concreta, práctica y al mismo tiempo ruda, el retorno a la naturaleza como recurso deseable, por bien acomodado a una vida sencilla, apacible y feliz:

47. Idilio, X.

48. *Geórgicas* II, 143-157.

49. Id., I, 505-508.

Qué arte produce las cosechas abundantes; bajo qué astros, Mecenas, conviene remover la tierra y aparejar olmos y viñas; qué cuidados han de prodigarse a los bueyes; qué solicitud ha de ponerse en la cría del ganado; qué experiencia, en la de abejas laboriosas, he aquí lo que he de cantar ahora ⁵⁰.

Y dividió su obra en cuatro libros: labores del campo; cuido de los árboles y de las viñas; cuido del ganado y, finalmente, de las abejas.

Con la misma franqueza de Hesíodo, Virgilio se guardaba de enmascarar la verdad. Según él, las promisoras faenas del campo estarán lejos de revivir la ociosa edad dorada:

El propio Padre de los dioses quiso hacer difícil el cultivo del campo, y fue el primero en crear el arte de labrar la tierra, estimulando con afanes el corazón del hombre para desterrar de sus dominios la triste pereza ⁵¹.

A este nivel de realidad presente, Virgilio invitaba al trabajo, a un cuidadoso estudio de lo que conviene a cada especie de plantas o de animales; a la utilización de toda la tierra disponible. De la disponible, pero sin voracidad ni envidia: "elogia los grandes dominios y cultiva uno pequeño" aconsejaba el poeta ⁵². Describía las diversas técnicas para la reproducción de las plantas, para los injertos capaces de crear combinaciones insospechadas, dedicaba largo espacio al cultivo de la viña y hablaba con amor de los innumerables vinos producidos en Italia, daba consejos para el mejor trato de olivos y de árboles frutales, se detenía en el estudio de las tierras propicias para cada clase de cultivos y en el análisis de las mismas: si son ligeras o densas, si son salobres o grasas, húmedas o pesadas, y recomendaba la creación de semilleros.

Antes de arar tierras nuevas deberá mirarse con atención cuáles son las peculiaridades de la zona y de la tierra misma, a qué clase de plantas es ésta propicia y a cuáles no. Habrá de atenderse al curso de las constelaciones y comprender cómo el sol, en su carrera a lo largo del zodiaco, rige el universo:

Si observas cómo devora el sol las fases de la luna, jamás te equivocarás respecto al tiempo que habrá al día siguiente ni caerás en el engaño de una noche serena... También el sol, cuando nace o se pone en las ondas, dará sus anuncios, pues el sol se acompaña de infalibles pronósticos ofrecidos por él de mañana o cuando aparecen las estrellas ⁵³.

Como Hesíodo, Virgilio decía "cuáles son las armas apropiadas a los humildes campesinos", cómo se tuerce un árbol para confeccionar el arado,

50. *Geórgicas*, I, 1-5.

51. *Id.*, I, 121-124.

52. *Id.*, II, 413-414.

53. *Id.*, I, 424-440.

qué longitud debe darse al timón y tantos otros detalles que han de tenerse en cuenta antes de iniciar las faenas:

En la nueva primavera, cuando funde el hielo sobre los montes canos y, reblandecida, se desmorona la tierra al soplo del dulce Céfito, quiero ver cómo comienzan a gemir los toros al peso del arado, cómo, en el surco labrado por ella, brilla la reja ⁵⁴.

En el verano se siegan las mieses; las viñas se siembran "cuando llega la cigüeña en la roja primavera", o en el otoño. Se ha de dejar reposar la tierra cada año y alternar los cultivos, y Virgilio, como Hesíodo, aconsejaba labrar desnudo.

El campesino ha de saber que sus ratos de descanso serán contados, pues muchos trabajos son más fáciles con el fresco de la noche o cuando se humedece el suelo con el rocío de la aurora, antes de despuntar el sol; y si la inclemencia del tiempo obliga a permanecer en la casa, allí deberá acabar sin prisa muchas faenas que luego habría de apresurar en tiempo sereno. Aún en días de fiesta podrán adelantarse diversas labores.

Virgilio señala los daños que causan las enfermedades en plantas y animales, y a pesar de la limitación que ha de imponerse quien haya de resumir cuanto encierra esta obra virgiliana, se nos hace imposible dejar de ofrecer el trozo memorable sobre los estragos y el pavor causados por la tormenta:

he visto a todos los vientos combatirse de manera tan terrible que arrancaban de cuajo y arrojaban lejos, por los aires, pingües cosechas, y he visto el huracán arrastrar en sus negros torbellinos los ligeros rastros y las hojas voladoras. Con frecuencia avanzan por el cielo inmensos torrentes y un cortejo de nubes venidas de alta mar envuelve la horrible tormenta de lluvias sombrías; se funde lo alto del cielo y aniega en enormes diluvios las ricas sementeras y el trabajo de los bueyes; se inundan los fosos, se desbordan mugientes los ríos y el mar hierve desde sus alterados abismos. Del seno de las nubes el propio Padre lanza rayos con su flamígera diestra, tiembla al estruendo la tierra inmensa, huyen las fieras y espantosa consternación invade el corazón del hombre ⁵⁵.

El joven poeta era ambicioso: "He de ensayar una ruta en la que yo también pueda elevarme lejos de la tierra y ver mi triunfante nombre volar de boca en boca", y agotado el tema de las plantas se enfrentó al de los animales.

Ya se críen caballos para carreras o toros robustos para el arado, lo que más importa es elegir las madres, y Virgilio dio la estampa ideal de los vientres, vacas o yeguas, capaces de asegurar una noble cría. Allí afinó su lira para cantar la temporada de celo en la vacada, el combate de los padro-

54. *Geórgicas*, I, 43-46.

55. *Id.*, I, 316-331.

res, la pesadumbre y las iras del rival perdidoso, para alzar aún más su voz, casi en éxtasis, ante el amor que llena la naturaleza:

todas las razas de la tierra, tanto de los hombres como de los animales, tanto las especies marinas como los pájaros pintados de mil colores se agitan con la misma furia y el mismo fuego: el amor es igual para todos ⁵⁶.

Vienen luego los cuidados para las ovejas y las cabras, a qué horas llevarlas a pastar, qué sombra procurarles en la canícula, cómo velar para que no sufra la lana, en qué momento ordeñar las cabras, qué perros elegir para la guarda del ganado, cómo proteger los rebaños de las serpientes venenosas y de las enfermedades.

Junto con la ruda pelea de los toros repase el lector la terrible batalla de las abejas, corona de la última parte de las *Geórgicas*, dedicada, toda ella, entre largas remembranzas de los llantos de Aristeo por la pérdida de sus panales y de sus abejas, a asegurar la producción de miel:

cuando el dorado sol ha puesto en fuga al invierno y lo ha sepultado bajo tierra, cuando el cielo se abre de nuevo al luminoso estío, recorren malezas y bosques las abejas, liban de las rojas flores y rozan apenas las corrientes aguas. Entonces, no sé con qué dulce alegría, crían sus hijos y labran sus nidos; entonces forman con arte especial la cera y producen espesa miel ⁵⁷.

Solamente un don especial de Júpiter, agradecido por la miel que le proporcionaron las abejas en su niñez, podría explicar las asombrosas virtudes de esos insectos:

Sólo ellas crían sus hijos en común y poseen en su república moradas indivisas y pasan su vida bajo rígidas leyes; sólo ellas conocen una patria y penates fijos; con previsión para el invierno, se entregan al trabajo durante el verano y almacenan, en común, los tesoros recogidos ⁵⁸.

La misma sociedad comunitaria, bien ordenada, severa y laboriosa, cerrada y, si necesario fuera, combativa, imaginada por Platón para que los hombres lograran ser felices.

Junto a los consejos para orientar y estimular la apicultura, ¿hubo acaso, alguna intención política y social en el canto a las abejas, a su organización y a sus panales o fueron aquellas evocaciones un disfrute meramente poético? Comoquiera que fuese, antes de llegar a esa última parte de las *Geórgicas*, Virgilio había concebido ya una sociedad rural capaz, según él, de crear para el hombre la vida equilibrada y armoniosa:

El labrador rompe la tierra con su corvo arado y allí se origina el trabajo del año; con ello sustenta a su patria y a sus hijos, a sus va-

56. *Geórgicas*, III, 242-243.

57. *Id.*, III, 51-57.

58. *Id.*, IV, 153-157.

casas y a sus novillos que bien lo merecen. Para él no hay respiro hasta ver abundar en frutos el año entero, acrecentado su ganado, multiplicadas las espigas gratas a Ceres, hasta ver los surcos cargados de una cosecha capaz de hacer derrumbarse los graneros. Llegado el invierno, las prensas exprimen la oliva, tornan los cerdos cebados con bellotas, ofrece madroños el bosque, derriba el otoño variados frutos y sobre los pedruzcos expuestos al sol madura la dulce vendimia. Entretanto, colgados de su cuello, se disputan los hijos sus caricias, reina el pudor en su casta morada; penden, cargadas de leche, las ubres de sus vacas; retozan los cabritos a cabezadas sobre el plácido césped. Tiene también sus fiestas o, echado en la yerba, invoca a Leneo (*Baco*) con una libación mientras brilla, en medio, el fuego sagrado y sus compañeros ciñen de flores el cántaro⁵⁹.

59. *Geórgicas*, II, 513-529.

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 11 DE MARZO
DE MIL NOVECIENTOS OCHENTA
Y TRES EN LAS PRENSAS
VENEZOLANAS DE EDITORIAL
ARTE, EN LA CIUDAD DE
CARACAS